MANUEL TOMAS RODRIGUEZ

PAPÁ LEGBÁ

(La Crónica del Voudú ó Pacto con el Diablo)

OBSEQUIO
POR ORDEN DEL AUTOR

NUEVA EDICION

1961
CIUDAD TRUJILLO
REPUBLICA DOMINICANA

052470

16876

BIBLIOTECA PERSONAL
GERMAN EMILIO ORNES
DONADA POR EL BANCO DE RESERVAS DE LA
REPUBLICA DOMINICANA A LA BIBLIOTECA
NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

16876-10

BNPHU
PD-RN
299.675
R696P
1961

Considero que todo el que, separándose, sigue caminos propios, tiene el deber de comunicar a la sociedad lo que ha encontrado en su viaje de exploración.

Carlos Gustavo Jung.

EN LA ENTRADA.

Contiene:

I.—Nota Previa

II.—Ideas, Observaciones y Conceptos, por Varios.

III.—Notas para la Nueva Edición.

IV.—Palabras necesarias.

V.—Pero antes...

I

NOTA PREVIA.—

Tengo interés en dejar sentado lo siguiente:

a—) No me repito al actualizar lo dicho anteriormente en **Papá Legbá**.

b—) Si antes creí en la posibilidad de convertir en terreno fértil aprovechable, y altamente productiva tanta extensión superficial en evidente abandono, cuando una dirección idónea tomara la empresa a su cargo, HOY, EN LA ACTUALIDAD QUE VIVE LA AMERICA, EN EL PRESENTE PALPITANTE, parece no sólo recomendable una acción decisiva, inmediata, sobre el particular, sino que el espíritu previsor de quien tuviera el empuje necesario para ello, debiera tomar la iniciativa, teniendo en cuenta el peligro inminente que corre el vecino más cercano, —el Estado de la parte del Este— que tiene que contemplar casi con los brazos cruzados, esa masa occidental profundamente maleable que puebla la región, en lastimosa miseria comprobada y decantada, y por lo mismo en condición de ser emponzoñada por el morbo característico de ideas malsanas que se han empeñado en inocular en los lugares que encontraron despreve-nidos, ciertos mandones con ínfulas de conductores de pueblos. Las persistencia de tales ideas en toda el

área próxima es indudable y no podemos perderla de vista. Como consecuencia, observar esa sombra nefasta del comunismo ateo con ojo avizor, y tener listo el soplete de fuego para funcionar contra ella. Evitamos de ese modo, —es nuestro pensar— que los miasmas de sus propósitos disolventes graviten sobre cierto tipo de gente que resulta material propicio para sus designios.. Eliminamos además, nos parece que definitivamente, ese peligro latente que representa una fiera hambreada oliendo impaciente manjares que considera propios de su gusto.

POR TANTO:

Puede afirmarse que una acción de profiláxis patriótica frente a un estado tal de cosas, podría tener repercusiones saludables en el porvenir del total de la Isla.

MTR.

I I

IDEAS, OBSERVACIONES Y CONCEPTOS
por Varios.

Del Lic. M. A. Peña Batlle, en discurso pronunciado en Villa Elías Piña, el 16 de Noviembre de 1952:

"Todos los grandes escritores haitianos convienen en que el voudu o culto popular haitiano, inmemorialmente profesado por una inmensa mayoría de nuestros vecinos, constituye una **psiconeurosis** racial de orden religioso. El vouduista es un paranoico del más peligroso tipo. La educación es ineficaz para aniquilar el poder de la herencia y según Dorsainville, el voudu "responde a un hábito nervioso racial establecido por la creencia, y por las prácticas seculares de numerosas familias haitianas.

"El **culto de los muertos** lo ejerce un gremio de brujos y hechiceros que practica ceremonias increíbles con los cadáveres humanos; según propia expresión del doctor Arthur G. Holly, eminente médico haitiano: "esas gentes son nigrománticos; seres que emplean los cadáveres con fines mágicos."

Del abogado Kleber Jeorges Jacob, en su libro "L'Ethnie Haitienne," Puerto Principe, 1941:

"En cuando al Voudú, en Haití, no es raro constatar que el jefe de la religión está representado en el Benjamín de la familia." "Algunos autores hacen notar que no es el animismo la causa del retardo mental del Africano, sino más bien la magia y un cúmulo de creencias que anquilosan su cerebro y perturban su inteligencia."

Del doctor Dantes Bellegarde, en su libro "La Nation Haitienne."

"La familia Pellé, campesinos incultos, sin duda originarios de la tribu canibal de los Mondogues, fué acusada de matar y haberse comido a una hijita. Ocho hombres y ocho mujeres fueron juzgados y condenados a muerte por un tribunal criminal de Puerto Príncipe."

Del doctor Price Mars, en carta escrita al Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, comentada en el artículo "Puerto Príncipe y la Dominicanización de las Regiones Fronterizas," publicado en LA NACION, Septiembre 19, 1942:

"Su pueblo y el mío, por la proximidad de su vecindad, **confrontan problemas cuya solución puede tener consecuencias excepcionalmente graves, sobre su mutua existencia.**" — "Es por lo que los hombres de estudio, dominicanos y hatianos, deben inclinarse pacientemente sobre esos problemas para buscarles soluciones conformes a la equidad y a la justicia y capaces de asegurar las buenas relaciones que existen entre los dos países."

III

N O T A S
PARA ESTA NUEVA EDICION

Primera: Véome en el caso de acoger las repetidas sugerencias que me han hecho, venidas de diversos lugares y de constantes amigos de buena voluntad, insistiendo en la opinión de que se les hace un delicado servicio a muchas personas, si publicaba una segunda edición de este PAPA LEGBA, que en verdad tuvo una acogida insospechada entre espíritus curiosos inclinados a lecturas del tipo aquí ofrecido, llegándose al extremo de ver un volumen de autor dominicano, circular tan rápidamente, que el millar de ejemplares lanzado se agotara pronto y con natural ventaja para los vendedores, hasta creer el infrascrito que se trataba de una broma cuando en las librerías en donde estuvo depositado, lo llamaban para liquidarle entregas anteriores.

Segunda: Si bien resultan estimulantes las sugerencias antes referidas, convirtiéndolas en requerimientos atendibles, no por ello deberá considerársenos orgullosos de haber dado un libro, que si no es el primero, al menos no hay falsedad al confesar que lo escribimos con entusiasmo y lo entregamos a las cajas con la satisfacción de poder mostrar algo visto y vivido en carne viva, con salpiques pimentosos de clerén y ají caribe sorbido afanosamente en noches de aquelarre y luna llena, en las cuales el cerebro y los nervios vibraron al son de tambores de sacrificio, en presencia de sangre caliente de animales inmolados previa consagración, y junto a oficiantes sudorosos de pechos desnudos, miradas en éxtasis, pantalones arremangados o faldas al viento al pie de la montaña, en plena naturaleza, bajo cielos sin nubes pero con calores de estío, mientras en el bosque parecían aullar lobos de fantasía, mezclados con rumores ininteligibles de dioses de la Guinea e impetrantes criollos montados en el frenesí de sus apasionamientos.

Tercera: Casi teníamos olvidado lo que ahora estamos reviviendo con la forzada revisión de estas páginas. Las aguas revueltas y no siempre limpias que hemos tenido que ver pasar —y dejar pasar— desde el puente o la encrucijada en que nuestra habitual ocupación nos mantiene, no nos ha quitado la ilusión de sentirnos más eficazmente felices al acercarnos de nuevo, ahora en esta forma, a nuestras relaciones, confiando en darles oportunidad de recorrer gustosos, —o quizás volver a recorrer— en la malla de su imaginación, un panorama que se mantiene intacto del otro lado de la raya divisoria —o conjunción de territorios— como si los vividores de ese ambiente encontraran un placer inestimable e insustituíble en disfrutar y mantener tal estado de ánimo, como una oblación sempiterna a los dioses ancestrales importados primitivamente del Africa remota con los braceros traspasados a los colonos en afanes de laboreo y riquezas. Todo esto nos infunde hoy, como nos produjo antes, un profundo y reservado respeto. Siempre hemos considerado que hay muchas formas de ser felices, como hay muchas formas de vida.

Cuarta: Algo existe que específicamente no queremos omitir en estas minutas: debemos referirnos al hecho cierto, indubitable, —y esto sí nos produce una satisfacción de tipo dominicanista:— es que mientras allende la frontera, imperturbablemente sigue el estado material y anímico de cosas vistas y palpadas hace algunos años, origen de las páginas de este libro, es de fácil comprobación que de este lado de toda la línea, a través de muchos kilómetros a la redonda, ha continuado el ritmo acelerado del progreso, también material y espiritual antes reportado, marcando hitos inconmovibles y dejándonos ver en cada conglomerado de los que por allí se asientan, ese entusiasmo característico de los núcleos de ciudadanos en satisfactorio acoplamiento con la evolución sin tregua de un país en marcha, que hace décadas encontró su genio tutelar cuyo númen no se conforma con realizaciones parciales, sino que su obra constituye una inmensa fragua en constante ardimiento, o una inabarcable bola de nieve que en su solidificación mantiene la vertical sorpresa que a los dominicanos alegra y a los foráneos satisface por las posibilidades económicas, morales y de alto alcance psicológico evidente en

cada paño de terreno cultivado o en cada metro lineal dentro de los recintos urbanizados.

Quinta: Hablar de vida activa, desenvolvimiento propio en cada población de las fomentadas a través de los antes inhóspitos eriales, a lo largo y frente a la frontera domínico-haitiana, hacia el Oriente, es quedarse corto. No es la bayahonda agresiva lo que impera; no es la manada de chivos silvestres y realengos cruzando el camino, subiendo los montes, lo que afronta el viajero. No, no es eso. Es la carretera asfaltada, el camino cuidado, es la calle limpia y las casas pintadas con pintura firme sobre el empañete liso: es el agua potable corriendo por cañerías; es la luz eléctrica hasta el amanecer; son los edificios públicos levantando la majestad de su estructura de hierro y cemento, luciendo al frente el símbolo tricolor que ondea al impulso de la brisa montanesa; es la escuela repleta de chiquillería y de adultos ansiosos, alegres y de todos los matices. Es la certeza de una vida nueva, caracterizada además, por la incansable actividad de hombres que sienten gravitar sobre sus espaldas, la responsabilidad de aquellos sectores; es en fin, el gesto sosegado, respetuoso, de una juventud prometedora, que no deambula en mangas de camira, sino que sabe alternar sobre el yunque del trabajo, sobre el libro abierto de la historia patria, sobre el volumen de literatura o sobre el tratado de filosofía, de psicología, de lógica o de física, en impulso de superación para cuando llegue la oportunidad de frecuentar avanzados centros de estudios.

Sexta: Lo expresado en la "Nota Final" de la edición anterior ha sobrepasado con mucho la esperanza que abrigábamos en aquel entonces; una esperanza que produciría euforia en su realización si no fuera porque se trata de una obra cuyo remate sigue en marcha.

Es en fin —puede repetirse— el ambiente propicio para enfilar el porvenir, otear los acontecimientos del mundo, y corresponder dignamente a la confianza que la visión constructiva de un hombre emprendedor puso, tan lleno de fe en aquellos contornos, otrora abandonados por sus predecesores, y olvidados de la mano de Dios.

Tal es el pensamiento con que el Autor quiere dejar nueva constancia de su presencia en el ámbito.

M.T.R.

Ciudad Trujillo, D. N., 1960.

IV

PALABRAS NECESARIAS

Este libro debiera ser dedicado especialmente al pueblo dominicano. Porque, aunque parezca paradógico, el dominicano apenas conoce la comunidad aquí enfocada. O por mejor decir, no la conoce en absoluto. Sin embargo, existen muchas razones por las cuales debe conocerla.

En primer lugar, por nuestra vecindad, por nuestro natural contacto geográfico; en segundo término, porque habitamos la misma Isla y en ella somos respectivamente soberanos, con dos Estados independientes. Considerado esto, nada más juicioso, —y aún necesario— que nos conozcamos unos y otros.

Mantenemos unas normales relaciones de amistad con aquel pueblo. En justicia, debe reconocerse que sólo a partir de 1930 se ha logrado un acercamiento más cordial, sobre bases más firmes. Es evidente un mutuo interés por conservar el debido respeto entre uno y otro conglomerado

Hasta que ese acercamiento y buena voluntad se produjeron las demarcaciones fronterizas eran poco menos que hipotéticas. Existía una confusión tal, que aún desde muy tierra adentro de este lado parecía que se pisaba en territorio ajeno. Las prácticas ancestrales imbuídas de fetichismo y hechicerías en las que campean Legbá, Damballah, Mawn y otros dioses del vouduismo, se habían colado en la parte dominicana con las inmigraciones clandestinas, que cada día tomaban mayor incremento y se afincaban en pequeños caseríos en los cuales sólo el créole se oía por doquier, influyendo perniciosamente a los pocos moradores nuestros o a los que por allí se aventuraban. El comercio de Navarre-

te (hoy Villa Bisonó) por el Noroeste, y los de San Juan y Barahona, por el Sur, tuvieron que vender telas a base de la medida lineal conocida del otro lado por "ona" y aceptar por dinero corriente la moneda haitiana, que llegó a circular hasta allí, sin razón de ser legal ni justificada.

Ya hoy han quedado definitivamente liquidados esos viejos problemas, que fueron la pesadilla de gobiernos precedentes y de ciudadanos de una y otra banda. Tal negligencia había hecho, como queda evidenciado, que aquellas regiones limítrofes "perdieran su atmósfera y su carácter nacional, dando lugar a ciertos incidentes que pusieron en peligro nuestras relaciones."

Aquel ambiente ha cambiado como de la noche al día.

No poca buena voluntad fué necesaria para llevar a la práctica tal empresa. Pero el éxito ha sido completo.

Haciendo caso omiso del juicio personal que el espectáculo nos ha sugerido al acercarnos y hacer contacto, ofrecemos mejor —para evitar un posible y deplorable malentendido— el testimonio autorizado por la firma de uno de los escritores más renombrados de Haití, el doctor Price Mars, cuyas opiniones son acogidas y respetadas dentro y fuera de su país. En un trabajo (x) entre otras cosas confiesa que "las masas populares (de su tierra) han tenido desde largo tiempo el hábito de la evasión hacia territorios vecinos en que el trabajo podría absorber su excesiva plenitud." Un problema al cual también alude, y "que confronta la atención de la comunidad haitiana, es el de la salubridad pública, de la higiene colectiva privada." Y afirma: "Los haitianos, en una gran proporción, son seres enfermos. Las enfermedades sociales, tales como la tuberculosis, la malaria, la helmintiasis, la sífilis, el pian, se hallan en estado endémico en casi todos los medios poblados y particularmente

(x) Véase la *Revue de la Societé d'Histoire et de Geographie de Haití*, edición de Julio de 1942.

en los medios rurales. Se puede decir que 8 de cada 10 campesinos, están aquejados de pian, de helmintiasis o de malaria. Tal estado de salud proyecta sobre la comunidad la nefasta sombra de una deficiencia colectiva, que se refleja en la disminución de la capacidad de trabajo y de la resistencia económica contra la concurrencia mundial."

Sin embargo, este interesante sociólogo, que ha visto claro en un cuadro tan sombrío, tiene la esperanza de que tal estado de cosas ha de mejorar con los años si se aplica "una implacable política sanitaria."

Nos alegraríamos sinceramente ante la realización de tan humanitarios ideales.

Pero además, el autor ha querido ofrecer su aporte.

Muestra en este libro, a través de trazos recogidos en el mismo corazón del ambiente, una parte —muy pobre indudablemente— del folklore y de la vida espiritual de aquel pueblo, saturado de creencias ancestrales importadas del viejo mundo, que entre nosotros, producto de la mezcla de razas en que todavía impera —más o menos diluída— la hispanidad americanizada; resultan poco menos que desconocidas, o perseguidas activamente esas creencias y prácticas cuando las autoridades policiales llegan a conocimiento de las mismas, aunque ello sea en los lindes o en los montes más lejanos.

El doctor Price Mars, al igual que muchos otros escritores paisanos suyos, ha reconocido el **Voudú** y las prácticas afines a esta religión, como hechos inocultables entre la mayoría de los miembros de aquella comunidad. Esto animará a los timoratos que ven como algo tabú en aquellas inclinaciones generalizadas allí, sobre las cuales creen que no se debe hablar.

Creer es ya algo, desde los más remotos tiempos, y todas las filosofías nos hablan de cómo la creencia, la fé en determinados seres invisibles, en dioses y semidioses, en el Dios Unico o trino, en la Naturaleza, en el Destino, han re-

gulado toda la actividad numana, dejándose sentir más poderosamente en unos que en otros pueblos.

Hay que reconocer en el caso que nos ocupa, que la población rural, la menos culta, —la más ignorante cabe decir— la que menos ventaja extrae de la luz de los núcleos civilizados, —también como en todas partes— es la más permeable al morbo fetichista, a las hechicerías y vaguedades fantasiosas que son capaces de poblar y atormentar el cerebro del hombre, produciendo el terror más irracional o la alegría más infantil. El campesino de aquel medio está incapacitado ordinariamente para distinguir los fenómenos naturales más elementales, los componentes primarios que explican su propio mecanismo en el concierto general de la vida. de ahí le viene su sumisión pasiva a lo que él cree inevitable y concluyente. Su espíritu chato, sin malicia, es inepto para sospechar la parte de determinismo bio-físico que contiene el complejo de la existencia. Explícase entonces que su lógica insegura lo haga aferrarse complacidamente a las mallas densas del misterio que cree lo rodea por todas partes. Y obligatoriamente se hace místico. Con un misticismo orientado hacia su fé: el voudú.

Alguien habló una vez del sabor particular de tal misticismo. Ese sabor particular se debe a la confusión que establece entre los misterios de la religión cristiana —cuya enseñanza formal no ha penetrado su alma sino superficialmente— y los profundos vericuetos del arcaico animismo africano, con sus tradiciones orales trasmitidas por esotéricos medios.

Ese animismo que le hace ver, previo afincamiento de la creencia latente en lo más profundo de su conciencia, animación y vida en todos los objetos de la naturaleza; que la más insignificante materia, no importa su índole, es un ser animado capaz de intervenir por su propia iniciativa en el hecho del hombre, orientando o perturbando las más elementales decisiones. Es algo que en su ingenuidad se convierte en una especie de antropomorfismo, para atribuir forma corpórea a la divinidad de su predilección, viéndola y palpándola aún en el objeto de apariencia más tosca que cualquiera otra mentalidad ajena a tales inclinaciones vería con indiferencia y en nada afectaría su sensibilidad.

El Arcano, el misterio, el **luá**, (lois) lo sobrenatural, es lo que explica para el criollo rural, cualquier contratiempo que se produzca en la tierra, en la siembra, en el ganado; la sequía, la enfermedad y la muerte de las familias, no son sino efectos del castigo inexorable de las divinidades ofendidas. Ellas, las divinidades, son la causa cierta de lo bueno y de lo malo que le ocurre.

Por donde quiera están ellas, observándolo todo, poniendo su ojo avizor, Argos implacable, en todo cuanto rodea, calienta y anima el ambiente.

Y no puede uno imaginarse hasta dónde un estado tal de espíritu puede ser movido en acciones inesperadas y a veces trágicas, ya por venganzas, ora por disposiciones **superiores** de los **misterios**, o bien por pura prevención ante la posible desgracia que un determinado personaje —un infeliz cualquiera puede atraer con su sola presencia en el lugar, defendido éste por el muro infranqueable de la superstición.

Esto, que parece por lo que va escrito, circunscribirse a, campo, no quita que la fuerza de tales creencias se expanda, invadiendo y haciendo adeptos voluntarios en todos los centros poblados del país. Hemos desechado la idea de que sea el pueblo quien lance al campo su impulso de penetración, como sería lo más natural. Esto se explica teniendo en cuenta que fué el monte la residencia ordinaria de los primeros trabajadores importados por los colonos franceses.

Entre ese material de trabajo, vinieron muchos jóvenes que allá en la jungla del Dahomey descollaron como aprendices de brujos juntos a viejos sacerdotes venerados por el vecindario, que veía en ellos la suma de la sabiduría en diversos manejos de la gracia oculta para lograr determinadas apetencias de la comunidad que los frecuentaba. De estos ancianos habían recibido la protección, con pretensiones de tomar un día la herencia con que manejarían a su modo la vida de los demás, en provecho de sus propias aspiraciones o en halago de su vanidad rudimentaria. Traídos al Continente occidental, aherrojados en largas reatas, recibiendo en la espalda desnuda el restallante foetazo del

capataz blanco, soportando a regañadientes el latigazo del sol, más clemente que aquel, seguían pensando en sus propias posibilidades desarrolladas a través del tiempo y con la práctica material a que podían dedicarse en las escasas horas de la noche, cuando el amo los dejaba junto a la fogata prendida a la vera de los bateyes. Cuando el canto de la nostalgia surgía, con acompañamiento de rústico instrumentos improvisado con el madero hueco, el pellejo desecado de un animal cualquiera, y las manos en temblores que cobraban franesí.

Lo cierto es que las manifestaciones de carácter místico-voudú, con patentes reminiscencias africanas de tipo subido e inconfundible, no son nada raro —ahora como antes, hoy como ayer— ni se ocultan demasiado en la capital, en El Cabo, en las demás poblaciones ni en los más intrincados predios rurales. De ahí que en estos relatos se salte a veces del pueblo al campo, del llano a la montaña, del bosque a la plantación de caña o de guineo o viceversa, con la misma impresión, a menudo de asombro o de curiosidad, ante hechos que sólo en una imaginación ingénua y pasiva, atrofiada o atacada de algún morbo, pueden caber logrando aceptación y arraigo de cosa real y definitiva.

Para querer, odiar o compadecer a un hombre como a un pueblo, lo más indicado es tratar de comprender, conocer, lo más íntimamente posible, sus costumbres, sus virtudes, sus vicios, sus fuerzas morales o sus debilidades, como factores integrantes de su personalidad.

Esto justifica, si no hubiera otra razón de mayor peso, que quienes primero deben tomar nota del contenido intrínseco de estos reportajes, —escritos con el espíritu limpio de pecado—, sean los dominicanos, como quedó esbozado al principio. Y esto, no para sonreír de aquella particular manera de ser, imbuída de misterios y creencias en el más allá visto desde su específico punto de vista místico religioso, sino para aprender a conocer mejor una comunidad —diferente por la raza, las costumbresy el idioma— que se mueve del otro lado de la frontera en nuestra propia ínsula, y que nos mira como a seres que han traspuesto ya cierta etapa, a la cual ellos tendrán que llegar un día tarde o temprano, por el camino fácil o escabroso, que finalmente escojan. Y basta.

EL AUTOR.

V

PERO ANTES...

Consultando un mapa cualquiera de la Isla, puede apreciarse a simple vista la conformación topográfica de la parte occidental, en la cual está enclavado Haití, llamado de este modo por los antiguos indígenas —según las viejas crónicas— a causa de lo montañoso de la región. Y en verdad, para tener una idea gráfica de lo que es el país visto desde el mar, bastaría repetir lo que cierta vez hizo ostentosamente un Almirante inglés, cuando le fué pedida su descripción por Jorge III: estrujó en el puño una hoja de papel y la tiró sobre la mesa: —Sire, eso es lo que Haití parece— dijo.

Pero aún así, no puede uno quedar satisfecho. Es preciso adentrarse a través de sus caminos, de sus encrucijadas, de sus cordilleras, de sus hondonadas profundas: atravesar sus valles, cruzar sus ríos, bordear su mar, detenerse ante las ensenadas, las bahías, unas estrechas, otras anchas y abiertas; contemplar los arrecifes batidos constantemente por el oleaje furioso; mirar al fondo de las aguas inquietas desde el peligro de una roca alta.

Todo eso daría una idea más o menos amplia de lo que aquello es desde el punto de vista geográfico. Más no es mucho hacer un alto sobre la cresta empinada de Kenskoff, a 1.420 metros sobre el nivel marítimo, con una temperatura de invierno perpetuo que satisface plenamente.

Desde allí, luego de ascender por una retorcida carretera de 16 kilómetros, durante una hora, bordeando pro-

fundos precipicios en cuya sima los árboles parecen enanos, la Naturaleza ofrece un espectáculo realmente maravilloso. La fuerza y lozanía que muestra dan la impresión del bosque virgen.

Lanzando la mirada hacia el Sur, en la perspectiva, se ven el Monte Negro, el de Los Niños Perdidos, el de Los Cadetes, cubiertos de vegetación lujuriosa, altivos unos, otros de aspecto ríspido; los de más allá, de suaves curvas que parecen invitar al escalamiento sin grandes alardes de alpinismo. Al Norte y al Este, por un lado, parte de la bahía de Puerto Príncipe, la extensa Plaine du Cul-de-Sac, y allá, en la lejanía, en la frontera dominicana, los lagos del Fondo y Enriquillo, que asoman tras de las montañas, con sus trazos largos de un azul intenso.

Es el Cosmos que cabe en la retina e impresiona la imaginación sugiriendo reflexiones que levantan el espíritu, poniendo lejos toda sombra en la que pudiera asomar el más leve soplo de "misterio" que no sea aquel que en su inmanencia metafísica nos dice del alma humana en su primer característica: el aliento vital.

Se piensa, por contrario imperio, y bajando de la nube del sentimentalismo a la realidad práctica de la vida moderna, cómo sería fácil aprovechar tánto terreno baldío, horro de producción, cuando la industria mecanizada de hoy pone al alcance del hombre de acción un sinnúmero de implementos agrícolas de gran potencia y capacidad sin límites, para roturar planicies, perforar y derribar montañas, arrancar de cuajo árboles añosos, transformar boscajes incultos en predios que la química agraria se encargaría prontamente de hacer reventar dando los frutos que el ciudadano de todas partes está consumiendo ansiosamente, a la vez que ofrece la satisfacción de necesidades que no son un lujo sino una forma de hacer menos fatigosos los días del hombre corriente.

Se piensa en lo que esto representa como fuente inagotable de riqueza. En el suelo y en el subsuelo. En lo que sería dable ejecutar, sobre la base de esa pródiga naturaleza, cuando estuviera en manos capaces de mover la

palanca decisiva de la transformación y el progreso, con vista al mejoramiento social del conglomerado, que aclamaría con voces de pecho recio al superhombre que el Destino pusiera en su camino en tal disposición de trabajo y empuje conscientes.

La idea, rayo penetrante de luz para ver claro, pájaro volandero e inquieto, libre en la inmensidad del cielo y de la tierra, pliega entonces acongojado, sus alas sobre la dura realidad sociológica de Haití, ese pueblo que se debate en indecisiones de agonía, sin encontrar el derrotero cierto, en busca de meta salvadora. Surge y se estabiliza el cuadro plástico de un conglomerado humano, con esporádicos estertores, dentro del cual las masas retardadas y apenas semovientes, sumidas en lamentable oscurantismo dan la impresión de vejetar, ajenas y casi refractarias al impulso poderoso del progreso.

Ante un núcleo así, se piensa, tiene uno que detenerse a pensar, cómo resulta peligroso tenerlo cerca, por la permeabilidad que representa su idiosincracia, ante las tendencias envenenadoras de ciertas doctrinas que con tanta frecuencia se infiltran en impulso de saturación y conquista con miras de aprovechar la maleabilidad de una conciencia insegura, y lanzarlo como carne de cañón contra democracias organizadas sobre bases de civilización y cultura.

El problema, múltiple, vasto y tentacular dentro de su concreción geográfica, ha sido comprobado y denunciado por ensayistas valiosos que allí mismo mantienen el ojo abierto a todas las inquietudes, y han sugerido persistentemente soluciones que en verdad actualmente están muy lejos de llevarse a la práctica, ya que requieren manos hábiles y fuertes, expertas en el manejo de pueblos.

Hay tánto por hacer! En los campos como en los centros poblados. En la planicie como en los montes! La agricultura, la sanidad, la pecuaria en general, las industrias orientadas al aprovechamiento de tánto material en abandono, el comercio, las escuelas, tienen todavía mucho que realizar, poniendo en ejecución un escalonado programa de producción intensiva.

En otro aspecto, tan interesante como el anterior, ha sido necesario detenerse para confrontar determinado ángulo del problema local, angustioso en extremo, y que se afinca en el espacio vital, generador a la larga, de inconvenientes no siempre fáciles de resolver.

El mismo doctor Price Mars, al que nos hemos referido en palabras anteriores, ha estimado la superpoblación como el primero, el más dramático y más amenazante de los conflictos. La densidad de habitantes, la miseria en que ordinariamente viven, y el escaso desarrollo de los medios de subsistencia, convierte el caso en una verdadera tragedia que urge solucionar, para su propio acomodo y relativo, por no decir efectivo mejoramiento. Las plantaciones de guineos, de café, de caña de azúcar, de algodón, de sisal, en otra época tan favorecidas por capitalistas y poderosas empresas extranjeras, no tienen a la fecha la importancia que antes tuvieron. Los más recientes intentos a este respecto, no llenan a cabalidad —ni con mucho— las necesidades imperiosas evidentes a todo lo largo y a todo lo ancho del territorio. De ahí surge y se mantiene la clara visión de tal "comunidad, cuyas cuatro quintas partes están en estado de primitivismo y de pobreza", como afirma sin anbajes el aludido pensador haitiano, cuyos afanes a través del tiempo, llevan trazas de amarillear en las páginas de sus libros y en las hojas volanderas de revistas especializadas en estudios de esta índole.

PRIMERA PARTE

El Alma Encantada

1.—Ojeada sobre la Ciudad.
2.—"Africa, Madre Mía".
3.—En los Vericuetos del Voudú.
4.—En la Ruta del Misterio.
5.—Levantando el Velo del Misterio.
6.—Ofertorio Voudú en Bizotón

I

OJEADA SOBRE LA CIUDAD

En los 22,457 kilómetros cuadrados que corresponden a Haití de la isla, hay diseminada una población de cerca de 4 millones de habitantes, con una densidad de 294.9 almas por milla cuadrada.

Dividida la República en cinco Departamentos, su capital, Puerto Príncipe, enclavada junto a la bahía del mismo nombre, abriga un núcleo de más de 140.000 personas, cuya presencia apenas resulta notoria, a causa sin duda de esa natural suspicacia innata en el criollo, frente a cualquier otro, no importa que sea su igual o exhiba superioridades por la posición que ocupe en el conglomerado o por los bienes materiales que haya podido acumular. Lo cierto es que el ocultarse, mirar a través de la reja o desde el ángulo de la ventana parece ser un impulso irreprimible. Esto desde luego hace pensar en la acechanza, en la vigilancia gratuita o inofensiva de que está uno siendo objeto, sin haber dado aparentemente lugar a ello.

Se pasea el viajero por la ciudad y observa la mayoría de las calles cementadas o empedradas en firme, de trazo recto, extendiéndose al pie y al Este del Morne l' Hopital, en un área extensa y llana que llega y bordea toda la cuenca marina. Las casas, bajas, de concreto unas, de madera otras, de aspecto rudimentario, se alinean y hacen juego con los chalets, residencias y edificios de corte moderno que caracterizan los barrios de gente adinerada de la cité. En verdad que algunos repartos de personas acomodadas

consideradas de la élite —la aristocracia del saber o del dinero—, tales como Turgeau, Bois-Verna, Sacré Coeur, equivalen al Gascue de Ciudad Trujilo o al Vedado de La Habana —salvando la riqueza material reunida en éstos últimos, que es mucho mayor— con la ventaja relativa de que aquellos barrios portoprincienses están situados en alturas y rampas donde la brisa fresca mantiene una temperatura agradable aún en las estaciones más calurosas.

Las diferentes mezclas raciales entre la población negra y algunos blancos han producido una matización donde naturalmente predomina el elemento oscuro sobre cualquiera otro. Este color, que constituye el orgullo del criollo como ciudadanos de una nación libre constitucionalmente, se honra con el propósito bien marcado de la clase alta, de lograr cada día una cultura mayor y un progreso material para su país que le permita disfrutar de las adquisiciones, orientaciones y ventajas posibles en el mundo moderno civilizado.

Todavía se recuerda allí la orgullosa frase de Toussaint Louverture cuando comenzaba un despacho diciéndole a Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses: "El primero de los negros saluda al primero de los blancos..."

Aunque ordinariamente se usa el créole, mezcolanza de vocablos franceses, ingleses, españoles y africanoides, el idioma oficial es el francés, que el elemento culto habla y escribe con una perfección que ha dado lugar a que en Europa se estime que sólo los haitianos y los rusos lo hablan sin acento exótico.

Aquel dialecto, usado por el pueblo y por la masa rural, es un lenguaje sólo para ser hablado, cuya característica más notoria es la abreviatura, que llega a convertirse en muchos casos en elementales sonidos guturales, con variantes y giros según la región del país donde se esté. Alguien que se detuvo pacientemente a estudiar las sinuosidades lingüísticas de este dialecto, explica que en el mismo se atiende poco a distinguir los géneros, números y casos, y que la pluralidad se indica mediante una partícula, sólo cuando es absolutamente necesaria. Es notorio por igual que se le dá preferencia al adjetivo femenino. El artículo

apenas cuenta. Las formas del verbo no cambian, sino que se distinguen por medio de partículas. El pronombre persosal sólo tiene una forma, y las preposiciones, conjunciones y demás partes análogas de la oración, generalmente se omiten. Con todo, es rico en matices el créole, y puede ser aprendido en relativo poco tiempo cuando se está entre personas que lo hablan. Misioneros católicos y protestantes lo aprenden expresamente para mejor desempeñar su ministerio en los campos y entre la gente de los barrios pobres.

La capital, al igual que todas las otras ciudades del país, es quieta, adusta, sintiéndose en los últimos años la influencia europea y norteamericana en cuanto a espectáculos cinematográficos, ciertos cabarets con artistas criollos y a veces importados, que mantienen un tono adecuado a cierto nivel de diversión. Desde luego los centros sociales exclusivos no faltan, en los cuales una peculiar elegancia de sus damas luce a través de los salones iluminados con profusión de bombas eléctricas.

Por igual, no faltan las velloneras en determinados sitios de reunión en donde se beben todas clases de licores. Pero en general, la gente se recoge temprano, al no tener nada especial o extraordinario que le atraiga o le retenga en las calles, ni aún por mera curiosidad. Y la noche transcurre quieta, silenciosa, propia para dormir largo, en plan de descanso, de olvido de los ajetreos que en otros ambientes atosigan el cuerpo, oprimen casi el cerebro y maltratan el corazón del hombre normal.

Luego, desde muy de mañanita, la población despierta, lanzándose hacia fuera, a la calle, al mercado, a la iglesia, o bien a la faena habitual, mientras las vendedoras con canastas llenas de frutas y yerbas raras sobre la cabeza, cruzan en diversas direcciones con el grito agudo de su propaganda, el pie descalzo, la cintura apretada en contorsiones ambiguas y el volumen en movimiento de ritmo felino, trajeadas con telas de colores llamativos.

Las exhibiciones comerciales han ido cobrando lucidez, y por las noches tratan de poner de relieve cuanto de más vistoso tienen las tiendas. Los salones de cine terminan

temprano su labor. Se ven pasar todas clases de automóviles con bastante profusión en determinadas horas del día o de la noche, y la frecuencia de rostros blancos junto a los de mestizos o negros, hace pensar en la población extranjera y en la mezcla que cada día se acentúa con matices más pronunciados.

Entre los edificios públicos se destacan el palacio Presidencial, con su enverjado de altos barrotes, los de Hacienda y de Justicia, el de los ministerios, la Casa de la Gendarmería, la Escuela de Medicina y algunos otros, de maciza estructura moderna.

Cerca del parque principal se levanta el suntuoso monumento pedestre que representa a Jean Jacques Dessalines con la espada al aire y rostro de expresión dura. Un crítico diría que está colocado en pedestal sin prominencia, fuera de lo que parece convenir a una figura extraordinaria de su talla, a quien se considera en el país como uno de los grandes de su época.

El panorama en declive de la ciudad, visto desde la parte alta, abarca la extensión marina, y dibujándose en lontananza, como un cetáceo medio sumergido, frente a la amplia bahía, la isla Gonave, asiento antaño de bucaneros y piratas, hoy la sede de un reino de fantasía voudú, es como un centinela avanzado, vigilando el paso de navegantes que no tienen nada que temer.

En la capital la noche es callada, más bien triste. Tiene muchos rincones lóbregos por los que hay que andar con cuidado. Después de ciertas horas, y en la mayoría de sus barrios, las calles permanecen solitarias. Sin embargo, el crimen, el delito de sangre, el robo importante, están generalmente desterrados del medio. No se reportan con frecuencia. Solo la prevención del misterio, el hechicismo, el animismo ancestral, parecen adueñarse y materializarse en el ambiente, hacer presa en el espíritu inculto del poblador corriente, que escruta la sombra con mirada de espanto, pronto a esconderse ante el paso de un gato o de un perro desconocido, en la creencia de que se trata de un brujo en una de sus metamorfosis.

Es como si un sortilegio indestructible, un azote fatalista sin remisión, cayera sobre la ciudad y la sumiera en un terror inconfesado, que hace exclamar al viajero sin aprensión:

—Y aquí, qué pasa, señores?

2

"AFRICA, MADRE MIA..."

En todas las edades y en todos los tiempos fué de rigor creer en algo. En algo que pareciera tan alto, tan superior, tan divino, que forzara a levantar la frente y poner la rodilla en tierra, en gesto de evidente adoración.

Las muchedumbres —cultas o salvajes— encontraron siempre dioses en quienes fijar la vista, prontas a pedir mercedes, buscar inspiraciones, o suplicar el perdón de los supuestos pecados cometidos. Y cuando no los encontraron a mano, los crearon. Eran indispensables para el sostenimiento de sus tristes almas de creyentes sumisos.

Crear ídolos.

Divinizar pobres seres irreales, efluvios intangibles de imaginaciones calenturientas, en las que una sicosis de alto voltaje se asienta para multiplicar hasta lo infinito las más débiles impresiones en desmedro del equilibrio deseable para el sujeto víctima de tales obsesiones.

Eliminar la quiebra del hombre con la fé ciega, impulsiva, en el símbolo materializado de sus creencias. Así, la fé suplió cómodamente a la ignorancia, que persistía en ver a través de las tinieblas impenetrables, y al fin proclamaba su convencimiento ante lo que sus ojos ni su entendimiento vieron ni comprendieron.

De ahí la génesis ilógica de la mayoría de las religiones. Ayer igual que hoy. Y que mañana.

Cada nomo, cada clan, cada tribu, o cada pueblo, tuvo su religión. Sus símbolos ante cada conglomerado eran ídolos, que en unos era el Sol, en otros, la Luna, el Fuego, el Mar, o la Naturaleza, las potencias cósmicas cuya real composición física o explicación más elemental, escapaba totalmente a su conciencia rudimentaria. Eran entes que en su lejana materialidad cobraban vida y aceptaban inconmovibles las oblaciones más o menos estilizadas con las cuales los adoradores se ofrecían, rezumantes de fervor místico, en la seguridad de que complacían mandatos ocultos en compensación de los cuales habrían de recibir infaliblemente, favores que los hombres no podrían dar.

Las evoluciones lentas y sucesivas del mundo, la acción dinámica y constante del hombre-inteligencia, del pretensioso **homosapiens**, no han bastado sino escasamente para modificar algunas de aquellas primitivas religiones vencedoras del tiempo. Es por eso que vemos pueblos que hace tiempo se vieron forzados a entrar en el período ineludible de la reforma social generalizada, que se aferran desesperadamente al madero carcomido y vacilante de antiguas creencias arraigadas, en el santo temor de morir de inanición si se extirpa de su organismo, del medio ambiente en que se mueven sus componentes, eso que consideran parte integrante de su individualidad, y que los caracteriza ante el resto de la comunidad intercontinental, que los observa con ojos de curiosidad.

Así tenemos núcleos de conformación republicana en el mismo corazón de las Antillas, en pleno deslumbramiento de este maravilloso y convulsionado siglo veinte, culmen de esfuerzos coronados por sorpresas constantes, que continúan en practicar fervorosa e incansablemente todas las viejas costumbres importadas con los antepasados originarios del **Africa Mater**. Esto así, pese al empuje laudable de algunos de sus meritorios ciudadanos, que mantienen en alto el fanal de comprobación experimental de la ciencia moderna con todos los adelantos y convincentes explicaciones capaces de hacer luz en los cerebros vacilantes de confusión.

Cierto que en algunas de esas Antillas a que tenemos que referirnos, tanto como en algunos extensos territorios continentales —ellos están enclavados en el Sur, en el Centro y aún en el Norte— se habla de material folklórico explotable como atracción para la industria del turismo; cierto también que muchos profesionales de la especulación hacen constantemente su zafra con el espectáculo movido que montan a base de los entusiasmos vocingleros con que los oficiantes se manifiestan periódicamente ante los **houmforts** levantados a la orilla del caserío, con sus altares donde campean las divinidades complacidas con los bailes de sus iniciados y las ofrendas materializadas en cantos de confusa significación, en aves vivas de patas mancornadas, en frutas en sazón, tortas de maíz y licores de confección criolla, de alto porcentaje alcohólico, con añadidura de ají caribe.

La bacanal consiguiente, retenida en la cinta cinematográfica de la cámara de lente fidelísimo, va a engrosar el bolsillo del promotor dinámico que luego realizará arreglos en los mercados extranjeros exhibiendo interesantes reportajes de costumbres.

Pero también es verdadero que no siempre es el espíritu mercantilista el que sobresale por sorpresa en esas manifestaciones, que son pura expresión de un sentir íntimo muy apartado de groseras especulaciones que pondrían lejos las esperanzas espirituales con que los genuinos creyentes hacen entrega de todo cuanto son capaces de poseer en el campo de sus personales actividades.

Llegamos con esto al momento de singularizar, para exponer que uno de esos pueblos —junto a muchos otros de paradógica civilización en cuyo seno también nos hemos movido sin precipitaciones ni atolondramientos— uno de esos conglomerados que vive ingénuamente su vida de tradiciones ancestrales, es Haití, tan simpáticamente atractivo en cierto modo y tan lleno de particulares encantos a causa de las leyendas inverosímiles que hacen el poderoso magnetismo generador de la conmovida emoción con que el viajero se acerca, para convertirse pronto en atrevido hurgador, listo entonces para ver, recoger y conservar en la

retina mental lo que la ocasión proporciona, a veces abundantemente.

No puede uno dejar de observar la ingenuidad y la ardiente sinceridad con que algunos, arrinconados humildemente en el **bailli** de su predilección, entonan sus nostalgias con ojos entornados y su alma en desprendimiento, hacia la eterna **Mater** lejana, que ignora su congoja; y viven abandonados en su inercia a su propia suerte, en la inconmensurable soledad de un desierto espiritual sin frontera y casi perdido en la geografía universal contemporánea.

No es solo en el recogimiento del templo rústico, en la tranquilidad de un atardecer en el campo, bajo el árbol opulento de amplio ramaje, donde ha de oírse la triste queja del inconforme con su suerte. Es también el joven que fué a la escuela, que sintió dentro de sí el ansia de saber, de aprender en el libro y con el profesor idóneo; el que llevó su inquietud al extremo de asimilarse conocimientos que no siempre están al alcance de la generalidad de sus contemporáneos, o no siempre llevan dentro de sí la materia prima capaz de facilitarle la necesaria saturación de ciencia, arte, genio o ingenio, para expresarse en el lenguaje propio del hombre moderno. Es entonces el joven criollo que habla, que se comunica con los que pueden oírle, que escribe con soltura, que lee libros franceses, al igual que un buen porcentaje de la juventud de cuello y corbata del país. Pero este, que se empina un poco y levanta su bandera en una hoja impresa de papel, grita adolorido desde el balcón de su incorfomidad, la rebeldía que lo subleva, en un quejido que es la evocación de algo presentido o visto a través de páginas de costumbres del remoto Continente Negro.

Su grito es un desgarro que parece vibrar en el espacio, estremeciendo el ambiente, cuando dice:

¡Africa, Madre mía!

Siento el deseo de ir a prosternarme en las sagradas losas de tus templos para implorar a los dioses que antaño invocaron mis ancestros.

Aquellos dioses que ellos llamaban Mawn, Damballah, Legbá, son quizás más clementes que las divinidades cristianos; ah! tántas veces he llorado a éstas mis angustias, y ellas, —ay de mi!— jamás me oyeron!

No comprendo los sermones de los sacerdotes de pálida faz. Predican el amor, la paciencia, la caridad, la esperanza, el olvido; piden besar la mano que estrangula, presentar la mejilla derecha cuando se ha recibido el bofetón en la izquierda. Con la diestra en alto bendicen y absuelven al ladrón y al asesino.

Mentira! Mentira...!

Y añade:

"La moral de los cristianos razona como cobardes resignados, no como hombres; la que enseñan los "griots" (1) es más verdadera, más humana."

Como este joven soñador, hay muchos que conciben y publican sus cosas, valiéndose de los medios que el progreso ha puesto al alcance de todos los pueblos. Esto no quita, sinembargo, como queda señalado, que persista la nostalgia del Africa remota... surgiendo como en borbotones sentimentales que podemos apreciar sin rebuscamiento, con solo asomarnos a la ventana abierta de estos inefables vecinos, constreñidos a vivir y multiplicarse en la tercera parte de una pequeña isla que flota como un corcho batido sin cesar por las olas inquietas del Mar Caribe.

Frente a tal acontecer, uno se pregunta si se hace bien en mantener una actitud de inhibición, o si esa indiferencia puede en algún momento resultar culpable un día, por lo que significa como un mal contagioso capaz de paralizar o restar impulso para alcanzar metas de positivo engrandecimiento nacional como premio al esfuerzo consciente y bien orientado del genio rector.

---

(1) *Griots*: Entre los originarios de diversas comarcas del Africa, los hay dotados de cierto grosero talento poéti-

co e improvisador con visos de locura. Errantes de reino en reino, desempeñan el papel de los rapsodas de la antiguedad, y el de los *minstrels* de la Edad Media en Inglaterra, los *minnesánger* de Alemania y los trovadores de Francia y España, o bien el payador suramericano y decimero de las Antillas. Estos son los *griots* a que hace referencia el autor de esos lamentos.

3

EN LOS VERICUETOS DEL VOUDU.

Como en ningún otro conglomerado de tipo contemporáneo, este que puebla la parte occidental de la isla tiene su religión dominante, característica, que posee y domina poderosamente al nativo que allí convive, aunque éste sólo tenga en sus venas una cuarta parte de sangre africana.

Explícase esto, a nuestro entender, por la demostrada afinidad biológica que existe en el individuo —cualquiera que sea— para absorber e interpretar más eficazmente costumbres y tendencias de su propia raza. Se evidencia la fuerza absorbente de la sangre, unida a la poderosa e incontrastable fuerza de la sugestión.

Claro. El ambiente influye, sin lugar a dudas, con positivo avasallamiento en el ánimo de quien en él respira, se nutre y se mueve, por más resistencia consciente o pasiva que oponga. Hablar allí de fetichismo, de brujería, de encantamiento, de leyes misteriosas, de los dioses africanos, constituye una real obsesión a la que es difícil escapar aún en círculos, piñas o lugares en donde nada parece hacer esperar tales alusiones.

Esto, no es crítica. No es deseo de hablar mal de nadie. Pero lo hacemos constar, a fuer de simples narradores. Se trata sencillamente de costumbres, enraizadas en

el espíritu de la generalidad. Arbol que crece de cierta manera...

Como en el caso de las **ideas recurrentes**, a conversaciones del tipo obsesivo antes dicho se vuelve a caer, en un fatigoso y a veces atractivo círculo concéntrico. Ya lo hemos dicho: la obsesión está fijada en un punto: **Luá**, el **misterio**, con la ayuda del cual, —es la idea— tántos problemas de toda índole han de resolverse, con la satisfacción manifiesta de las personas interesadas en ello.

No hay que escrutar mucho; la indagación no es necesaria o indispensable, para ver reflejado por todas partes algo como un misticismo sugestionante, respetuoso, claro, aun a la vista del observador advenedizo. Del que llega con el espíritu limpio de malicia, pleno de ingenuidad, y la mirada sin avizoramiento.

Mauricio Delafosse, en un interesantísimo libro suyo sobre el **Alto Senegal Negro**, comenta: "El negro estima que en todo fenómeno de la naturaleza y en todo ser, se encierra una vida visible o latente, existe un poder espiritual o espíritu dinámico o eficiente que se mueve por sí mismo; de ahí el culto de los genios que personifican las fuerzas naturales y aquellos manes de los difuntos, espíritus que se han libertado por muerte de sus receptáculos humanos, momentáneamente. A cada uno de estos genios o espíritus, el negro le presta una razón y una pasión. Asocia por lo mismo el genio o espíritu a sus propios deseos".

Es decir, lo que la ciencia moderna, amalgamándose con la antigua filosofía antropomorfa de los pueblos primitivos, ha dado en afirmar como **Animismo**, asimilándolo en cierto sentido al vitalismo, y convirtiendo ambas figuras en un distorsionado mecanismo, difícilmente aprensible por las mentes **rudimentariamente** cultivadas.

No hemos dicho todavía que en Haití la religión oficial es la católica apostólica-romana, introducida allí, como en todo el Nuevo Mundo, por los españoles de la Conquista, y sostenida a través del tiempo por las diversas órdenes religiosas que han plantado sus reales en todas estas tierras de América que ha visto discurrir tántos dominadores

como naciones aventureras mantuvieron su hegemonía en la vieja Europa, aspirando desparramarla y sostenerla en los nuevos territorios, en donde la cultura aborigen no pudo soportar sin menoscabo el impacto que de fuera se le encimaba.

La libertad de cultos, sin embargo, en la República de Haití, es completa, al igual que en todo el Continente colombino.

Entre esos cultos libres, pese a esporádicas circunstancias obstaculizadoras, está el culto del **voudú**, practicado por la generalidad del nativo y aún por numerosos forasteros curiosos, aunque esa misma generalidad y estos extraños simpatizadores, se afilien de la manera más espontánea y entusiasta, en un sorprendente paralelismo, a cualquier otro culto, o a cualquiera otra manera de adoración o paganismo, sin evidenciar demasiada reticencia.

El **voudú** en sus diversas formas y manifestaciones folklórico-espiritualistas, fué introducido en la isla desde aquellos tiempos en que los barcos negreros recogían su mercancía procedente de los matorrales africanos para vaciarlos por venta o cambalache, negociando con los blancos afincados en la Antilla, en los campos de laboreo, donde el café, el algodón y la caña de azúcar enriquecía al colono ensoberbecido.

Las pintorescas y a veces sangrientas ceremonias del rito, siguen practicándose allí, en esa mitad del territorio insular, con los mismos exaltados ardores y efervecencias muy próximas al canibalismo, con que cuentan las antiguas crónicas se celebraban en su lugar de origen.

Refiriéndose al **Animismo** —que arriba hemos mencionado— el Dr. Price Mars, que lo relaciona en cierta manera con el caso concreto de su país, asegura que constituye no sólo una verdadera religión con un cuerpo de doctrina cosmológica, sino que en algunas regiones reclama toda una jerarquía sacerdotal para perpetuar el culto.

En realidad, y enfrentándolo con las antiguas prácti-

cas, en el culto voudú sólo se han introducido pequeñas modificaciones, debidas a la época actual, a la evolución natural de las nuevas formas de vida, a las cuales los modernos fetichistas no han podido sustraerse. El entusiasmo sin embargo es indeclinable, acrecido por la fe sincera en la protección de sus dioses, y la convicción absoluta en la ayuda eficaz al obtenimiento de la felicidad en la tierra por todos los medios imaginables posibles, y la salvación del alma en el más allá, cuyo paraíso esperan alcanzar un día.

La sempiterna fatiga del hombre, en cualquier latitud en que se mueva. El deseo persistente de la humanidad.

Ahora bien: qué es en realidad el culto **voudú**? En qué consiste?

En el Africa lleva el nombre genérico de **Voudú** o culto de la serpiente, la religión en que se adora una serpiente dentro de una jaula, no como divinidad misma, sino cual representación de un principio divino. Viejos papeles nos cuentan que sus fiestas duraban días y noches enteros, y consistían esencialmente en el sacrificio de gallos blancos y negros, corderos y cabritos servidos luego en grandes comidas, libaciones y danzas lúbricas. En algunas ocasiones se llegaba al sacrificio de niños, cuya sangre bebían los asistentes en un frenético ceremonial. Noticias contemporáneas nos dicen —la policía y la prensa del mundo entero se han encargado de poner su atención en ello— que este culto se ha practicado no sólo en el Africa lejana y en Haití, sino también en otras Antillas, en algunos países americanos, y aún en los Estados Unidos del Sur de Norteamérica.

Por su parte, un autor yanqui —William Seabrook— en su libro "La Isla Mágica," nos explica, después de vivir un buen tiempo en Haití, en época de la intervención, y luego de haber tratado de interpretar la religión imperante en el pueblo, para lo cual hizo escenificar, espectacularmente, ceremonias y bacanales, que allí "el **Voudú** es una religión viva y que comprende una vida tan profunda como el Cristianismo en sus comienzos en la Edad Media, cuando los

milagros y fenómenos místicos constituían el pan de cada día; que el **voudú** es un verdadero culto a la divinidad, y que magia, hechicerías, prodigios y maleficios, no son sino derivados de la fe **voudú**, complementos secundarios aportados de la línea ortodoxa, y a veces, siniestras consecuencias, del mismo modo como hubo derivados en la Edad Media por desmembraciones de la fe católica".

Cierto. Puede afirmarse que este culto es tan viejo como la creación misma. En otros pueblos lo conocemos con otros nombres. En esencia es lo mismo. Adoración y petición a dioses incognoscibles de cuya presencia en todas partes sólo la fe ciega nos dá cuenta, pese a los milagros que a veces reportan los voceros entusiasmados.

Aquellos viejos ritos a los dioses del **voudú** que desde la Guinea y el Congo vinieron a Haití, allí se han mezclado con otros a través de la tradición oral. Así se explica que unos sean evidentemente más crueles que otros. Mientras unos piden verter sangre humana, otros se conforman con sangre de animales consagrados, o con mansas aves de corral.

Son sacrificios y oblaciones que los dioses del panteón **voudú** demandan como condición indispensable para disponerse a escuchar las plegarias que la fe les dedica.

Epocas del año hay en las cuales esos dioses están más propicios y aceptan con mayor agrado las múltiples celebraciones con que son festejados. Es entonces cuando en los barrios bajos, en los poblados, en la montaña, suenan los tambores rituales desde la tenuidad del anochecer y retumban a través de valles y peñascos, estremeciendo el boscaje hasta los clarores de la madrugada.

De todos los confines acude el creyente, alegre por encontrar una nueva oportunidad de mostrar su agradecimiento al dios de su devoción que hizo crecer y dar frutos de calidad a su siembra al pie del monte, o permitió que su mujer tuviese buen parto.

El creyente urbano busca compañero o emprende solo la jornada para ir a postrarse ante el altar **voudú** erigido en

la encrucijada distante, en acción de gracias por el empleo tan fácilmente logrado, el negocio lucrativo que llevó a cabo; o bien va en busca del amuleto infalible con que ha de conquistar a la muchacha esquiva.

Ofertorios ricos y regalos modestos van a juntarse al pie del ara cubierta con paño blanco y adornado con atributos de misterioso simbolismo y colores subidos, bajo el techo poco elevado del baillí, frente a estampas policromadas.

La felicidad, esto es, el logro de las más diversas e íntimas aspiraciones con que la vida atormenta al hombre de todas las latitudes, parece radicar en cada uno de aquellos largos templos rústicos, de madera burda y sin asientos, pintarrajeados elementalmente, que encontramos a menudo en lugares aledaños a la capital, en poblados y pequeñas aldeas a lo largo y a lo ancho del país. En nada han querido imitar en su sencilla construcción, las iglesias más o menos modernas de villas y ciudades, en que la autoridad católica de un cura ensotanado se impone augurando terribles castigos al profano.

Nada le impide al fetichista ir por la mañana a la iglesia cristiana y confesar al sacerdote sus debilidades o pecados, mintiendo o diciendo verdad, para más tarde, en un desdoblamiento insensible y aparentemente sin trascendencia, invocar con la más unciosa y sincera entrega, a sus dioses atávicos.

Presenciar las grandes ceremonias en la jungla; oír de cerca los cánticos sagrados al son rítmico de los tambores de piel de chivo; estremecerse ante el sacrificio sangriento con que se alegra a las potencias del misterio, y ver luego la bacanal en movimiento demoníaco de baile y aguardiente, a la luz de lámparas rústicas de hojalata y gas, o del simple hacho de cuaba, es algo que se incrusta en el cerebro con ahinco de obsesión, difícil de extirpar.

Es algo que a despecho del tiempo, de las andanzas, de las impresiones agradables, del aturdimiento de los grandes centros urbanos, espléndidos y maravillosos de civilización moderna, perdura con alarmante persistencia de embrujamiento.

4

EN LA RUTA DEL MISTERIO

El capítulo anterior ha finalizado aludiendo a la alarmante persistencia del embrujamiento que parece quedar en el espíritu después de asistir a ciertas ceremonias voudú de la jungla haitiana.

Huelga confesar que, pese a lo mucho de fetichismo y de hechicerías que hemos presenciado allí, y pese tambien a lo cerca que hemos estado de grandes papalois y mamalois (papaluás y mamaluás) del culto, jamás nos atormentó ni nos poseyó el temor de vernos envueltos seriamente en las mayas tenebrosas de lo que pudiera nombrarse por encantamiento. Aunque pensándolo más detenidamente, debía ser interesante, debe tener sin duda su especial "encanto", para quien pudiera disfrutarlo con conciencia, llegar a ser un discípulo privilegiado de Apuleyo, y poder reirse de ciertas cosas cuando los demás, viendo un ente cualquiera a quien no prestan atención, a lo mejor un vulgar cuadrúpedo, resulta que en realidad se trata de un "galipote," de un "baká", o lo que es igual, en la literatura antigua de cierta tendencia, un "asno de oro", que un día comerá rosas aparecidas por arte de magia, para volver a su estado original tras la metamorfosis operada en somnolencia.

Sin apartarnos del tema primitivo, cuyo desarrollo hemos querido ensayar a través de estas crónicas que sin

duda pecan con frecuencia de incoherencia por la falta de enlace que en su mayoría podrá observarse de unas frente a otras, hemos pensado siempre que la permeabilidad mental para estas creencias favorece en gran manera el trabajo del **bocor** y del **owangateur**. Como en todo acto de fe, la voluntad puesta al servicio del **querer creer** hace que la superstición, como sal de la vida, llene su cometido a cabalidad.

Es verdad que nuestra presencia en innúmeras ceremonias junto a **poderosos** y calificados representantes de Legbá y Damballah Owedo, por efecto de circunstancias especiales, trajo la consecuencia de que fuéramos bautizados bajo el signo sangriento del voudú, en un acto pintoresco que luego dió motivo a diversos episodios cómicos que amigos y compañeros explotarían posteriormente a su gusto y sabor, mientras otros recibieron la noticia con el mayor respeto o con el entusiasmo más formal.

Si bien aquello tuvo su importancia para nosotros, por cuanto facilitó nuestro contacto y conocimiento de muchas cosas del culto, que con el tiempo habríamos de tocar con nuestras propias manos y ver con nuestros propios ojos, por el momento apenas lo estimamos como simple aventura, guiados tan solo por una elemental curiosidad.

Cabe advertir, antes de continuar, que en Haití un dominicano —para determinar el ejemplo— es considerado generalmente, por una inexplicable paradoja, como más brujo que los mismos brujos del país. Esto da una pauta de hasta dónde puede tomarse en serio entonces la brujería. Esto no quiere decir que el suscrito ignore cómo en nuestro país hay muchos adeptos a prácticas tenidas como brujas, o simplemente sean aficionadas esas personas, como poseedoras de un sexto sentido capaz de vislumbrar, de atear, olfatear, por intuición o conocimientos previos; tampoco se nos escapa que esas mismas personas explotan hasta con bastante éxito, su malicia o su sapiencia, con aquellos que en su tribulación dudan de su porvenir y buscan el asidero de una afirmación cualquiera, preferiblemente que se avenga a sus deseos o a sus urgencias.

Y es así que, situándonos en aquel ambiente, es notorio ver cómo, a lo mejor un sencillo acto casual, practicado por un compatriota nuestro, bien claro y perfectamente explicable a la luz de la experiencia, de la ciencia o de la mera habilidad manual, es causa suficiente para que el criollo ingenuo se crea frente a un mago capaz de subvertir las leyes de la naturaleza o recibir las inspiraciones de los dioses, atraer el bien o hacer el mal a discreción, sin que a ningún sér humano le sea dable interponérsele.

Aquella ceremonia del bautismo antes aludida, tuvo efecto tras de un intenso período de pruebas de carácter personal, llevadas a cabo voluntariamente, que implicaban la privación completa de alimentos que contuvieren carnes de ninguna especie, ni picantes; en cuanto a la sal, sólo podíamos usarla en poquísima cantidad. Se nos advirtió, asimismo, que el contacto sexual nos estaba igualmente vedado durante la experiencia, que era de treinta días.

De este modo se preparaba el cuerpo y el espíritu para recibir la consagración con todas las ventajas que supone el tener la voluntad sometida o inclinada a un propósito.

En la residencia campestre del doctor Reser, a quien hemos de aludir en capítulo próximo, dejábamos pasar días y semanas, con frecuencia recorriendo a caballo bosques y colinas, acompañados de Ti-Fred, un negrito alegre y simpático, que se empeñaba en ir siempre a pie, sin dejarse ganar por el trote de la montura. El someternos a lo estipulado por el **bocor**, no constituía un sacrificio magno, ya que aquella autoridad lo dejaba a nuestra discreción, después de darnos las indicaciones que creyó necesarias.

El día señalado para la iniciación, nos reunimos en la media noche de un viernes en el **houmfourt** o iglesia voudú, para ser consagrados formalmente en la nueva religión, al conjuro de cuyos dioses dispondríamos del bien y del mal, de lo dulce y de lo amargo, de las profundidades marinas y de las alturas de los cielos...

Casi todo eso significaban las esperanzas sin límite que se nos habían hecho concebir, como consecuencia de

aquella entrada, con nuestro cuerpo y nuestra mente, al reino material de la cofradía, que a partir de entonces iba a propiciarme inusitadas oportunidades de conocer "secretos" de un valor incalculable, asequibles sólo para aquellos que habían merecido ser aceptados a través de la ceremonia de la iniciación.

Los principales sacerdotes y sacerdotisas del lugar, que eran cinco en la región de Cul-de-Sac, salieron de una habitación vecina, enjaezados con vaporosas vestimentas blancas y rojas, en la mano unas canillas h u m a n a s que amarilleaban de viejas, y nos condujeron delante de un altar adornado con cobertor de tela blanca y limpia, con orillas rosadas, sobre el cual imperaban representaciones de dioses y semidioses de la jerarquía **voudú**, sobre el significado de todo lo cual se nos había instruído anticipadamente. Allí estaban, en su real materialización, presidiendo con dignidad el sagrado lugar, Papá Lebgá, Agowé, Damballah Owedo, tres altos representantes del rito. Figuraban otros de menor categoría. Eran santos del calendario cristiano, modificadas sus figuras en yeso y en policromía por curiosos aditamentos que completaban su particular personalidad.

Banderas confeccionadas sin arte y gallardetes de colores llamativos cruzaban las cabezas de los neófitos, a punto de recibir el óleo bautismal... Era éste, la sangre mezclada de un chivo negro y siete palomas sacrificadas aquel primer día de luna llena del mes.

Con la sangre y el corazón del sagrado cabrito se había hecho un pastoso amasijo, que luego de ser santificado con palabras cabalísticas, de difícil comprensión, nos sirvió para santiguarnos la frente y la nuca en un alarde ceremonioso de completa sumisión. De las palomas comimos el corazón asado, que convertido en migaja, nos pareció excelente y lleno de inocencia. En unas tacitas de aluminio que se usaban por primera vez aquella noche, tomamos sorbos de la sangre, cuyo sabor no nos fué desagradable a causa del polvillo de sal que se le agregó junto con un chorrito de jugo de naranja agria.

Los tambores del culto sonaban sordos, lentos, mientras dos sacerdotisas jóvenes entonaban una tranquila me-

lopea, meciéndose en un vaivén rítmico.

Repitiendo una fórmula concebida en patúa, que se nos iba dictando palabra por palabra, hubimos de jurar fidelidad a la nueva creencia, y nos comprometíamos a la vez a mantener el secreto y no escandalizarnos ante ningún sacrificio que viéramos practicar o tuviéramos que practicar nosotros mismos en honor y prez de los dioses, para atraernos sus favores o calmar su ira.

Se nos pusieron al cuello sendos escapularios: **owangás** de suerte con los cuales debíamos confiar que todos los problemas —no importa cuáles fueran— iban a allanarse satisfactoriamente. Eran unos livianos saquitos forrados en seda, con una cruz ancorada bordada en hilo fino al exterior. En su preparación habíamos intervenido, directamente, requeridos por el maestro. Sentíamos tal curiosidad por ver de cerca todo lo que en relación con nuestro bautismo se realizaba, que nos prestamos gustosos a hacer cuanto se nos indicara...

Para la confección de los amuletos escribimos nuestro nombre y el mes del nacimiento, con sangre de nuestras venas, al reverso de una litografía cuyos dibujos no nos resultaban del todo desconocidos. Era un círculo de dos pulgadas de diámetro con los doce signos del zodíaco. El signo que en particular nos concernía, llevaba una cruz y una marca distinta.

Dentro del círculo, una estrella de siete puntas con los siete colores del arco iris. En el centro de la misma asomaba su cara Legbá, bajo cuya protección se nos ponía. Este papel cromado, cuyas virtudes maravillosas iban a quedar consagradas dentro de poco, fué adherido con clara de huevo a una plaquita de metal lustroso y liviano, para quedar cubierto en seguida con una moneda de medio gourde (diez centavos) a la cual también se puso del mismo pegamento.

La ceremonia, encerrados en una habitación estrecha, frente a un cirio encendido, era emocionante. Aunque no queríamos pensar en nada extraño a aquello, el pensamien-

to se nos iba lejos. La familia; los años de muchacho; la época de monaguillo y Mileto el sacristán con sus instrucciones para servir en el oficio de la misa. No era arrepentimiento lo que se insinuaba, ni vergüenza anticipada por lo que los amigos distantes pudieran decir cuando supieran de estas actividades que todo el mundo, aunque las practique con el más grande fervor o con la mayor ingenuidad, trata de ocultar y negar, apostatando de ellas y dándose santos en el pecho. Era algo más indefinible lo que en aquellos momentos pugnaba. Era un sentimiento vago de que si todo lo que allí se ejecutaba tenía realmente eficacia sobre el destino del ser humano y cuanto le rodea, cómo es que hay en la vida tántos infelices y desesperados que maldicen de la suerte frente a sus contínuas contrariedades? Llegó un momento de confusión tal para nosotros, que si hubiéramos estado menos decididos a verlo todo, o quizás más violentos de ánimo, no dudamos que hasta habríamos desertado de aquello. Pero la relativa abstinencia en que se nos había tenido durante esos días, la tranquilidad espiritual en la cual vinimos a dar a causa de aquel período previo de sujeción voluntaria con fines de realizar el propósito que nos convertiría en seres privilegiados... nos contuvieron y convinimos pacientemente a todo cuanto se nos indicó, que por lo demás no tenía nada de repelente ni odioso.

Una hora cada noche, durante quince días de los de la prueba, teníamos que permanecer al sereno, mirando los astros, con el pensamiento en lo mejor de la vida, con el amuleto en preparación junto a nosotros, el cual debíamos voltear de vez en cuando. De este modo, se nos había dicho, el **owangá** recibiría desde lo alto las benéficas influencias perseguidas...

La noche de la ceremonia final del bautismo, aquella de que aquí se habla, cuando se nos iba a entregar de modo formal el atributo, hubimos de repetir, inclinados humildemente ante el gran sacerdote, que la dictaba, la siguiente oración, en un francés caprichoso que a la sazón no entendíamos muy bien, pero que al traducirla luego vino a quedar así:

"Grande y poderoso Legbá, pon tu espíritu en este owangá.

"Grande y poderoso Legbá, pon tu espíritu en este owangá. Dale todas las virtudes y cualidades que sean precisas, para que tenga el poder absoluto de dominar sobre los buenos y los malos espíritus, según sea mi deseo. Que pueda yo por tu favor y mediación —oh padre de todas las cosas—! vencer todos los contratiempos de la vida, adquirir riquezas y poderío, no ser molestado ni vencido por personas ni por espíritus, estar libre de maleficios, encantos y demás sortilegios. Que nadie pueda hacerme mal. Que pueda yo dominar todos los males y hacer el bien para mí y para mis amigos. Oh Legbá, sólo a ti te invoco y en ti confío.
Alí Legbá voudú! Alí Legbá voudú! Alí Legbá voudú..."

Aquello era una salmodia a tres voces, frente a una mesita donde estaban depositados en un gran plato nuevo de loza, los sagrados objetos. Mientras el acto se ejecutaba, pasábamos una mano sobre el talismán. Luego se puso cada uno de aquellos amuletos dentro de los saquitos forrados de seda, pendientes de un cordón de hilos dorados.

La invocación a Legbá, apretando fuertemente aquella maravilla en momentos de apuro, nos libraría de todo contratiempo, y nos proporcionaría suerte sin fin... Aún desprevenidos, él se encargaría de velar por nosotros. Era un **ábrete. Sésamo.** de las Mil y una Noches lo que se nos ponía encima.

El curioso espectáculo terminó de la manera más banal e inesperada que puede imaginarse: una botella de ron **Barbancourt** fué descorchada y, en los mismos jarros en que probamos la sangre de los pichones de marras, tomamos una fuerte ración del conocido líquido de fuego.

Siempre recibimos con la mayor calma, sin apasionamiento ni espíritu crítico, cada uno de los actos con que grupos o individuos se manifestaban respecto de su particular religión o creencias fetichistas imbuídas de hechicerías. Sus inquietudes y congojas se calman con oraciones, sacrificios y fiestas al dios de su devoción, como lo hace cualquier otro conglomerado humano que piensa y cree en la efectividad del poder de lo sobrenatural, llámese este el Dios cristiano, el antiguo Osiris egipcio, el Zeus griego o el Jehová hebreo.

Importa declarar que nunca pudimos comprobar la eficacia del misterioso talismán ni de la respetable ceremonia baustimal, excepto que al propagarse la noticia de nuestra consagración vouduista y comprobar los demás el respeto con que tomábamos u observábamos el desenvolvimiento de ciertas prácticas tenebrosas, sentíamos a nuestro rededor un ambiente de supersticiosa cordialidad, que a la larga no evitó ni conjuró determinados inconvenientes posteriores, de positiva molestia momentánea. Con todo, aquellos hechos —bautismo, ceremonia, respeto e inconvenientes— dieron margen a que un periodista chistoso escribiera en La Habana cuartillas de un delicado humor que hacían sonreir.

Aquel **Owangá** salvador hace ya tiempo que se perdió en el maremagnun de las idas y venidas... Con él debe haberse ido también la benéfica o mala influencia que —aceptando las posibilidades— pudiera ejercer sobre nuestra vida.

5

LEVANTANDO EL VELO DEL MISTERIO

Puede afirmarse de modo rotundo que bastante provecho lográmos con la ceremonia de aquel bautismo, de cuya divulgación no buscada se encargaron otros. En realidad, consecuencia de ese hecho fueron las múltiples oportunidades que luego se nos presentaron de ir levantando el velo de los **misterios**, alcanzando a comprender por cercana experiencia, —y con esto nos vamos más allá de lo que llegó a pensar el señor Seabrook— que se trata en efecto de un fenómeno religioso, mezcla de adoración diabólica y hechicista, cuyo principal y más eminente sacrificio es el de tipo humano, inmolando como víctima propiciatoria a una niña, —preferiblemente blanca— que los iniciados llaman en su argot propio, **cabrit san' cor'** esto es: "cabra sin cuernos". Supimos también, por sucesivas y espaciadas confesiones que se nos hicieron, que a veces los dioses toleran la sustitución, previas algunas ceremonias de indudable cariz de identificación y lealtad, por un chivo blanco en lugar de la niña que por cualquier circunstancia invencible no pudo ser conseguida a tiempo, o a la que **corporalmente** se quiere conservar en pie. Pudimos enterarnos por igual de que el **papaluá** y la **mamaluá**, así como el **hocor**, son sacerdotes y sacerdotisas venerados por el creyente, que ve en ellos los altos representantes humanos de los dioses del **voudú**. Sus merecimientos a través de los años consagrados a la práctica secreta de su menester, los han mantenido en el activo aprecio de aquellos adeptos que

jamás dudaron de la realidad de sus elucubraciones materializadas en hechos no desmentidos.

El norteamericano Stanley Herbert Reser, médico encargado de la dirección y administración de un establecimiento asistencial para alienados instalado en Pont-Beudet, a más o menos treinta kilómetros de la capital, tenía su residencia familiar en los alrededores del recinto, en donde moraba con su familia e hijos, cuando éstos no frecuentaban el Colegio en Nueva York. Las comodidades de que podía disponer en su casa le permitían llevar o recibir invitados urbanos de tiempo en tiempo. El bungalow, de madera, zinc y tela metálica, rodeado en parte por enredaderas y flores, estaba fabricado a la manera de la confortable cabaña yanqui que se levanta en cualquier campo norteamericano. Era fresco y siempre estaba bien aprovisionado, como cumple a un funcionario que dispone de una buena y jugosa asignación.

Un negrito haitiano, fiel y servicial, se repartía las atenciones domésticas con una muchacha del vecindario. Unos árboles frutales, coposos y cargados de mangos y caimitos, daban sombra en el contorno.

Los días que pasábamos en descanso como huéspedes del gringo, sirvieron de mucho, y fueron un buen puente, para los contactos que ya nos habíamos propuesto. Allí nos dimos cuenta, no sin alguna sorpresa, de que se sabía de nuestra iniciación y de la confianza que inspirábamos a quienes algo tenían que ver con ciertas prácticas.

Fué allí donde, sentados al pie de uno de aquellos árboles frondosos, conversamos de tú a tú, mano a mano, con ancianos y jóvenes de la comarca, conocidos como practicantes activos de la religión. Viejos a quienes se les tenía por terribles y peligrosos hechiceros y que eran el espanto de mujeres y muchachos de los alrededores, reían inofensivos con un cachimbo de barro lleno de tabaco prendido a la boca, haciendo garabatos con un palito en la tierra, y departían con nosotros en el más cordial y pintoresco créole, salpicado de palabras de un español mal traído y de una arbitrariedad enloquecedora.

Allí fuimos captando poco a poco, sin una intención determinada ni premeditada, pese al interés que el asunto nos había despertado, lo que muchos extranjeros en sus excursiones específicamente indagatorias, se han empeñado casi siempre sin éxito en saber, en desentrañar ciertas cosas que les llamaron la atención e nalgún momento. El por qué, para qué y el cómo se dan épocas, y aún en centros bastante poblados, en que desaparecen misteriosamente niños y niñas de edades que fluctúan entre los dos y los catorce años, sin que por lo general pueda saberse por los familiares su paradero, ni la forma como han sido secuestrados. Se pierden sencillamente sin saber cómo, en cualquier salida de la casa, en cualquier descuido de los padres o de los encargados de ellos; se les busca, se dan avisos a través de cualquier medio oral o escrito, y luego se olvida el asunto.

A dónde fueron a parar esos desaparecidos, es cosa que en muchos casos se ha podido comprobar sólo con la ayuda del tiempo o de la casualidad. Los encargados de obtener aquellas presas, aquel material útil para quién sabe cuántas maniobras secretas, no ignoran a lo que se exponen frente a las autoridades del país. Pero ese razonamiento parece tenerlos sin cuidado.

Nadie desconoce totalmente que la hechicería tiene mucho que ver en esos hechos. Saben o sospechan que lo más probable es que se trate de convertir en **zombie** a la víctima del rapto, para usos y prácticas ocultas cuya variedad es algo difícil de definir o de abarcar en toda su amplitud. Pero también hay algo más trágico aún, que el servicio policial persigue y la ley castiga con positiva severidad, cuando aplica con toda seriedad el artículo 246 del Código Penal haitiano vigente, que hace referencia expresa del asunto, y cuyo texto reza así:

> *"Será también calificado de atentado mortal cualquier uso que se haga contra personas, de substancias que, sin provocar la muerte determinen un sueño letárgico más o menos prolongado. Y el hecho de enterrar a la persona a quien tales substancias hayan sido administradas, será considerado como homicidio, cualquiera que sea el resultado que se produzca después."*

Es decir, que oficialmente se pone en guardia a la opinión pública, al reconocer de ese modo las infinitas posibilidades que existen emboscadas al acecho de la ocasión, desenvolviéndose con sigilo en el campo intrincado y tenebroso de aquellas prácticas ocultas.

Es un hecho bastante divulgado que durante dos veces al año los dioses del voudú piden, requieren formalmente, la inmolación humana, como condición irrevocable para dignarse mirar con benevolencia a los infelices creyentes. Estos entonces, en la esperanza, en la confianza absoluta de que recibirán los grandes favores, ofrecen el holocausto de uno de sus propios hijos o buscan, raptándolo o haciéndolo raptar —muchas veces a considerable distancia— un ser humano que, narcotizado con la savia descompuesta o acondicionada del manzanillo, recibe finalmente la cuchillada sagrada en la yugular. He ahí una información que sin duda sorprende a muchos. Pero a otros los deja fríos, porque en el ámbito de la brujería o de la hechicería del país, hace tiempo que nada se pone en entredicho.

En cuanto al manzanillo, también se sabe que es una planta que los botánicos extranjeros, investigando y hurgando pacientes en montes y planicies, aseguran que existe en la Isla, aunque en poquísimo número de ejemplares, pero suficientes para ser encontrados por el curioso brujo regional, que es esencialmente entendido en zumos y brebajes extraídos de hojas, raíces y arbustos cuyas cualidades venenosas, estupefacientes o curativas, aprende a través de los años y con la ayuda de las enseñanzas de sus mayores o de aquel que le donó, en lo profundo del bosque, y en una noche para él memorable, el privilegio de curar o de matar el cuerpo y el alma en nombre del **luá**.

Muchos sucesos que a primera vista no ofrecen una clara explicación, van poco a poco mostrando su entraña íntima. Entonces sacuden, asombran y a veces horrorizan al espíritu más equilibrado o más desaprensivo. Desvíos y manifestaciones que parecen ser atributos simpáticos, salvajes o característicos de los pueblos menos favorecidos por la luz esclarecedora de las investigaciones científicas y racionales, y por los aprendizajes empíricos más

modernos, encuentran ambiente y escenario propicios, para arraigarse y prender profundamente en la conciencia de tantos miles de almas diferentes, que demuestran, como en el caso de la especie, no haber sido eficazmente permeables a la maravilla de la luz eléctrica, de los aeroplanos, los radios eterodinámicos, o de cualquiera otra manifestación de la cultura mecánica o de la especulación científica.

Predomina la esperanza, sin embargo, de que el tiempo, la inteligencia o la viveza de sus mandatarios y el progreso material y moral, influirán quizás poderosamente para remover de aquel estado lamentable una población que como de humanos, puede alcanzar mejor nivel cultural y un apetecible bienestar, aprovechando de ese modo lo que la vida moderna puede ofrecer al hombre de hoy.

Traginando en las calles de ciudades y de aldeas, en los caminos reales y en las encrucijadas, por todas partes, encuentra uno a diario las demostraciones palpables de cómo se cree, cómo se piensa y cómo se practica lo que parece constituír la vida y la felicidad del común de la gente.

Provoca persistentemente la atención del extraño el pañuelo rojo o amarillo anudado al cuello de un hombre, o bien una mujer vestida con un traje blanco o verde, a un solo tono, sin adornos con qué matizar, o esa misma mujer con un pedazo de tela negra brillante añadida al hombro, cosida sobre el mismo traje. Y llega uno a saber que no se trata de una moda sui géneris, con la cual se quisiera engalanar el porte. Muchos viajeros y cronistas han comentado con frases pintorescas aquellos vestidos del poblador rural y de barrios pobres, confeccionados con retazos de tela de algodón, pegados entre sí, de colores chillones. Por igual pica la curiosidad ver el indumento blanco y negro, de grandes piezas perpendiculares que no parecen convenir a estilo determinado alguno, por más extravagante que éste sea; ni tampoco tienen esos vestidos y esos adornos apariencia de fiesta, ni hay alegría en sus vuelos, ante el concepto o la ignorancia del profano. Son sencillamente llamativos y grotescos, cuando se los mira con el ojo habitua-

do al patrón que nos ofrece la vida y las costumbres de cualquier otro pueblo de hoy.

Ha podido notarse que una mujer así ataviada se muestra en general desconfiada y ruda cuando se la interroga o se la observa con demasiada insistencia. La que lleva una túnica elemental, con un simple orificio para dejar pasar la cabeza y los brazos, no contestará ni mirará siquiera a un desconocido. No es que se avergüenza. Nada de eso.

De qué se trata entonces? Cuál es el misterio que encierra cada uno de estos hechos que intrigan al viajero?

Hemos encontrado la explicación, que ya no es un secreto para quienquiera que demore más de una semana en el país con los ojos abiertos. Tal explicación no es un secreto, ni divulgarla es una profanación.

Estos vestidos son prescritos por el **papaluá**, como penitencia por alguna ofensa inferida a los dioses, o para ayudar la acción de un **owangá**, o para desviar la amenaza de un hechizo, o bien favorecer la realización de un deseo. Los sacerdotes católicos, que conocen su significación, prohiben a las personas así ataviadas la entrada en sus iglesias y capillas, y atruenan contra ellas desde el púlpito.

No importa. Ya hemos dicho que el fetichista voudú tiene su local, su iglesia rústica pero propia, generalmente enclavada en las afueras de las poblaciones, al pie de la montaña, o en lo profundo del bosque, rodeado de escasas viviendas. Allí se reunen de tiempo en tiempo los creyentes, que lejos de las autoridades policiales, no tienen de quién ocultarse. Y aún éstas, las más de las veces, hacen de la vista gorda, por un inveterado respeto a las creencias paisanas, de las cuales los propios gendarmes no siempre se sienten libres.

En aquellos locales, cuadrilongos y de una o dos ventanas con paredes de tierra y techo de cana, están dibujados con carbón o con tiza, figuras antropomórficas y burdas de serpientes simbólicas. Allí también comparecen, en trazos de una experiencia dudosa, los dioses mayores del panteón vouduista.

Algunos de esos **houmforts** (llámanle por igual baillí al templo) están dedicados exclusivamente a Ogoun Badagris, sanguinario y cruel, dios de la guerra y de la venganza. Es el protector contra las heridas mortales; Santiago el Mayor lo representa.

Cuando el **hougan** está inactivo, el templo permanece inaccesible para todos. El viajero sólo oirá que le dicen con aire supersticioso, señalándole aquella construcción:

—**Cailli du Mistére.**

Es en efecto, la casa del misterio, la que difícilmente será profanada por el haitiano, que ve en ella el símbolo de su propia fe, intocable en su grandeza espiritual, aún cuando no sea ese refugio el que específicamente le pertenezca como miembro de la universal cofradía.

Aquel caserón cerrado hace pensar entonces en la vida patriarcal y suave del gran personaje misterioso, que vive graciosamente con todas sus necesidades cubiertas, —que por lo demás no son exageradas— porque el reconocimiento general de todos sus acólitos le permite lograr cuanto necesita o simplemente apetece, sin tener que dar un golpe. Su calidad de **hougan** le dá derecho a todo...

6

OFERTORIO YOUDU EN BIZOTON

Era la segunda vez que de noche concurríamos a los bambóches de la temporada en el cercano poblado de Bizotón, a poca distancia de la capital por la carretera del Oeste. Aquellas festividades habían de durar ocho días o más, en franco derroche de alegría supersticiosa y ebria.

Desde el comienzo, cuando los tambores iniciaron el repique bronco de sus cueros de chivo, comenzó a llegar gente a pie, a lomo de burros, en automóviles y en guaguas, del llano, de la montaña, de los pueblos vecinos y de Puerto Príncipe.

Son fiestas rituales que hacen eco a lo largo y lo ancho de la región. Revisten el carácter esplendoroso y bullanguero de festividades patronales, con todo el entusiasmo que es capaz de expresar un conglomerado deseoso de divertirse a la vez que llenar a cabalidad su cometido como fiel cumplidor de ritos ancestrales de alta significación en el concepto religioso de la comunidad, a cuyo cumplimiento se siente fuertemente atado a través de generaciones. Durante el primer tercio del mes de noviembre de cada año, aquel caserío solitario y sin perfil definido, levantado al lado del camino, con su madera rústica y sus techos de paja seca, toma un nuevo cariz de bulliciosa algarabía, mezcla de aparente ingenuidad o de real inocencia. Las multitudes abigarradas de las dos clases sociales

se juntan, se reburujan, conversan y hasta dan la impresión inconfundible de que cordializan en momentáneo y mutuo entendimiento devocional. Allí los aglutina la general creencia y el respeto profundo a los dioses que el ancestro les trajo en la mente y en el corazón de sus mayores y que éstos les inculcaron en el transcurso del tiempo con el ejemplo, con el relato oral de sus leyendas y con su fe personal. El rico y el pobre, el negro, el mulato, y aún el hombre de tez clara, se ven y se sienten unidos por una notoria y reidora camaradería.

Entre los carros estacionados a lo largo del camino, la máquina apagada, se ostentan unos con placas públicas, placas privadas, mientras otros las llevan con marca oficial. Han venido trayendo visitantes desde muchos kilómetros a la redonda.

Los frentes de las casas, con sus pinturas renovadas para la ocasión; los puestos de venta de dulces, de licores o de frutas, las enramadas espaciosas y de suelo apisonado, lucen nutridas guirnaldas de papeles multicolores y farolitos de confección casera. Los gallardetes de rayón flamean a la luz de la luna, al resplandor de las farolas de gas y de los hachos resinosos. El arroyo que corre mansamente por entre piedras, reflejando luces, cruzando patios y caminos, agrega un rumor sordo al indescifrable tumulto de la noche.

Suenan tambores típicos que repiquetean llenando el ámbito con un diluvio de notas que parecen decir algo en su ronquera prolongada. Hay voces que entonan monótonas letanías para convertirse luego en cantos entusiastas de exaltación ritual. Es un pequeño grupo que vocaliza junto al oficiante del parche rústico. Cojidos de la cintura dos hombres y dos muchachonas con la expresión insinuante y alegre, vestidos como cualquiera otro, se mueven en ritmo que aumenta de más en más. El resto de la concurrencia en ese sector parece comprender plenamente que se trata de un comienzo de fiesta, mientras una indefinible inquietud se insinúa en el ambiente.

En otras enramadas, donde la multitud va creciendo por momentos, la asistencia se mueve sudorosa e impaciente; otros bailan en una lujuriosa promiscuidad al son de nuevos instrumentos de percusión que hacen saltar a jóvenes y viejos, en contorsiones jocosas y disparatadas. Cada cual gira a su antojo, rodeando de cuando en cuando a una pareja casual, que ingénuamente y sin complicaciones le rinde igual homenaje, sin apenas tocarse uno ni otra.

El curioso deambula por entre callejones desiguales. Los grupos se multiplican. Hablan unos y gritan otros en desahogos roncos de borrachera prematura e inofensiva.

X X X

BIZOTON, ese minúsculo caserío, a las puertas casi de la capital, presente con letras pequeñitas en la carta geográfica del país, tiene fama desde mucho tiempo atrás, según el decir común, de ser lugar sagrado para el creyente y practicante activo del VOUDU. Y el creyente en todo el territorio lo constituye el 95 por ciento de la población —si damos crédito a la opinión vernácula tenida por imparcial—. Esto así, pese a la conocida prohibición oficial. El resto de ese porcentaje, con raras excepciones, es el elemento extranjero que ha sido quizás hasta el momento impermeable a la creciente y dominante sugestión del ambiente. Ese cálculo, desde luego tenemos que repetirlo, no es nuestro. Pero en verdad, es aceptable sin muchas reservas.

X X X

EL VOUDU, culto y baile sagrados, más viejo que el cristianismo, se practicaba antes y se practica hoy, con el designio fervoroso de hacer propicios a los antiguos dioses del Dahomey, tanto como a los de la Guinea, de inclinarlos a oir y atender buenamente las peticiones que se les formulan. A través de un *Papa-Bocor* los diosos expresan sus caprichos. A veces esos caprichos son inocentes en sus consecuencias, como cuando se trata de querer u ordenar que les hagan fiestas que por lo general duran semanas enteras —con sus dias y sus noches— como condición irrebatible para conceder mercedes, o simplemente por eso: por capricho.

Pero otras veces los deseos son para que se lleven a

efecto ceremonias formales y cruentas, en las cuales intervienen numerosos sacerdotes y sacerdotisas consagrados, procedentes de diversas regiones, previamente llamados en asamblea, y en las que se impone el sacrificio de gallos blancos y negros, algún cordero recentino, un toro negro y joven, con ejecución de danzas lúbricas y no pocas veces la muerte real de algún animal sin cuernos —un niño— cuya sangre han de beber los asistentes (la de este último), destinándose una parte de ella, que se somete a un complicado proceso de desecación y pulverización, para brebajes y encantamientos de tipo hechicero.

Es lo que el extraño ve con horror y forma la parte trágica del asunto. Es entonces también cuando se tiene noticia de cómo se organizan los **gross bambóches** que toman esplendor extraordinario, según la calidad del personaje que ha de cubrir los gastos principales que en el mismo se originen.

En esta que ahora presenciamos, la fiesta no es del tipo terrible y sanguinario. Pero reviste una importancia apreciable, por lo característica y alegre que resulta, pese a lo formal de su desenvolvimiento.

Se cuentan casos en que un **sér** o **luá** protector ha pedido a determinado individuo, creyente fervoroso incansable en el pedir, un baile y una determinada ceremonia voudu. Este acto, que ha podido ser de gran trascendencia en la vida de aquel, no pudo tener efecto a causa de la imposibilidad económica o por cualquiera otra impedimenta invencible del escogido; apesadumbrado por tal motivo, la sugestión hipocondría lo ha llevado a las resoluciones más extremas. El desaliento lo ha matado.

El abogado Jean-Louis y el médico Reser, dinámicos y espontáneos, se habían hecho acreedores a nuestro particular agradecimiento, a causa de la personal simpatía que nos demostraban. Con ellos nos fuimos aquella noche. Y con el grupo, tres jóvenes criollas, de belleza extraña e incitante. Esta vez teníamos especiales motivos para concu-

rrir a Bizotón, meca por entonces como antes se ha dicho, de los entusiastas del voudú. Ese día iban a celebrarse los actos consagratorios de la gran fiesta, con asistencia de un **gran oferente**, protegido de los dioses, y triunfador gracias a ellos —se aseguraba— en todos sus negocios públicos y privados. Era Stenio Vremont, alto funcionario de una poderosa y rica empresa industrial capitaleña y personaje muy conocido en toda la República.

XXX XXX XXX

De viejo se sabía que Vremont era fervoroso creyente de los **luás**, de las prácticas **voudú**, de los misterios negros sobre los cuales había escrito y publicado páginas muy curiosas e interesantes que despertaron general atención y que demuestran su profundo conocimiento de la hermenéutica de la religión criolla, que los nativos se apresuran a ocultar a la vista de los extraños a ella, pero vigente en los estratos sociales y que sigue tolerada con una explicable lenidad por las autoridades, por múltiples conveniencias de orden político, y por no interferir el ritmo secular establecido tácitamente desde tiempo lejano. Con todo, a Vremont, inteligente y práctico, ladino y aprovechado, se consideraba como un gran protector de las creencias fetichistas del pueblo, y se le reconocía oficiosamente como un Sumo Sacerdote del templo de Legbá, Dios de la fecundidad y jefe de caminos y encrucijadas.

XXX XXX XXX

Nuestro grupo se mantenía junto a una mesa en que lucían algunos vasitos llenos de **Barbancourt** y agua mineral importada, bajo un palio de ramas frescas, apartado pero cerca del sitio de la ceremonia y desde donde podíamos dominar a perfección el ámbito del recinto en fiesta. Era poco menos de la media noche. La luna brillaba con toda su claridad en un cielo limpio. De entre la arboleda vimos aparecer dos hombres corpulentos vistiendo sobre la ropa

ordinaria que sobresalía por debajo, sendos camisones rojos con adornos amarillos. Se dirigían hacia el camino, donde los autos espejeaban a la luz de la noche. A la vez, unas extrañas notas vibrantes que no habíamos escuchado antes, se dejaron oír. Eran los tambores grandes del culto, que anunciaban la llegada del Gran Protector. **Mámán, Pápá, Cátá**, que sonaban con sagrados acordes, en una especie de marcha no antes oída por nosotros. Un creciente rumor se fué extendiendo entre la multitud acallada, sobrecogida en respetuosa espectación.

En honor a la verdad, no podemos ocultar y por el contrario es preciso confesar que nos poseía y casi nos dominaba un poco pero inevitable encogimiento cuando más tarde, aceptando una brusca invitación que nos pareció demasiado imperiosa de parte de las criollas que hacían nuestra satisfacción, nos adentramos en el **houmfort**. Los compañeros se encargaron de disipar aquel temor vago y persistente, dándonos seguridades sobre la marcha, de que no nos cerrarían el paso. Bien pronto habríamos de comprobar los motivos íntimos que tenían ellos para estar tan ciertos en las atrevidas intrusiones de que estaban dando muestras.

El rústico atrio, el pequeño zaguán sostenido por gruesos troncos de madera limpia de corteza, cubierto como lo demás con pencas de cana cuidadosamente recortadas, abierto en los costados. En el medio, en una especie de palo mayor, alumbraba una lámpara de gas, con su tubo grueso de vidrio, colocada en una especie de repisa. Esa y otras luminarias interiores mantenían el recinto en adecuada claridad que inspiraba confianza. Un hombre de aspecto huraño, ojos expresivos y de mirada directa, parecía custodiar aquella entrada. El amplio pañuelo rojo, de significado bien conocido, le daba cierta imponencia. Con nosotros fué atento en su elemental manera de manifestarse, mandándonos avanzar sin requisitos. La pared del frente, de pintura notoriamente fresca, ostentaba la decoración fantástica de un Dios monstruoso, mitad hombre

y mitad macho cabrío, que parecía sonreír con un cachimbo entre los labios gruesos, que dejaban entrever dientes felinos. El pantalón recogido por sobre la pantorrilla de pelo erizado, vigorosa, denunciadora de su extravagante condición de chivo diabólico, era algo imponente que hacía pensar en el esfuerzo de algún pintor curioso traído de la ciudad con su bagaje de retorcida imaginación copiando alguna lámina y agregando a la mano extendida con gesto desplicente el barco velero, de lienzos hinchados. Era la representación de un Dios del mar, visto desde lo profundo de la mística **voudú**. Era **Agoué**, un San Expedito desfigurado y de aspecto caprichoso, propio para escandalizar la fé cristiana.

El interior del baillí, de altos tabiques de tablas de palma pintadas, con un bastante sólido entrecruzamiento de listones que sostenía el techo de cana buena. Era amplio, cuadrangular y limpio. En el medio, como un nuevo palo mayor, una viga gruesa, libre de corteza pero tan brilloso que nos pareció de momento como si estuviera untado con algún aceite. Mirándolo más de cerca, se podía conjeturar que era cuestión y efecto de tanto pasarle la mano o sobarse en él, quién sabe con qué secretos o rituales fines. Lo que sí es cierto que ese palo allí, en medio del salón, no es sólo para sostener y fortalecer el techo, evitando el hundimiento. Nos enteramos luego que es algo sagrado y que forma parte en el escenario donde tienen lugar ciertas ceremonias en las que han de manifestar su presencia a través del cuerpo y del cerebro de oficiantes idóneos, divinidades caprichosas a las cuales han de rendirse determinados homenajes.

Al fondo de este interior, lucía una mesa de cuando menos 5 metros de largo por uno de ancho. Un mantel blanco de bordes rameados la cubría. Sobre la mesa, una profusión de objetos y reliquias colocadas en orden: casi en el medio, como presidiendo la exhibición, un crucifijo de metal, con una cinta roja en forma de lazo de corbata,

amarrada más abajo de las rodillas del Cristo. Algunas estampas de santos de papel policromado, en marcos con cristales, y otras simplemente pegadas a un trozo de cartón. Por detrás estaban sostenidas por un fino listón fijado horizontalmente de extremo a extremo de la mesa o altar. Culminando un grupo de piedras brillosas, algunas de las llamadas "de rayo" o aerolitos, cotejadas en figura cabalística; un símbolo de madera retorcida trabajada a cuchilla, representaba una serpiente en reposo, aunque no enroscada. Diseminados por igual a lo largo del altar, dos cráneos humanos amarillos por el tiempo, un par de canillas, algunas costillas, collares de vértebras de culebras, medallas en metal de santos católicos. En el extremo derecho, pan fresco, tortas de maíz, jarrones de cristal llenos de agua y de un líquido negrusco espeso en cuya superficie se notaban cristales como de su propia composición... Platos de guandules cocinados y de comida ordinaria, galletas, bizcochos, maíz tostado en mariposítas, aceite, ron en medias botellas con etiqueta, ceniza, cigarros de confección burda con anillos de ribetes dorados. Puestos en cruz, dos velas de cera oscura. Delante de la imagen de Legbá, que allí era representado por San Pedro; una pirámide de maíz crudo, que remataba un huevo de gallina, símbolo inconfundible de la creación. El conjunto hacía pensar en el comienzo y en el fin de la existencia, en su multiplicidad simbólica. En lugar de preferencia, junto a Legbá, la figura gallarda de Santiago el Mayor, que personifica a Ogoun Badagrís, dios de la guerra, que protege a sus adoradores contra las heridas mortales y los venenos.

Como acaba de ser expuesto, está claro que la teogonía voudú estaba conveniente y adecuadamente representada en su mayor parte por santos conocidos del calendario católico, que el fetichista haitiano mezcla sin confundir, a nuestro parecer, atribuyéndoles en muchos casos los mismos atributos milagrosos en una y otra creencias, que a la postre viene a ser la misma: la fé en seres superiores cuya presencia en sus adentros no se debilita por contratiempos

o fracasos reales, con la diferencia capital de que el creyente vouduista jura a pie juntillas que sus particulares dioses encarnan y se manifiestan frecuentemente en algunos de sus más caracterizados y meritorios sacerdotes y sacerdotisas para dirigir la vida y las acciones de sus acólitos. Muchas veces —es también su creencia— la presencia se manifiesta en animales tenidos por irracionales, en árboles, en ríos, en reptiles, aún en la sombra semoviente y misteriosa del anochecer. Es un débil soplo del animismo a que se refiere la ciencia y la filosofía moderna. Entre los pobladores de la Costa de Oro, según el decir de viajeros que observaron de cerca las creencias vernáculas y que se internaron tierra adentro en el viejo Continente africano, esas convicciones constituyeron poco menos que una religión tenida y sostenida por la universalidad de los pobladores, pese al esfuerzo de las misiones jesuíticas y evangélicas.

A despecho de las quizás inconsistentes especulaciones mentales que en el momento luchaban por desviar la atención del singular espectáculo allí mostrado, un brazo desnudo y cálido se nos afianzó a la cintura mientras una boca sonriente y atractiva nos hizo notar algo en que no habíamos caído en cuenta. Y ya de ahí en adelante nos entregaríamos con todos los sentidos a ver y oír lo que nos rodeaba en una creciente sugestión que por lo demás nos parecía bien agradable y atractiva.

A un lado del altar los tambores sagrados se alineaban, con sus franjas pintadas en colores vivos. Tres mozos robustos, desnudos de cintura arriba, los manejaban con habilidad y ceremoniosa actitud de fetiches gigantes. La concurrencia del gran salón, no menor de 30 personas, amigos aceptados como de confianza, o familiares de los oficiantes, permanecíamos de pie a la luz difusa de las farolas de papel rojo y amarillo. Los hombres en mayoría vestíamos ropa ligera, en camisa de manga corta y cuello abierto. Algunas eran de colores subidos, especialmente rojo o anaranjado y a cuadros. Al comenzar su ritmo lento, de tres notas largas, rodadas sobre el cuero, que se

repetían en crescendo profundo, de **Mámán**, fué seguido bien pronto por una intromisión violenta de trinos de Cátá, que luego acompañó con autoritaria ingerencia **Pápá**, para producir algo así como un sensible erizamiento convulsivo de la epidermis de los presentes, que se manifestaba con una inquietud creciente y un deseo inefable de que se produjeran cosas imprecisas e insospechadas, que golpearan con fuerza el ánimo y conmovieran las células cerebrales ya en trance de recibir cualquier tipo de sacudidas.

Aquellos dos hombres de que antes hablámos, que vimos salir hacia el camino, en dirección a los carros, reaparecieron, luciendo los mismos indumentos rojos con adornos amarillos, esta vez tocados con unos gorros de pana carmesí. Habían hecho su entrada por la puerta lateral situada a la espalda de los oficiantes de los balsiés. Su presencia fué saludada por cánticos iniciados en un coro que parecía improvisado. Cantos en que apenas se modulaban las palabras. Más bien eran unos armoniosos sonidos semiarticulados. Ambos se acercaron al altar y tomaron las vasijas en donde estaban el aceite, el agua, el ron, mientras recitaban unas oraciones. Vertieron en el suelo, en tres sitios diversos tres chorros cortos de cada contenido, al tiempo que volvían el rostro hacia Agoun y Legbá. Luego, sobre aquellos mismos lugares, regaron harina y ceniza, símbolos de vida y de muerte. Los tambores no cesaban de repiquetear en un concierto melodioso que penetraba alma adentro.

De pronto, una voz de mujer se dejó oír clara y triunfante, con una dulce melopea en que hacía alusión a los dioses de la Guinea y a la ayuda que debían prestar a sus rendidos evocadores. El nombre de Vremont era citado de vez en vez en el ritual, que resultaba el proemio de la ceremonio que ahora comenzaba formalmente. Entonces apareció, surgiendo por la misma puerta de donde habían salido los sacerdotes, Stenio Vremont, Gran Protector de los

Luás, de los misterios, creyente y practicamente del culto, y oferente de la ceremonia; venía precedido por Annette, joven sacerdotisa vestida de seda blanca con un pañolón rojo a la cabeza anudado a la nuca, y que entonaba un ritmo sagrado, suave y lento, cuya letra, lograda y traducida por nosotros luego, decía más o menos literalmente:

Ogoun Badagris, gran dios
del trueno y las tempestades!
Cuida y salva a tu hijo Stenio!
Oh gran dios, Ogoun Badagris!

Stenio por su parte, repetía como un eco lejano:

Ogoun Badagris!
Oh mi gran dios...!

mientras saludaba ante el altar con profundas y lentas reverencias, ataviado ya con un sobrepelliz blanco de amplios encajes color crema. Al cuello llevaba, como los sacerdotes presentes, fular rojo de seda.

Annette volvió a entonar, ahora encarándose con la imagen de San Pedro, en el cual veía al gran Legbá:

Gran Pápá Legbá, dios viril
y poderoso, dueño y protector
de todos los caminos!
aquí está Stenio;
acógelo benigno!

y el eco repetía:

Gran Pápá Legbá,
Gran dios amado mio!
Dispón de mí!

Acalladas las voces, los tambores se dejaron oír batiendo más intensamente en un dominio completo del ambiente. Los papaluás acompañaron a Vremont hasta el borde del altar, de donde le hicieron tomar un poco de los alimentos y bebidas que allí había, para ser regados ceremoniosamente por el suelo frente al retablo, formando cruces. Después éste, con los dos oficiantes y la sacerdotisa, probaron lo que había de comer y de tomar, ofreciendo a la concurrencia pequeñas porciones. Al instante, Stenio se despojó del pañuelo rojo, se abrió el sobrepelliz, se levantó las mangas y se hizo una ligera ablución con agua, para enseguida repetir este acto con lo que al principio nosotros juzgábamos se trataba de un vino espeso o miel en un jarrón de cristal. Era la sangre de un toro negro sacrificado esa misma noche en nombre de los altos misterios tras de una ceremonia de transmigración del alma humana, oficiada con una joven que voluntariamente se había prestado al sacrificio espiritual. Servía el lavatorio para preservar al creyente que así rendía culto activo a los dioses una vez más, de las traiciones, de las heridas mortales y de todo mal que sus enemigos quisieran hacerle. Luego, a cada uno de los presentes, se dió a probar aquella sangre consagrada, que todos bebimos en pequeños jarros de loza, acatando la voluntad de los misterios...

Ogoun, dios de la guerra; Damballáh Ouedo, el más poderoso de los dioses voudú, y Legbá, el dios culebra en algunas de sus personificaciones, presidían la imponente ceremonia. Fué en nombre de todos ellos y en señal de profundo asentimiento y respeto a sus designios, que comimos esa noche maíz tostado y tomamos largos tragos de ron suspendiendo la botella sobre los labios. También en su nombre, como parte importante de la gran ceremonia, salimos al bosque con toda la comida y bebidas a ponerlas en los troncos de los árboles y en los recodos del río. En su nombre y para que la protección a Vremont fuera efectiva y duradera, se bailaron danzas lúbricas de ritmo diabólico y obsesionante, en que intervino entusiasmado el festejan-

te fervoroso, que se había doblado repetidamente el ruedo del pantalón, hasta quedarle cerca de la rodilla. En nombre de los dioses africanos la orgía se fué extendiendo en aquel recinto de la ficción hasta poner los nervios tensos y los cerebros ebrios de ron, de sangre, de sudor, y de lujuria retorcida y plena a son de atabales. En nombre de los dioses que así lo ordenaban, aquel extraño clan fué presa del deseo sexual que lanzó las parejas enlazadas al bosque, como perseguidas de cerca por el azote salvaje de las furias infernales, cuyo fuego parecía asomarse en los ojos espectantes.

Nuestras dos acompañantes, arterias rebosadas con sangre caliente de la Guinea, se entregaron por igual, con furor de iniciadas, a la zarabanda sagrada.

XXX XXX XXX

Cuando en el horizonte clareaba, penetrábamos de regreso a la capital silenciosa, con la palidez de la mala noche retratada en el rostro y un sabor acre en la boca. El cansancio apenas calmaba la fiebre demoníaca en que habíamos delirado durante varias horas en el bullicio místico de Bizotón, en una noche de luna en que se adoraban dioses importados del Africa lejana al ritmo candente y de obsesión de los tambores rugientes de frenesí.

SEGUNDA PARTE

Con la Mirada Fija

1—Trillando caminos de Superstición.
2—Ti-Maximilien, el Gran Dosú.
3—Aspectos de la Hechicería Negra.

1

TRILLANDO CAMINOS DE SUPERSTICION

Henos aquí de nuevo frente a la paz bucólica que parece cubrirlo todo en el verde claro del campo.

El reposo corporal se une a la satisfacción de poder respirar a pulmón completo el aire aromado de la arboleda frondosa, que es un grito salvaje y fuerte al optimismo en pie.

Ninguna pasión conturba el espíritu. El equilibrio más normal ha seguido a los días tempestuosos y a las noches sin vacíos de Bizotón, llenos de un mórbido encanto. Solo que...

Es la época del año en que los raptos misteriosos de niños menudean en los centros poblados. En Puerto Príncipe mismo hemos contemplado personas desoladas ante la desaparición de una niñita alegre y vivaracha cuyo aspecto agradable y de salud comentaba el vecindario en alarma. Tanto la familia víctima del secuestro como los demás sabían que de maniobras hechiceras se trataba. Ellos todos tenían sus creencias y sabían hasta dónde puede llegar la ira de las divinidades voudú cuando piden o exigen el sacrificio de un **cabrit san' cor'**. Tenían la convicción y hasta la experiencia cercana de los males terribles que podían sobrevenirles, de no verter sangre humana cuando Ogoun Badagris, el dios sanguinario, rugía implacable por boca de

un **hougan** de la montaña. Dos veces al año debían esperarse por lo general aquellas exaltaciones tenebrosas en que la cuchilla sagrada tenía que penetrar en carne no sólo de toros, chivos y ovejas, y en que la zarabanda trágica se revolvía entre pollos, palomas y pavos decapitados en la violencia rítmica de tambores de obsesión.

En la ciudad las madres tienen la precaución de no separarse mucho de sus hijos. Desde la caída de la noche cierran y aseguran puertas y ventanas. Ningún extraño sospechoso penetra dintel adentro.

Tiempo hubo en que los raptos se hicieron con todas las mañas imaginables. Se usaron automóviles para más fácilmente huir de los lugares donde el hecho se cometía.

Sábese el caso de una familia norteamericana que cuando la ocupación yanqui de Haití, perdió un hijo de cinco años en estas condiciones, y cuya queja llegó hasta el Presidente de la República, quien ordenó una más formal persecución de brujos y fetichistas. Esto dió lugar a un escándalo mayúsculo que las crónicas recogieron durante aquellos días, aunque el suceso quedó sin sanción al no poderse acusar concretamente a nadie.

Lo de ahora pués, no era nada extraordinario. Por ello, a quien poco tiene que perder ante tales espectáculos, sólo queda el recuerdo inofensivo de oír los comentarios, que muchas veces van envueltos en terribles imprecaciones y juramentos de venganza, cuando por alguna circunstancia se sospecha de dónde puede haber venido el mal.

Tantas cosas macabras escucha el viajero, tantas fantasías llenan el cerebro de apariciones, de **chochés**, esos brujos que por arte de la magia más inverosímil toman la forma de algún animal (más bien en la imaginación de quien en esto piensa) que se descuida uno de su actitud de imparcialidad y no está libre de creer ver el espíritu demoníaco y furioso de un dios vengativo, en un perro perdiguero, a lo mejor afectado de hidrofobia, que más allá atacó niños y corderos, destrozándolos a dentelladas.

Un **galipote**, o un **lugarú**, que atraviesan el camino o

la encrucijada, olfateando una gallina muerta lanzada en la hondonada, o bien un animal cualquiera que se arrastra o trepa al tronco de un árbol, o pace inocente en la falda de la colina al anochecer, es un hechicero que ha tomado tal materia viva para mejor cuidar sus intereses, espiar a su enemigo, vengarse de él, o practicar el encargo que ha recibido de la inspiración divina. El **lugarú** o el **galipote** son seres terribles, se dice. Las balas no le entran, el filo no los hiere. Se defienden como seres humanos cuando no pueden escabullirse. Su raciocinio causa espanto y su ataque resulta sangriento siempre. Para matarlos se necesitará algo más que la fuerza bruta. El embrujo y la astucia muchas veces pueden con ellos cuando se logra enfrentárseles. Sólo el lomo **arreglado** de un machete podrá entrar en su carne, o los golpes dados con un **palo de cruz** cortado en Viernes Santo, sin hablar con **nadie**. Algunos cuentan que para atrapar a estos seres será preciso azuzarles un perro cinqueño, si es que se ha logrado confundirlos o acorralarlos en un callejón sin salida. El perro cinqueño tiene poder de hechizo activo y fuerza de Ba-mown, de diablo, al que un **lugarú**, o un **galipote**, o un **choché** jamás osarán oponérsele...

Todo esto y mucho más, que constituye la base rústica del paisano supersticioso, que dá cabida tan fácil al terror en su espíritu ingenuo, hace que cuando se encuentra en lo oscuro o en la soledad, cante y escandalice, para espantar de su lado las malas apariciones, los fantasmas, los demonios. En el campo o en los barrios, jamás dirá su nombre de pila. Es más, trata de olvidarlo. Cree, sabe, que quien conoce su nombre propio puede echarle un **owangá**, perjudicándolo y hasta produciéndole la muerte. Son temores fundados mayormente en hechos prácticos o en el aviso que alguna vez le dió la bruja a quien consultó en momentos de incertidumbre.

Mas todo esto, con todo lo espiritualmente trágico que encierra en sí, és poco ante la realidad con que se tropieza cuando prevalece la fatalidad inminente, la necesidad incuestionable, del sacrificio perpetrado en el sujeto humano que de algún modo ha sido escogido, y cuya sangre santificada en la ceremonia **Petro va a** servir para que

el dios terrible **Zandor**, el Badagris de la venganza, sea propicio a la consagración definitiva del nuevo **Dosú**, que va ahora a ocupar la más alta jerarquía en la comunidad voudú de Croix des Bouquets, cerca de Pont Beudet, a menos de seis leguas de la capital.

Es Ti-Maximilien, el hermano inmediato, el que nació después de los **Jimós**, los mellizos que bajo su propio techo de cana donde él había crecido, ejercieron entre la cofradía de muchos conucos de la región, su alta categoría de estar dotados por los **sances**, —los espíritus que todo lo pueden— de poderes maravillosos con que atraían y mantenían la felicidad común y gozaban ellos por su parte, como primogénitos poseedores de tales cualidades, de las ventajas que todos los demás estaban en el deber de reconocerles y dispensarles.

Las cosas que de estos **Jimós** se contaban a través de la planicie de Cul-de-Sac, eran sorprendentes. Tan sorprendentes que sobrepasan a los razonamientos más liberales, por lo ingenuos unas veces y por lo extravagantes otras.

Extraordinarios fueron aquellos individuos hasta en su muerte, ocurrida en circunstancias que no pudieron ser bien esclarecidas. Un día, uno y otro amanecieron enfermos, con idéntico malestar, tras de un **bambóche** —al que ambos habían concurrido— celebrado pocas noches antes en un rincón de Petit-Goave, un pueblo del oeste de Puerto Príncipe. Allí comieron, bebieron y se divirtieron como cualquier mortal, en la más inocente algarabía. Fué entonces cuando enfermaron tan misteriosamente... De nada sirvieron las atenciones **médicas** de otros **papá-bocors** que vinieron de la montaña. Su fuerte constitución orgánica de menos de cincuenta años se desvaneció en pocos días, y entre familiares aterrados, con Ti-Maximilien a la cabecera, y rodeados de multitud de aves domésticas que parecían comprender el sagrado papel que desempeñaban, expiraron la misma madrugada, —con pocas horas de diferencia— dejando en manos del **Dosú**, el nuevo Mesías que ya con tántas pruebas evidentes se había anunciado, el alto y maravilloso ministerio que desde tantos años atrás ellos venían ejerciendo.

Ti-Maximiliem —el Dosú— era joven, musculoso, inteligente. La sangre africana en él y en toda su familia, se mantenía sin mezcla. Ese era uno de sus grandes orgullos. Cuando en el año 14 unos hombres blancos armados hasta los dientes penetraron en su país, él tenía unos siete años de edad. Siguió creciendo en lo alto del monte, junto a sus padres y a sus hermanos, que para entonces —estos últimos— eran reverenciados por sus trabajos de profetas en los momentos en que se transformaban en **cheval de luás**, a cuya materia bajaban los **sances** a parlamentar con los creyentes, que unas veces salían de su lado llenos de esperanza y fé en lo futuro y otras se lanzaban horrorizados por los caminos a causa de las terribles amenazas escuchadas, si no pagaban esta o aquella promesa u ofrecían este o aquel sacrificio...

Ti-Maximilien había visto y aprendido muchas cosas en los últimos tiempos. En él se había desarrollado una superior inteligencia, que le permitía ver claro las cosas, comprender los secretos más enrevesados y hasta hacer, sin estar consagrado por la comunidad fetichista, sus ensayos con owangás que surtieron sus efectos en quienes los llevaban, de manera sorprendente. Ya hasta lo seguía por donde quiera que iba, un pequeño grupo de adictos a su persona que creía a pie juntillas en sus más elementales expresiones. Su cualidad de hijo nacido del próximo parto de su madre después de los mellizos prodigiosos, le daba el derecho natural de ser considerado como de la casta voudú de los visionarios protegidos de los dioses.

Ahora se sabía él mismo poseedor de todas las virtudes para vencer todos los males y todas las dificultades propias y los que pudieran aquejar a sus amigos. La influencia magnética que irradia de sus ojos, de su fisonomía, de toda su persona, es superior a la de todo otro ser vivo o muerto. Estos últimos, —los muertos— como conjurados por el signo de la cruz que él bendice, se acobardan, se apartan y huyen de su lado. De ahí que aquellos que lo conocen, procuran la compañía de Ti-Maximilien y piden su consejo, en la confianza anticipada, completa, de que han

de salir con bien... A él le son ofrecidas, para que interceda ante las divinidades y dure la buena voluntad para con sus protegidos, todas las primicias de las cosechas del conuco en toda la región. Sus ensalmos, sus talismanes, el poder de infalible sugestión que pone en sus oraciones misteriosas, en sus exorcismos, han curado enfermos y levantados **muertos** que estuvieron a punto de ser enterrados, víctimas de las drogas ocultas con que un **bocor** maléfico quiso convertir en **zombí** a un infeliz campesino.

Desde que ocurrió la muerte de sus hermanos los Jimós, a Ti-Maximilien le celebraban fiestas en su honor, donde se vendían comidas y se colectaban fondos que se le entregaban a él. Pero aquellos platos de comida no se vendían sino de modo convencional, poniendo el precio el mismo comprador. Se pagaba en dinero impar. Con ello se buscaba que la inversión que hubiera de hacerse de aquellas monedas, comprando alguna ofrenda a los buenos espíritus, ejerciera la virtud necesaria y perseguida.

Ti-Maximilien, agasajado por donde quiera como un joven dios al que todo se le ofrece y en todo se complace, vivía una vida regalada, sabiéndose poseedor de tantas virtudes, envidia y admiración de mortales en todos los rincones del país, por donde su fama corría y su popularidad no tenía límite.

Madres habían que llevaban gustosas, y ponían en su mano la virginidad de sus hijas núbiles con la firme esperanza de ser fecundadas y ver surgir de la entraña consagrada, un vástago que pudiera traer en sí, la bendición de los dioses de la Guinea. Y maridos hubo, según conversaciones repetidas, que en el furor místico en que se consumían, le entregaban sus propias mujeres en la convicción de que iban a ser poseídas por el gran Papá Legbá, el dios príapo de la religión, genio de la fecundidad, amo de la tierra, jefe de todos los caminos y encruoijadas.

Ya era llegada la fecha de su consagración definitiva como **bocor** amado de las divinidades, que iba a ser llevado ante el altar del **houmfort**, ornado con todos los atributos rituales, para transformarse en sacerdote magno del voudú.

Una de las dos grandes fiestas del año se acercaba, esta vez para que todos los penates del panteón sagrado fueran propicios con el intérprete de las peticiones de todos los humildes congregados de la comunidad.

Aquello —se nos había dicho— iba a ser un **grand bagaille**, digno del **grand négre** que era **Ti-Maximilien**.

2

TI-MAXIMILIEN, EL GRAN DOSU

No había que estar particularmente en la espectativa del **grand bagaille** que se había anunciado habría de resultar el acto de consagración definitiva como **bocor** amado de las divinidades de este **grand négre**.

Las noticias, las menciones que se percibían por todas partes, durante varios días, en conversaciones diversas en las cuales el tema central casi obligado, casi obsesionante, eran las hechicerías, los **owangás**, los **sances**, toda la variada gama del rito y las devociones **voudú**, nos habían puesto al corriente sin buscarlo, de que Ti-Maximilien, el **Dosú** milagroso, había practicado en los últimos meses un gran número de pruebas físicas y espirituales laboriosas pero tenidas por indispensables, según la tradición, para entrar de lleno a ejercer con eficacia y toda propiedad su destacado ministerio de **papá-bocor**, temible en todos conceptos incluyendo los más inconcebibles secretos para atraer el bien y producir el mal, aún a larga distancia...

Se hablaba y comentaba con cierto interesado entusiasmo de que en fecha reciente había demostrado su definido temperamento y su positiva virtud de protegido induda-

ble de las divinidades, cuando por inspiración de Legbá y de Ogoun, sufrió paciente y decidido, un período de hambre y de sed, en un quizás inconsciente alarde de fuerza de voluntad, cerca del olor atractivo y subyugante de sabrosos manjares fuertemente condimentados: experimentó sin la más mínima protesta las terribles calorías de varios días de sol, caminando a pie por el llano desierto, se chamuscó la piel de su cuerpo con una fogata constantemente alimentada por grandes trozos de leña seca; estuvo sumergido de hombros abajo en el río vecino por cuatro días con sus noches, como quien desafía calenturas y males del cuerpo; anduvo escalando montes y penetrando en las hondonadas para dormir luego un sueño atormentado con horrorosas pesadillas provocadas por ciertas drogas extraídas de raíces de la flora haitiana, y finalmente, se nos afirmó, demostró la extraordinaria resistencia interior de su organismo, comiendo el hígado descompuesto de res muerta algunos días antes, y bebiendo agua extraída de pozos en putrefacción.

Todo aquello, se aseguraba, no era sólo un capricho divino. Significaba algo más. Como en tantas otras religiones antiguas y modernas, el **voudú** tiene sus encrucijadas por las cuales pasará todo aquel que llegado el momento preciso, ha de transformarse en alto dignatario y servidor de los **houmforts**, ante los altares del rito.

Ti-Maximilien había salido con toda felicidad de aquellas pruebas terribles, conservando durante ellas, el entendimiento claro y la voluntad recta, firme.

Desde mucho antes, ya había aprendido de memoria y lo tenía bien grabado en la mente, la fuerza y los efectos de varios venenos utilizables en la práctica botánica; conocía lo que puede producir en el cuerpo humano la ingestión de ciertas tierras mezcladas con carroña; éranle familiares las propiedades narcóticas o curativas de múltiples plantas: sólo él sabía, en toda aquella región, el benéfico influjo del trébol rojo sobre el cáncer; le constaban cómo mejoran y sanan los desórdenes del hígado con las infusiones de la hoja del gatico (lampazo); era experto conocedor de la virtud

purgativa y contra fiebre de esa raíz picante y amarga que en la ciencia se conoce con el nombre de eupatorio, del género mikania, y que comunmente llamamos cepú trepador. Tenía Ti-Maximilien todo un acervo de conocimientos rutinarios cuyas ventajas en su aplicación en los momentos oportunos, eran evidentes para los que le rodeaban o que por cualquier circunstancia acudían a él. Los fetiches y talismanes que confeccionaba, eran modelos de milagrería cuando los acompañaba con encantamientos aparatosos y fórmulas mágicas que murmuraba en palabras secretas mientras trabajaba ante ciertos devotos asombrados y temerosos.

Las disciplinas y extorsiones a que había sometido cabalísticamente su voluntad, lo pusieron en el grado preciso de poseer una mirada cargada de hipnotismo que algunos creyentes remisos no se atrevían a enfrentar, temerosos de ser atravesados por el rayo magnético (para ellos mágico) que pudiera infundirles algún efecto de excesiva sumisión a su personal influencia...

A este Dosú se le sabía también en parlamento con el Ba-mown, con el diablo, y a veces se le vió —contaban algunos— con un hacho resinoso encendido, caminando en la oscuridad, mediada la noche, mientras repetía en cuatro oportunidades seguidas una vieja invocación cuatro veces. Se llegó a decir que tenía, en un hueco de la tierra, en el patio de su casa un pequeño **baká** de pelo rojizo, que era su emisario cuando necesitaba comunicarse con el **vielle-metr'**, con el viejo maestro (Lucifer) para que cumpliera determinadas promesas o ciertas ordenanzas...

Tantas fantasías rodeaban la figura de Ti Maximilien, que era preciso tener muy firme la idea de no creer, había que estar muy cerrado a la banda del racionalismo más estricto, sometiendo todo aquello al bisturí experimental de la ciencia fría y calculadora, para no caer en complicidad culpable de superstición. Pero esto dicho así, tan sin apasionamiento, sin ardores de fanatismo, no tiene el sabor acre de la credulidad que estremece el cuerpo y pone brillos de terror en los ojos, y sudores fríos en la frente y en la nuca.

Para el criollo rústico estas son sensaciones sobremanera agradables para su espíritu, bien vistas por los **protectores misteriosos**, y preferibles a cualquiera otra verdad, para la cual, además, no es suficientemente idóneo. Creyendo y manteniendo su fé así, en la realidad invariable de sus dioses atávicos que pueblan caseríos y montañas, valles y hondonadas y que en todas partes están presentes, siente una mayor felicidad que si alguien viniese a perturbarle, explicándole cosas que para el conocimiento corriente no son un secreto ni pueden constituir materia religiosa ni de hechicería.

Ciertamente, Ti-Maximilien no era otra cosa que un médico práctico, un experto pero rutinario herbolario,, en condición de suministrar brebajes para matar de modo fulminante o lentamente —como él quisiera— a un individuo, lo mismo que curar muchas dolencias con zumos o infusiones, que condimentaba o aderezaba con palabras de misterio y grandes gestos cabalísticos. El mismo creía de buena fé en la eficacia de sus fórmulas mágicas, sugestionado con toda sinceridad frente al efecto que se proponía obtener mediante sus propias maniobras.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, al igual que la comunidad, también Ti-Maximilien era evidentemente feliz. Estaba en un medio que le era fácil y agradable, y se veía adorado como un dios por un núcleo de personas que le proporcionaba todo el material para serlo. Y con razón pensaba que si antes de su consagración definitiva era así, sería mucho más, tendría mucho más, cuando pudiera llevar colgado al pescuezo, bajo la camisa de color subido, la medalla grabada en hierro con la figura de Wangol, dios y amo de la tierra.

XXX XXX XXX

Durante cuatro noches consecutivas se estuvo celebrando la consagración hasta lograr que los dioses, haciéndose propicios, bajaran a dar su venia de modo evidente, para que Ti-Maximilien fuese acogido y reconocido como en realidad lo era desde mucho tiempo, el gran **pápá-bocor**

el brujo máximo de toda la región, cuyas facultades extraordinarias demostró tántas veces.

El **baillí**, el sagrado cobertizo donde el gran acontecimiento tuvo lugar, surgía próximo a su propia **caille**, en el llano extenso que se abría entre dos estribaciones sembradas profusamente de plátanos y tubérculos. El grupo de viviendas burdas, con techo de cana y paredes de barro que rodeaba el lugar, estaba enclavado entre caminos desiguales. Aquella noche parecía poco menos que solitario, a causa de que la mayor parte de sus habitantes se habían concentrado hacia el **houmfort** y sus alrededores. Esa última etapa de la fiesta, en la que por fin la tan esperada encarnación de los dioses tuvo a bien manifestarse, posesionándose del cuerpo de diversos individuos presentes, de facultades probadas como buenos intermediarios, revistió caracteres especiales y fué de una significación definitiva. Aunque los días anteriores se bailó y se bebió hasta la extenuación y la borrachera, todos los concurrentes mostraron hasta el fin una resistencia loca, en un empeño persistente de alejar toda idea de cansancio. Más bien parecía estarse en una alucinada expectación que denotaba impaciencia por no haberse producido la llegada del tan ansiado descendimiento.

Las frituras de bacalao y harina de maíz se habían servido en grandes cestos a los concurrentes, que las comían tomando luego grandes y repetidos tragos de clerén reforzado con fulminante ají caribe. Los tambores **merenguin** repitieron con frenesí ritmos del Congo, que los invitados aprovechaban bailando con entusiasmo creciente, en una llanada recién apisonada y de la que se levantaba un polvillo que se mezclaba con olores animales de repelencia acre. Fogatas próximas iluminaban el lugar, mientras la luna llena discurría en lo alto, lanzando una luz que parecía envolverlo todo en un amarillento fantástico, pleno de indiferencia.

Pero, a la sazón, se habían mostrado señales inequívocas de algo extraño que pronto ocurriría. El gallo negro que dormía en una rama cercana, lanzó un canto que no era precisamente de macho, ni de gallo. Fué entonces cuando se sus-

citó el primer movimiento de alerta entre los sacerdotes, que ya se impacientaban, temiendo algún signo negativo de las divinidades, que viniera a frustrar las esperanzas, tanto tiempo mantenidas, de tener entre ellos un auténtico representante de sus dioses.

Era la hora de que interviniera el tambor sagrado. Catá comenzó a sonar con notas rápidas, continuadas, profundas. La congregación de altos dignatarios y sacerdotes y sacerdotisas venidas de todos los rumbos, que había permanecido dispersa, fué agrupándose dentro del templo. Unos y otras, que lucían diversos signos y símbolos en sus vestimentas multicolores y llamativas, acudieron como llamadas por el toque de orden, y en silencio se fueron alineando en filas informes frente a un altar sobre el que se ostentaban atributos de la religión. Cubriendo el blanco mantel, en ordenada disposición, un par de canillas humanas, unas vértebras de culebra, una copia en madera pintada de verde, de una serpiente cuya contorsión le daba un evidente aire de vitalidad. En una cárcara de coco seco, una mecha encendida lanzaba una luz tenue y verdosa. Harina de maíz, dos huevos. Algunas policromías con figuras de diversos santos del calendario cristiano, que allí representaban divinidades **voudú**.

Todo estaba sujeto, en su presencia, a los cánones de la liturgia sagrada, de un alto significado místico, en el concepto irrebatible de su parecer.

Presidiendo la ceremonia que comenzaba, se adelantaron Madame Rosetta y Pierre, dos ancianos privilegiados, cuya imponencia y actividad indicaban a primera vista ser ellos quienes llevarían la voz cantante en lo que se ejecutaba. Ti-Maximilien, a quien rodeaban dos muchachas de aspecto agradable y que vestían con sencillez, aparecía en segundo término, a un lado del altar, con el pecho desnudo y los pies descalzos. Era un dios de bronce, palpitante de fuerte vitalidad.

Catá continuaba sonando rápido y hondo. Al **dosú** mientras tanto, le trajeron en una palangana esmaltada, agua con la que se chapuzó cara y pecho. En el agua, de aspecto verdoso, se había hecho una maceración de hojas del monte,

que sufrieron antes el rocío de una bocanada de aguardiente lanzada por el viejo, y las oraciones con que se ahuyentaban los espíritus perversos. Entonces comenzó una salmodia en la cual invocaban a todos los dioses del panteón voudú, en la que tomaban parte los voces del coro. Al pronunciar el nombre de las divinidades impetradas, los implorantes hacían una ligera contorsión de cuerpo y daban tres golpes en la tierra con el pie.

Se cantó largo y se repitió ocho veces, el ritmo lento que decía:

(x) Legbá, Damballah, Aída, Mawn, Guedé Mazacá,
aquí estamos todos, venidos de la Guinea.
Ogoun Badagris, Agoué, Ezilée, Alivodunú,
Dan-dan, Daghé, potencias del Vodunú,
aquí nos tienes, humildes y serviciales
invocando amistad y protección.

Pero tú, poderoso sin igual,
gran Wangol, aquí tienes un siervo
que es nuestro amigo: Ti-Maximilien.
Por él pedimos recordando aquí
el gran soborné de nuestros ancestros,
y este lugar es una copia de aquello.

En este BAILLI están reunidos
todos los miembros del simbí y la sosí.
Aquí están las macacrí
que nos dan felicidad.
Hougans, papalois y también
el cheval del maligno Ba-mown.

En el cielo VOUDU todos son
nuestros amigos y protectores
y reconocemos vuestra fuerza.
Del Este y el Oeste, del llano y lo alto,
hemos venido olvidando todo,
y disponiendo nuestra voluntad.

(x) Traducción libre. El original, en un francés y patois, salpicados de frases africanoides de difícil conversión a palabras o frases inteligibles, nos fué pacientemente dictada por el joven haitiano Joseph Angurín, fervoroso y activo creyente de los ritos del *voudú*, que también había presenciado el ceremonial descrito.

Todo ello para que Ti-Maximilien
sea siempre el hijo favorito
del gran Wangol y pueda ser escuchado
cuando con su gran voz de consagrado,
y para el bien común, pida
a los misterios su divina benevolencia.

Aoh Wangol, aoh Wangol!
Aoh Wangol, aoh Wangol!

Tras este coro lleno y tumultuoso que se repitió hasta lo infinito, se oía el dúo de aquellos oficiantes que llevaban la voz prima:

Wangol, Ti-Maximilien!
Wangol, Ti-Maximilien!

Y todavía más lejos, como un eco que se alargaba en la soledad de la montaña, una voz solitaria que respondía:

Wangol, Wangol!
Wangol, Wangol!

La música profana de los tambores **merenguin** se había detenido y los que antes bailaban alegres a la luz de la luna con pañuelos rojos anudados al cuello y pies descalzos, se fueron acercando respetuosos y tomaban parte en el cántico de invocación. Terminado éste, arreciaba y se elevaba el tronar de Catá, que parecía ahora libre de cualquier posible sujeción a ritmos de melopea:

Trucu-tum tun tun,
Trucu-tum tun tun,
Trucu-tum tun tun,

Sólo cuando volvían a surgir las voces suplicantes, calmaba su ímpetu de obsesión, y era entonces como si tuviera que refrenar su entusiasmo loco. Cada intervalo entre can-

te y canto, era acompañado por un silencio neto y una expectación religiosa. Algo que iba a suceder no acababa de producirse.

Estaba a punto de comenzar de nuevo el ritmo sagrado, cuando los dioses invisibles tuvieron a bien bajar y posesionarse una tras otra vez, en los cheval de luás, de los médiums, por boca de los cuales hicieron sus declaraciones, sus promesas, sus predicciones, sus amenazas, y auguraron que Ti- Maximilien, el dosú extraordinario, era bien recibido por ellos, y que lo nombraban formalmente su máximo representante en la tierra, para que a él acudieran todos los necesitados de algo. Demostración de esta aquiescencia divina, era la encarnación actual en la materia de tan fieles servidores.

El primero que hizo su entrada en el concierto pandemoníaco, fué Dagbé, que bajó e hizo presa en el cuerpo de una mujer que hacía rato se movía inquieta en un ángulo del houmfort, como atolondrada, en una borrachera seca. Tranquilamente se puso en tierra y comenzó a arrastrarse como culebra sabanera, con las mismas contorsiones del vertebrado, pasando inofensivamente por entre las piernas desnudas de los presentes, que apenas la tenían en cuenta. Era Dan Dan, la encarnación del espíritu ya casi olvidado de Dagbé, que siempre pugnaba por aparecer, pero que de viejo había perdido su potencia y el habla. Su suave arrastrarse por el suelo fué interrumpido por Ogoún Badagrís, que encarnó en un mozo de vigorosa contextura física, y que braveó terrible diciendo improperios contra los enemigos de la religión y contra todos los malintencionados para con sus protegidos. Pidió ron y se vació la botella en la boca, como quien toma un simple vaso de agua. Después, con un cigarro encendido, se paseó airoso y dió la mano a muchos de los presentes, a quienes miraba con simpatía. Besó efusivo a algunas mujeres, que se mostraban agradecidas, en la seguridad de ser acariciadas por el gran dios.

Legbá apareció por otro lado, con grandes gestos de

disconformidad porque otros seres insubordinados —pero que serían ejemplarmente castigados, según advirtió— habían querido anticipársele, no obstante corresponderle a él ser el primero en intervenir. Legbá sirve de intérprete comprensivo y benévolo al invocarse otros dioses, y es quien dirige la procreación, guarda los caminos y protege las puertas y ventanas. Ocupando el cuerpo de una joven sacerdotisa, se fué y volvió en varias oportunidades, para decir, confirmar y aclarar ciertas consultas que se le hacían, en relación con los deseos de los penates del panteón, que terminaban por estar de acuerdo con dar su más completa ayuda a Ti-Maximilien, en el cual depositaban su confianza y de quien todo podía esperarse.

La manifestación expresa de las divinidades de ver con buenos ojos el ministerio ejercido por su siervo Ti-Maximilien, era considerada como indispensable para crear la seguridad y certeza plena en cuanto éste ejecutaba en su nombre. Era como el certificado definitivo que le serviría para poner el último puntal a la malla con que se envolvía la creencia en sus poderes mágicos.

Mientras tanto, Ti-Maximilien aguardaba tranquilo y paciente, sentado en un rústico banco de madera al fondo del dosel, junto a algunos familiares y rodeado de dos muchachas de aspecto saludable que le sonreían amorosas. Una sacerdotisa revestida con todos sus atributos colorinescos y el signo de la serpiente marcado en el pecho, que había venido expresamente del extremo del monte, le puso en el cuello una cadenita de plata comprada en la ciudad. De la cadena pendía Wangol, el amo y dios de la Tierra, grabado en una medalla redonda de metal oscuro.

Cuando el Dosú, dios de carne y hueso de la comunidad, fué investido con el sagrado atributo, besó largamente la medalla y se bajó luego para repetir el acto en la tierra que pisaba, como señal de amor y consagración leal a lo que sus superiores divinos habían dispuesto que él fuese. Luego acompañado por Catá, cuya persistente intervención en toda la ceremonia era de grande importancia, cantó en una nota grave y sostenida, que parecía penetrar en la profundidad de la noche como un cuchillo ritual:

Wangol, Wangol...
Wangol, Wangol...

xxx xxx xxx

La madrugada llegaba a su fin. En Oriente asomaba una claridad denunciadora del día. Las aves y animales menores de la vecindad daban señales del despertar de la Naturaleza, que se mostraba todavía espesa en lo negro del boscaje cargado de maleza.

Los atabales **merenguín**, con sus notas variadas y ritornelos frecuentes, exaltaban la muchedumbre, que había vuelto a bailar al ritmo ardiente de la selva, circulando en contorsiones de estampa junto a la hoguera briosamente alimentada. Para rematar aquella ceremonia mixta en que la consagración tuvo tan completo resultado, se había servido copiosa comida de carne de cerdo y arroz, con abundancia de tomates y puerro. Allí comieron con igual apetito simples mortales y poderosos representantes de los dioses del **voudú**, encabezados por Ti-Maximilien y sus mujeres. Comieron hasta el hartazgo y bebieron ron y aguardiente blanco hasta la borrachera, después de practicar las ofrendas de orden a las divinidades, que recibían su porción en los troncos de los árboles y en el suelo.

Después, ningún otro baile de excesiva lujuria ni bacanal desenfrenada tuvieron lugar allí. Terminó tranquilamente la fiesta, durmiendo todos en santa embriaguez a la luz de la madrugada y al relente de la mañana, tirados al pie de algún árbol o al abrigo de cualquier enramada. El día, que disipa todos los encantos, encontró algunas parejas a las que el sueño había sorprendido en un enlace cansado.

3

ASPECTOS DE LA HECHICERIA NEGRA.

Una noche estábamos junto a una mesa del café **El Dorado**, frente a la plaza principal y al palacio de la Presidencia, con el amigo Félix Jean-Louis.

En varias ocasiones habíamos conversado íntimamente sobre las creencias espirituales, sobre las religiones comparadas, sobre las tradiciones de los pueblos del viejo mundo y de América, así como sobre esa variedad de asuntos que surgen al calor del entusiasmo entre personas que no tienen muchas cosas que ocultarse.

Jean-Louis era un hombre instruído y de espíritu abierto. Emotivo y decidor. Aunque no alcanzaba los cuarenta años, tenía una bien sentada experiencia de la vida. Su pleno conocimiento de la historia de la humanidad y de los problemas sociales de todos los tiempos, decía mucho en su favor e inclinaba el ánimo a escucharlo. Había viajado por los Estados Unidos de Norteamérica y por la República Dominicana a raíz de graduarse de jurisperito en la Escuela de Derecho de su país.

Barruntaba Félix hasta dónde nos atraía el folklore de

Haití, y no se detenía ante obstáculos para ofrecernos el necesario estímulo a fin de que conociéramos algo de lo que él estimaba la esencia misma de aquel pueblo, que sin dudas se siente feliz creyendo ciegamente en la inmanencia de sus misterios.

Debe decirse, ante todo, que nunca vimos en él nada que indujera a pensar que se trataba de un practicante activo del voudú como cualquiera otro, si bien fué respetuoso de aquello y con una singular discreción jamás permitió ironías veladas o francas contra la religión de sus conciudadanos y de sus antepasados.

—Yo creo,—dijo—que aquí, en el pueblo como en la alta sociedad, creemos todos en el voudú. Algunos hay que lo niegan. Pero muchos tienen fe completa en las prácticas de hechicería. Y le aseguro que existen razones profundas para que así sea. Le juro que hemos visto cosas que usted no las imagina, por más extravagancias que haya oído decir de mi pueblo. He conocido y leído algo del ñañiguismo en Cuba y del voudú en Curazao, y de las prácticas brujas de esos pueblos, así como de los Estados del sur de Norteamérica. Allí como aquí se adoran dioses importados del Africa, a la vez que los cristianos aman a Jesús y los judíos a Jehová. Total, es una misma cosa. Un mismo problema espiritual. Es cuestión de que cada uno lo hace a su manera. Los santos de unos y la Thora de los otros, son símbolos de sus creencias respectivas. A nosotros los haitianos, fueron los antepasados quienes nos inculcaron el respeto y la adoración de nuestros dioses de la Guinea, tan respetables como los de cualquier parte o de cualquiera otra religión. Que algunos no hayan seguido creyendo en ellos, es asunto particular de cada quien. Yo desde luego, usted lo comprenderá bien, estoy bastante lejos de todo esto, aunque no puedo negar mi raza. Por el contrario, me siento orgulloso de ella como puede sentirse un blanco de la suya. Por lo demás, la única diferencia que veo entre una y otra, es la cuestión del color de la piel.

Era notorio que Jean-Louis se sentía entusiasmado con su tema, que espontáneamente abordaba esta vez. Le hicimos saber que nos dábamos cuenta de las innúmeras fanta-

sías que sobre Haití circulan, respecto de sus brujerías y sus hechizos, sus encantamientos y sus peligros; y que en cuanto a nosotros, sólo por curiosidad literaria y espíritu aventurero nos podían interesar. Que no creíamos en los milagros de los dioses de ninguna religión y menos en la tan socorrida taumaturgia de los sacerdotes brujos de la montaña, que se decían poseer poderes sobrenaturales para cosas extraordinarias capaces de asombrar a criollos y extraños. Ni **lois** ni **hougans** ni **bocors** ni **owangateurs** son suficientes a hacernos creer en sus milagrerías. Si usted cree —le advertimos— y si el pueblo de Haití cree, como acababa de confesar y es evidente, nos limitamos a respetar su creencia. Es cosa de temperamento y de convicción puramente personal. En resumen, es comprensible y aceptado que la fe mantiene al hombre en todas las latitudes. La fe manifestada de diversas maneras.

—La fe— aseguró entonces— es algo poderoso que entre nosotros tiene puntos de contacto con la realidad, con hechos materiales que no se pueden negar. Ya he dicho que aquí ocurren cosas tan extrañas para un forastero, que jamás podría este imaginar con su mentalidad diferente. Podrá ser superstición. La misma palabra lo explica. Quizás algunos vean sólo a través de su imaginación o de su miedo a lo misterioso o a lo desconocido, que viene a ser lo mismo. Yo lo comprendo. Pero es lo cierto que hechos concluyentes de difícil o imposible explicación, unidos a la supersaturación de lo **brujo**, o de lo **hechicero**, ha dado pie, da oportunidad a que se piense que una cosa tiene relación con lo otro. Y muchas veces la tiene. Usted no lo creerá cuando le digan por ahí, que un hombre perdió a su novia o a su mujer porque una bruja le echó un **owangá**, o **embó**, como dicen los **ñáñigos** de Cuba, o **kingo**, como lo llaman adoradores de otra secta. Se la quitó para entregarla en brazos de otro enamorado o simplemente para ponerla bajo la tutela de otro interesado en ella, que le pagó lo que le fué pedido, o por pura maldad, o bien por venganza. Ni pensará que sea cierto que algunas de esas mujeres elegantes que usted se encuentra en las avenidas los domingos o en los lugares de postín, llevan debajo del vestido de seda, un traje de tela burda con el cual se castigan el cuerpo, por recomendación

expresa de un misterio que luego les concederá una gracia determinada. Y sin embargo, eso y muchas otras cosas son hechos ciertos que no siempre están muy ocultos.

Con esa ejemplar y amable independencia de carácter, se expresaba Jean-Louis, que hablaba un español bastante correcto, aunque prefería muy a menudo discurrir en su propio idioma, en el cual, decía, le era más fácil ser amplio. Cuando así se manifestaba, recordábamos los incidentes de que siempre se ha murmurado, ocurridos entre los curas católicos y los **rejetés**, los infieles, que van sumisamente a las iglesias, se arrodillan ante los altares cristianos, y salen sin ningún titubeo de la conciencia, sin prejuicios morales, a prosternarse ante Legbá y pedir favores que no creen poder lograr con los símbolos de la patrística cristiana. Se nos alcanzaba el hecho de que en Puerto Príncipe y en otros pueblos del interior han ocurrido frecuentes rozamientos a causa de las admoniciones y sermones de los sacerdotes blancos, apostrofando desde el púlpito a la muchedumbre de asistentes a los templos, acusándola de hereje, de salvaje, de supersticiosa, adoradora de la serpiente y del diablo, digna sólo de ir a parar al Infierno.

Es notorio que la mayor parte de los curas franceses y canadienses que van a Haití aprenden el **créole** para el mejor desempeño de su ministerio, ya que deben hablarle a gentes que no siempre conocen el idioma oficial, por lo cual se expondrían a no ser comprendidos. El **patois**, en cambio, lo entiende todo el mundo. Por eso, llegó a darse el caso de que un cura de este tipo dijera cuando menos se esperaba, multitud de improperios en el más burdo dialecto del país, lo cual provocó escándalos en los cuales hasta la gendarmería tuvo que intervenir y que los periódicos de la capital no pudieron ocultar, trascendiendo todo ello hasta la prensa internacional, que no dejó de hacer los correspondientes comentarios.

Aunque muchas de las cosas que estaba diciendo el simpático anfitrión nos eran completamente sabidas, muchas también las ignorábamos hasta entonces. De ahí el interés creciente que nos despertaba aquella plática, frente a un

frasco de whisky, que tomábamos con soda, a sorbos comedidos.

Mientras Jean-Louis, temperamento extrovertido con quien llegamos a intimar por cierta afinidad mental que nos acercaba, se manifestaba de ese modo, teníamos presente algunas aventuras en las cuales nos habíamos embarcado recientemente entre adoradores del **voudú**. Sentíamos más próxima la evidencia de lo tanto que sobre ese pueblo y sus costumbres se dice y se toma en consideración en todas partes. Se ve que la sugestión, el miedo a lo desconocido, —como quedaba explicado— la idea falsa que pueda tenerse sobre determinados hechos, son capaces de invadir el cerebro y producir horrores desequilibrantes en un temperamento débil e inculto. Pero lo extraordinario está en la comprobación de que esos mismos horrores y desequilibrios se muestran a menudo en personas sobre las cuales se pensó estar libres de la posibilidad de tales desvíos, a causa de su educación, de su ilustración o del medio en que crecieron o se formaron. Nótese que decimos **a menudo**. No negeralizamos. Sabemos cómo hay en la capital haitiana y en otras ciudades, muchas personas que aún cuando hablan con respeto de las prácticas y creencias brujas, tratan siempre de mantenerse aparentemente alejadas de los sitios donde aquellos actos se llevan a cabo. Pero esto no quita por igual que al descubrirse hechos macabros en relación con las hechicerías, **a menudo** también se vean complicadas esas mismas personas que alardeaban en público de no inmiscuirse ni interesarse por tales cosas.

A este respecto es bien conocida la ocurrencia de un rico señor de Puerto Príncipe, ferviente adorador de los **lois**, que se ingeniaba para tener frecuentemente en su mesa un plato bien condimentado de carne humana y que sentía preferencia por el corazón, que obtenía a buen precio de una mujer de las afueras de la ciudad.

Se repetían las desapariciones de niños. Las autoridades habían sospechado de ella. Cuando en aquella ocasión la policía penetró en su pequeña vivienda, se aprestaba a descuartizar una de esas **piezas**, narcotizada ya. Al ser in-

terrogada sobre lo que hacía con las partes, fué punto de su defensa declarar que la vendía a determinados individuos que les pagaban bien. Y entre ellos mencionó al rico señor citado, cuyo nombre debemos olvidar. Desde luego que al ser preguntado éste a su vez, dijo ignorar que la carne procediera de un cuerpo humano.

También muchas familias que residen o han residido en Pedernales, pueblo dominicano de la frontera por el extremo del sur, conocen el negocio a que se dedicaba Madame Pole, vecina de Anses-á-Pitre, del otro lado, y a un tiro de piedra. Se cuenta por personas que merecen crédito que esta señora, una haitiana de aspecto y carácter machunos, tenía en su casa una trampa dispuesta en forma tal, que la persona a quien ella interesaba sacrificar para el tablajeo y venta, no se escapaba. Era dueña de un modesto negocio de **clerén**, cigarros y cigarrillos, a más de algunas provisiones de boca. La fama de esta mujer era terrible, y algunos dominicanos que tenían necesidad de concurrir a su establecimiento, sintieron de cerca la tragedia, y se alejaron previsores, pensando si la desaparición de Fulano de Tal, conocido o amigo de ellos, no tendría que ver con Madame Pole, de Anses-á-Pitre.

Además de servida como alimento la carne humana, estima el creyente en los misterios negros de Haití, que la sangre, la grasa y ciertas vísceras ejercen poderes maravillosos sobre quien los ingiere o con ellos se ejecutan determinadas acciones secretas. El valor personal que imparte y la inteligente actividad que permite desarrollar un trozo de corazón comido, es algo que no ofrece duda. Tal opinión es tan socorrida que puede ser confirmada ante cualquiera que haya oído hablar de este asunto. Macabras referencias de esta índole no extrañan a nadie allí. Por eso, convencidos de que no violamos ninguna intimidad ni divulgamos nada que deba callarse, las exponemos con la misma llaneza y espontaneidad con que las hemos sabido, en la confianza de que con ello no ofendemos a nadie, lo cual, como se supondrá, tiene para nosotros, su debida importancia.

xxx xxx xxx

Y a propósito de corazón humano, vamos a decir algo también concreto, de un misterioso y terrorífico sabor.

Siempre se ha mezclado el palacio de gobierno de Puerto Príncipe y la casa de ciertos personajes del país, con las actividades brujas y de hechicerías. Esto no es de hoy. Puede que haya exageración en ello. Pero las noticias salen siempre del pueblo y a veces de entre los mismos que suelen frecuentar las esferas de arriba. Además, nada tiene de extraño que allí se practiquen ciertas ceremonias cuando sus propios habitantes son partidarios de tal o cual religión.

No queremos acercarnos mucho a lo que pueda estar ocurriendo en el palacio gubernativo de aquella capital. Queremos sólo recordar aquel revolucionario que se llamó Antoine Simon, que andaba en sus aventuras de armas acompañado de su hija Celestina, tan cruel como su padre, que cuando entraba a sangre y fuego a un pueblo, cabalgando en caballo blanco, hacía fusilar a todos los pobladores, sin importarle niños ni mujeres, e incendiar las habitaciones, con complacencia escalofriante. De ambos hemos oído hablar mucho en Haití. Del uno, no como presidente que fué en una época tumultuosa; de la otra, no como la simple hija de un jefe de gobierno. Cosas espantables con las que se cuentan, que ponen sombras de terror en el rostro de aquellos que las recuerdan, aún de oírlas referir. De estos personajes hace muy curioso y vivo retrato el escritor norteamericano William Seabrook en su libro **La Isla Mágica**, con motivo de algunas anécdotas que sobre ellos recoge. Dice:

"Este señor no era el producto mixtificado de una sangre aristocrática, teñida por la cultura francesa y europea. Procedía de una cuna salvaje de negros africanos. Nacido en el campo, había sido nombrado jefe de una sección rural; después, general de la Revolución, y guardaba el título, aunque pasado de moda. A la cabeza de un ejército en guiñapos, había hecho irrupción en Jacmel, venciendo a las tropas gubernamentales de Nord Alexis y tomado posesión del palacio de madera que se levantaba en el Campo de Marte, en el lugar donde existe el palacio actual. Llevaba siempre su uniforme de general con enormes charreteras de oro y se ven-

gaba de las burlas de la alta sociedad de Puerto Príncipe, representando el papel de director de opereta cómica...

"Había instalado en el palacio, como primera dama del país, a su hija Celestina, que era también negra y campesina y que no tenía otra belleza que un soberbio pecho, de perfil enteramente rústico. La cultura y los refinamientos de las exquisitas mulatas que constituyen la flor de la sociedad femenina de Haití, le eran completamente desconocidas; pero Celestina tenía un verdadero carácter. Aunque no tenía más que treinta años, se le atribuía el ser secretamente la gran **mamaloi** de todo Haití, la sacerdotisa suprema.

"Y no era solamente Celestina, sino también su padre Antoine Simon, presidente de la República, que pasaba por dedicarse activamente a la brujería negra. Se decía, corrientemente, que los ritos mágicos eran practicados en el recinto mismo del palacio, y era verosímil que así sucediese.

"En apariencia, sin embargo, el presidente y su hija eran buenos católicos. Iban puntualmente a misa, como todos los oficiales y funcionarios del palacio presidencial".

Pues bien. Esta Celestina, cuyo retrato queda expuesto, fué protagonista central de una terrible tragicomedia muy difundida en Haití. De su realidad nadie duda. Nos llegó su conocimiento a través de Joseph Angurin, quien dijo haberla oido directamente en boca del viejo Domicien Telemaque, que en ella tomó participación, aunque de modo pasivo, pero de una manera que no podía olvidar: cuando el hecho ocurrió era soldado al servicio en Palacio en el régimen de Antoine Simon.

El antiguo caserón presidencial en el cual vivía el jefe del gobierno con su hija, así como algunos funcionarios, había apagado sus luces mucho antes de la media noche. Sólo en una apartada habitación de la parte de atrás, donde nadie más que Celestina acostumbraba a entrar en determinadas ocasiones, se veía el resplandor de alguna vela encendida. Un grupo de la guarnición había recibido órdenes concretas de estar en pie, en espera de algo que iba a ser dispuesto de un momento a otro. Los hombres que ordinariamente

estaban al servicio en la mansión eran individuos de lealtad a toda prueba y de valentía loca; habían bajado de la montaña con el general y ayudaron a derrocar el régimen anterior. Vieron pelear a su jefe, y a Celestina la oyeron dar órdenes ante las cuales nadie se atrevía ni siquiera a hacer un gesto de titubeo. Cuando ella gritaba, en el ardor de la refriega:— **Tonerre! Anavant! Au diabl'!**— y avanzaba a la cabeza con su gente, no se quedaba uno rezagado. Una vez volvió la cara y comprobó que uno de sus hombres obedecía con desgano o mostraba cansancio. Ella misma le dió un tajo en la cabeza con su machete y lo dejó tendido en tierra. Así, todos preferían morir tirando tiros y matando. Por eso también, cuando aquella noche se les dijo que ejecutarían un trabajo especial, hasta se sintieron contentos de ser ellos los primeros a quienes se les avisara. Estaban seguros de que, fuera lo que fuese, no podía ser más rudo que la campaña pasada. Se movían alegres mientras llegaba la hora de ser llamados. En tanto, fumaban cigarros, reunidos en un pabellón rústico, por el lado del patio, cerca del establo, y contando historias de indistinto matiz.

Los gallos comenzaron a cantar. El **búcaro** (x) de alguna casa vecina despertó de su sueño y lanzó una serie de notas corridas que estallaban en la calma de la noche a manera de una ametralladora lejana. Aquel canto y aquellas notas para nadie ofrecen duda. Era cierto que se estaba al filo de una hora. Y ya había pasado la media noche. Un trozo de luna en menguante rodaba en lo alto y tenía un tercio de cielo por recorrer. El viernes había comenzado. Fué entonces cuando el **caporal** dió la orden de marcha, a través de uno de los trillos por entre arbustos y pisando estiércol fresco de caballo, bajo una ramazón tropical. En un llano descubierto y claro, no muy lejos del muro que cerraba el recinto, se detuvieron en posición militar, a la voz que los guiaba.

Celestina los había seguido, envuelta en una túnica de zaraza roja, con los pies al aire. Llevaba en la mano ex-

(x) Pájaro reloj. Zancuda domesticable, de estas Antillas, que se alimenta de insectos. Canta cada hora.

tendida una pequeña bandeja de plata, sobre la que brillaba un puñal. Ante el pelotón en firme, nueva Salomé, bailó una extraña danza de la muerte, de ritmo desconocido, en descoyuntamientos y contorsiones de obsesión. Pasaba y repasaba por entre los asombrados mocetones armados, que la miraban espiando con los ojos desorbitados, cada uno de los movimientos de aquella zarabanda fúnebre, cuyo final sospechaban confusamente. El terror con que soportaban la presencia de Celestina no los dejaba moverse, convencidos de que además resultaba inútil cualquier ademán que traslucie-se en ellos indecisión o miedo.

La azafata y el puñal sonaban con un ruido extraño de chis-chis cuando por sobre su cabeza de pelo revuelto los hacía rozar con violencia, mientras murmuraba frases incomprensibles, de un significado secreto, que provocaba agudos temblores irrefrenables en las piernas y en los labios de aquellos espectadores mudos, hieráticos en su espera.

La negrura de los rostros se transformaba en palidez que la luz de la luna acrecentaba con un halo de muerte. El paso de la danzadora de traje largo y vaporoso, vampiresa descomunal, fantástica, rodando por entre esos hombres que parecían cadáveres en pie, prendía en todos ellos un ansia vehementísima de acabar pronto aunque viniera lo terrible.

Cuando se detuvo y miró fijamente a uno de los soldados, poniendo sobre su cabeza una y otra vez, con gesto autoritario, la bandeja de plata, el caporal cortó el silencio de la noche con una orden:

—**Ou mem! Vini.**

El puñal brilló al sajar la carótida del escogido, y un chorro caliente de sangre saltó sobre el uniforme del ejecutor del mandato. La tranquilidad de la noche sólo fué turbada por el ronco estertor de agonía con que se desangraba el cuerpo tembloroso que ahora yacía en tierra. Con la premura de quien necesita completar una faena, el sayón desgarró la camisa y cortó hondo y ancho en un costado. Celestina misma metió entonces las dos manos por la herida maestra

y extrajo de la cavidad el corazón todavía palpitante y con calor de vida.

Después, en un responso negro, con la voz atiplada y lenta que parecía un adiós siniestro, un salmo diabólico, o una recomendación tremenda a las divinidades, se paseó majestuosa, altiva, alrededor del despojo que quedaba tirado en la yerba.

Llevando en alto la azafata en que brillaban a la luz de la luna la víscera y el puñal ensangrentados, la hija de Antoine Simon parecía revivir la vieja leyenda de la favorita de Herodes, en una terraza del palacio de Galilea.

Satisfecha y feroz, triunfadora sin rival, se alejó, ante el estupor de aquellos que vieron la muerte cruzar ante sus ojos, llenos de espanto.

TERCERA PARTE

Magia Roja y Negra

1—Angurín y su Owangá

2—El Ramillete Embrujado.

3—Zombi.

4—El Esposo de Ersille, la Buena.

5—La Cabra Infernal surge en lo Alto del Monte.

6—Torbellino frente a un Altar.

I

ANGURIN Y SU OWANGA

—¡Voilá! Quitem' di une choose. Cuando te digan que un negro murió y no murió, que lo enterraron y sin embargo está vivo entre sus familiares, no te rías, no lo dudes... Sí, ya veo que tú no comprendes las cosas de los haitianos. Pero, foutre! No pongas esa cara así, que me vas a disgustar.

—No hombre, si no pongo ninguna mala cara. Es la misma. Es la mía. Lo que pasa es lo que tú mismo me dices: que no comprendo bien...

—Ecúte, yo soy amigo tuyo, ya te lo he demostrado en más de una vez. Tú me simpatizas, y te amo cual si fuéramos hermanos de leche. Recordarás que te dije que tú y yo debíamos ser familia en otra época, en otra generación. Me han dicho que el espíritu de los que mueren reencarnan en los que van naciendo. Es posible que entre nosotros exista ese parentesco. Quizás tu fuiste mi hermano mayor, o mi padre, en alguna otra vida. Si no fuera así, cómo se explica esa simpatía entre nosotros? Tú naciste allí, del otro lado de las montañas, por el Este, y yo aquí. Ah! lá-lá. Es la vida! El misterio. Yo no he salido de mi tierra, pero la conozco toda. Cuando no era más que un tigarson me fugué de casa. Al volver, encontré que mi mamá había muerto. Desde entonces he hecho casi siem-

pre vida propia. Mi padre fué un gran blanco en cuya casa mi madre era cocinera. Un hombre rico. Tenía un almacén de frutos del país. Tú conoces algunos de mis hermanos. Tienen dinero, viven bien y saben que soy de la familia. Tú has visto cómo me tratan y hasta la señora de uno de ellos me considera. En la casa de Pierre he crecido como quien dice, y salgo a menudo con ellos. Esto, desde luego, no es extraño en mi país. Ser hijo de un hombre que tiene su esposa o no tener padre conocido, es asunto de poca monta. Lo esencial es la vida que nos dan. Tú hallarás muchos por ahí que son figuras en la sociedad y en la política. Pues lo deben todo a su madre, que fué quizás la que más hizo por ellos. Yo no tengo de qué quejarme. Mi padre se ocupó de mí aunque siempre me gustaba más la calle. Muerto el viejo, Pierre me obligaba a ir a la escuela cuando no andaba en **brigandages** (x) por los montes. En su casa he leído muchos libros buenos, y algunos me enseñaron cosas secretas que tú no te imaginas. El Dr. Holly con los suyos, ha sido algo maravilloso para mí... Pero todo eso es aparte. No hay por qué mencionarlo. La verdad es que en la sociedad me reciben y tengo mucha gente que cree que puedo llegar a ser un gran hombre. Por ahora no me importa. Lo que yo quiero es vivir mi vida. Me gustan las mujeres... Ah! Te voy a llevar a casa de unas amigas mías que son sabrosas como mangos **Francisque**...

Era Joseph Angurín, un mestizo de excelente apariencia física, cuyo perfil indicaba a las claras su sangre cruzada de francés y africana en segundo grado. Tenía una labia sorprendente y era un filósofo sui géneris. Nos habíamos conocido una tarde en la esquina del Campo de Marte, frente al monumento de Dessalines. En distintas ocasiones anduvimos juntos y cada vez iba siendo más estrecha nuestra amistad. Ahora nos encontramos en Pont-Beudet, mientras temperábamos en casa del doctor Reser. Vino Angurin a ver una tía suya residente en el poblado, y allí pasaba unos días. Al olfatearnos, mostró una alegría realmente conmovedora. Por las tardes, sin que nos pusiéramos previamente de acuerdo, nos íbamos a caballo

(x) Brigandages: Vagamunderías, bellaquerías.

por entre los cañaverales, en compañía de la hija de nuestro anfitrión, recién llegada de los Estados Unidos. El sosiego de aquellas horas, aspirando los olores sacarosos de las plantaciones en sazón parecía fortalecer el organismo, que reflejaba en el espíritu un optimismo pleno.

En uno de esos días en que Mary-Clare no pudo acompañarnos por estar en la capital con su madre, fué cuando casualmente Joseph comenzó a desembuchar esas cosas y otras muchas que quizás algún día sea oportuno dar a la luz. El nos ayudó a comprender mejor —al igual que otros amigos que de cuando en cuando hemos aludido en estas narraciones— la vida enrevesada y los vericuetos criollos, así como algunas costumbres de tipo corriente que sin adecuada explicación apenas podrían ser entendidas.

Como buen paisano, creía sincera y fervorosamente en los misterios de la religión de sus antepasados maternos, pese al barniz de cultura de que frecuentemente alardeaba. No era un fanático propiamente, pero se entusiasmaba con las cosas brujas y de hechicerías, seguro y convencido de la realidad de sus encantamientos. Esto que acaba de ser expresado —lo de su cultura junto a su creencia fetichista— parece contradictorio. Pero se puede repetir que Angurin no era un fanático ciego del todo. Comprendía que en el asunto entraba también mucho de charlatanismo y que tanto en la ciudad como en el campo se explotaba a los más ignorantes. Su hermano mayor de padre, que una vez se fué a viajar y estuvo varios años por Panamá, Honduras, Honduras Británica, Costa Rica, Jamaica, Curazao, le contó que no era sólo en Haití donde se creía en la brujería, y hasta le habló de que también por allá se temía a los hechiceros, porque son realmente terribles, y a veces de perversidad inconcebible. Es verdad que todas esas cosas —decía— son conocidas con otros nombres, y además otras designaciones se dan a los practicantes o a los que poseen poderes sobrenaturales. Le había dado a entender su hermano que lo de su país se repetía en otras partes con la misma fuerza y las mismas peculiaridades. Así que él no tenía por extraño nada de lo que veía, sino por el contrario lo encontraba todo muy natural y corriente. Juraba por Legbá o por la **metrésse** Ezilée como se jura por un santo de cualquiera otra religión. Y creía con poco

apuro las cosas más extravagantes que le cantaran acerca de los zombies, los chochés, los galipotes, los lugarús o los bakás.

Nos refirió que cierta vez estuvo enamorado de una preciosa mulata que al principio no quería verlo ni de cerca. Luchó con ahinco por conquistarla con buenas maneras. Pero al ver cómo ella resistía, resolvió ir a ver a un houngan de Leogane, que le preparó un owangá de amor, con el cual no tardó en hacer suya la muchacha; y no sólo la conquistó, sino que después andaba tras de él con una constancia y persistencia sorprendentes, hasta el extremo de pelearse de obra con otra que aspiraba a conquistar su cariño.

Ya nos había hablado de esa especie de filtro amoroso y de su contenido, que es bien distinto del de otros cuyas virtudes, según el decir común, son preservar de accidentes desgraciados, provocar la muerte de una persona cercana o que permanezca lejos, atraer la muerte o la salud, etcétera. El filtro que prepararon a Angurin no era de fórmula complicada.

Cuando acudió a la cita con el viejo brujo de Leogane, llevaba consigo el pájaro mosca, el zumbador (un colibrí de los más pequeñitos) que le había pedido y que pudo atrapar poniéndole resina al nido de la avecilla, en lo alto de un limonero, en la falda del **Morne l' Hopital.**

No es extraño que en Haití se hable de la presencia del pájaro mosca como parte útil para preparar un owangá. Esta joya afiligranada de la naturaleza, tan preciada de los ornitólogos, se ha mencionado con frecuencia en las viejas fórmulas mágicas como poseedora de extraordinarios poderes amorosos, afirmándose que es utilizada por aquellos que creen a pie juntillas en las seducciones de la magia blanca.

El tierno pajarillo obtenido por el infeliz amante, fué desplumado, y luego abierto en dos mitades. Su desecación al sol duró varios días. Una noche se avisó a Angurin que se presentara para ayudar a la preparación del talismán. Algunas horas antes se le dió a beber un vaso de trampée canelle sobrecargado de ron. Esto le entonaba el estómago y le ponía los nervios en tensión. En una habitación estrecha;

con ventana al patio, se reunieron el **bocor**, una mujer que era su ayudante y sacerdotisa del voudú, y el interesado principal en el acto que se iba a practicar. Alumbraban tres cirios grises dispuestos en triángulo en forma que su luz cubría todo el espacio. En medio del cuarto, había una mesita cuadrangular cubierta con un paño rojo de tela nueva y brillante. Sobre ella, un plato de loza de esos que ordinariamente se usan para la taza del café, y en el plato, un montoncillo de polvo, en que había venido a quedar el ave reseca,, después de pasar por el pilón en que fué triturada. A Angurín le fué ordenado despojarse de toda la ropa. Entre el **bocor** y la **macacrí** le aplicaron de la cabeza a los pies, una untura de zumos y grasa que Joseph desconocía, mientras recitaban una oración invocando los misterios de **Legbá** en su calidad de dios del Amor y de la Fuerza Viril, cuya potencia y favores debía otorgar a su siervo, que ahora necesitaba de su protección. Con dos agujas -una grande y una pequeña - representando al hombre y la mujer, que entre el polvo estaban ocultas, convenientemente unidas con hilo negro, le pincharon una vena del brazo hasta extraerle sangre que junto con unas gotas de su propio licor seminal derramadas expresamente en manipulación secreta, formaron un amasijo, en tanto proseguía la salmodia sagrada en un ritmo de monotonía, acompañado de grandes gesticulaciones y braceos. Tres vellos depilados de las exilas y tres de la parte pudenda, con un trocito de la pieza de vestir sudada que llevaba más pegada al tranco, habían hecho una espesa mezcolanza de extraordinario poder mágico. Todo esto, confundido en una pasta todavía medio húmeda, le fué entregado al creyente, en una pequeña vejiga de cabrito, después de haber rezado y repetido varias veces un nuevo salmo al dios impetrado, cuya figura estaba presente en una litografía de San Pedro. El nuevo salmo decía:

Gran Legbá, padre de la fecundidad,
amo de las virilidades,
viril entre los viriles,
protector de caminos
y de conquistadores,
haz que Dorilas quiera
a Joseph Angurín,
proclame su deseo y lo siga.. ...

Legbá Vodunú!
Legbá Vodunú!
Legbá Vodunú!

Camino de la capital el muchacho llevaba la completa convicción de que en el bolsillo portaba un poder más grande que todas las palabras que pudiera decirle al oído a su pretendida, o que cualquier otro medio de persuación de que dispusiera.

Sabía que ella acostumbraba a concurrir con algunas amigas los sábados y domingos por la noche, a los bailables de la **Terrasse Garden** en Petion-Villa, donde en otras ocasiones habían danzado juntos, pese a que cuando lo alcanzaba a ver, le sacaba el cuerpo cuantas veces le era posible. Ahora iba decidido a no perder la primera oportunidad que se le presentara. El problema estaba en que ella comiera o tamara algo que le brindaría.

Desde su encuentro, cuando se acercó al sitio donde estaba Dorilas con sus compañeras y un joven conocido de todos, trató de mostrarse cordial y decidor. Tomó algunas copas y luego pidió otro servicio por su cuenta. Habían muchos parroquianos. Los pasillos, la galería y el salón principal estaban llenos de parejas y grupos; unos bailaban, otros tomaban junto a sus mesas respectivas y departían en un pintoresco y peregrino abigarramiento. Al ver que tardaba el mozo con la provisión pedida, fué él mismo a la cantina. Encontró que ya le servían. En un movimiento hábil aprovechó el descuido del sirviente y vertió el polvo mezclado que había traído de Leogane, en una de las copas. Se presentó llevando la bandeja con el licor de fina marca que tan saboreado era por las elegantes concurrentes al cabaret. El mismo fué repartiendo la bebida, entre la risa alegre de las muchachas. Hasta Dorilas parecía sentirse complacida de su amabilidad y agradecía el gesto galante, con manifiesta simpatía.

Tomaron, rieron, conversaron de mil cosas. El hijo de un diputado muy conocido, vino y se llevó a bailar a una de las jóvenes. Angurin se atrevió entonces:

—¿Te place...?
—Oh, sí...

Y se perdieron por entre la multitud que danzaba regocijada al son de un blue ejecutado por el conjunto criollo. Repitieron la pieza sin volver a la mesa. El joven había recomenzado su ataque a fondo, y ella no parecía tan arisca como en otros días. Al contrario. Lo escuchaba con atención y hasta entusiasmada, oyéndole decir unas cosas que le parecía no haber oído nunca. Lo encontraba menos antipático que antes.

Volvieron a bailar. La apretaba de modo más insinuante, le acariciaba el dorso en forma que debía comprender que era de propósito. Había sorprendido en ella ciertos leves estremecimientos que no daban lugar a equivocación. Antes de terminar la música se fueron a un apartado rincon de la terraza, junto a unas enredaderas. Conversaban más animadamente y él arremetía con toda confianza. En un momento en que quedaron muy juntas sus caras, ella se dejó besar y correspondió con visible muestra de complacencia. La sacó bajo los cocoteros, donde habían varios automóviles estacionados en espera de sus dueños. Algunas parejas paseaban por el recinto. Pegados al tronco de uno de aquellos árboles, tornaron a acariciarse, esta vez llevados de fogosidad irrefrenable y en la cual ella se dejaba envolver con dulce inconsciencia, al amparo de la que su compañero sentíase emprendedor y triunfante.

No supo cuando entraron al carro que las había llevado al baile y que allí estaba también. Ni cuando en amoroso e incontenible rapto se entregó a los arrebatos en que fué lanzada por Angurin, con sus palabras y sus labiosas insinuaciones de salacidad.

Después de aquella noche, ella misma se preguntaba por qué sentía esa atracción violenta hacia el hombre que una vez, al ritmo embrujador de la música en Petion-Ville, debajo de los cocoteros indiferentes, la había hecho disfrutar de los goces que la despertaron a la vida, sin que por ello sintiera ningún remordimiento.

Joseph Angurin por su parte, creyó siempre que el

2

EL RAMILLETE EMBRUJADO

Era el atardecer, en Puerto Príncipe, la capital soñolienta de la república de opereta del occidente isleño.

El calor africano que nos amodorraba en esos cálidos meses de verano riguroso, iba cediendo poco a poco con la proximidad de la noche, que se anunciaba fresca y luminosa.

Fuimos a rematar el día en **El Trocadero**, a unos diez minutos de automóvil por la carretera del Oeste, desde donde se abarca con la vista una parte de la ciudad, reposada muellemente en la falda verdeante y umbrosa del **Morne l'Hopital**. Allí cerca, a la derecha, el mar inquieto, siempre rumoroso, moteado de trecho en trecho con leves promontorios cubiertos de yerbajos que se mecen al impulso de la brisa ligera. A lo lejos, la isla Gonave, historiada y misteriosa.

En el poniente bullía un tumulto de colores. El iris era una maravilla polícroma, glorificada por el sol. Tras de una nube, que era una especie de triángulo trazado por una mano temblorosa, asomaron múltiples haces de luz de rojo vivísimo. Mostrando algo de su curvatura, el enorme disco bruñido se hundía en el confín azul, tocado por el

lomo semoviente de una ola gruesa y audaz. El ambiente quedaba envuelto en profusa penumbra rica en mirajes de oro, azul y verde, plenos de fantásticas refulgencias.

Todos nos habíamos vuelto para contemplar en religioso silencio, en unc como acuerdo tácito, el espectáculo magnífico. La música eléctrica nos despertó del ensimismamiento con un vals lento. La cerveza empañaba nuestros vasos.

Vimos deslizarse por el patio enarenado del recinto un coche desde el cual rostros sonrientes nos miraban, y manos ensortijadas hacían ademanes amables. Alguien dijo:

—Voici les jeunes filles.

Rápidas, regocijadas, dicharacheras, se acercaron a nuestro grupo, que las esperaba ya. Hubo la consiguiente presentación, acompañada de salutaciones cordiales. Cuando el introductor terminó de pronunciar el apellido de una de las muchachas, el autor de estas notas, recordando algo reciente y que mariposeaba en su mente, repitió casi automáticamente:

—Mademoiselle Jordany?

....—Oui, monsieur, en vos mains— ofreció ella, con un simpático ademán de cortesía.

—Mercí. Mille mercí.

La conversación y los licores espirituosos, juntamente con el atractivo subyugante del conjunto femenino, avivaron más los ánimos, y a poco aprovechávamos todos la música deleitosa de que disponíamos. El encanto del baile nos envolvió por largo rato.

Transcurrían las horas. Las jóvenes iban a partir. La noche reinaba fuera. El mar cercano recogía un largo y múltiple reflejo de las luces inmediatas, y continuaba en su eterno y monótono batir contra el dique obstaculizador.

Cuando la bulliciosa caravana tripulando su charolado automóvil dobló el inmediato recodo, dijimos, enfrentándonos al camarada confidente:

—Mademoiselle Jordany...?

Y él, que conocía nuestra curiosidad, de la cual tantas veces habíamos hablado antes, nos interrumpió afirmativo:

—Hermana de la heroína de un caso que seguramente usted conoce, y que nosotros bautizamos con el nombre de "Ramillete Embrujado".

En efecto, ya nos habían contado esa historia, cuya autenticidad indiscutible no sorprende a ningún criollo.

Por la mente pasaron, en cinematográfica sucesión, las escenas sugestivas y escandalosas del caso, que es un idilio irregular cuyos personajes parecían vivir y defender con salvaje cuidado su soledad, perdidos entre los matorrales misteriosos de los campos de Jacmel.

Hace algunos años...

La pequeña y apacible población de Petión-Ville tuvo ese día un movimiento emocionado e inaudito. La hija menor de los esposos Jordany había desaparecido.

La residencia de esta familia Jordany era una elegante y cómoda quinta, digna de la fama de ricos de que gozaban los dueños. Situada dentro de altas tapias rematadas en trozos de vidrio, y rodeada de un jardín bien cuidado, árboles umbrosos y pequeños estanques donde se veían cruzar, en unos, juguetones pecesitos multicolores, y en otros, tranquilas jicoteas, era en verdad una mansión que a primera vista anunciaba el lujo exquisito que allí reinaba. Una amplia galería circular tapizada de mosaicos verdeazul daba entrada a los salones principales del hogar. Adentro, todo indicaba la presencia de personas de exquisito buen gusto.

Monsieur Pablo Jordany es un francés radicado en el país desde principios del siglo, casado luego con Margaritte, una apetitosa nativa que le dió dos hijas: Inés y Rosa. Tenía un pequeño comercio de telas y mercería en la capital, cerca del mercado, que aunque exiguamente, le daba para vivir más o menos bien al principio. Luego fué progresando. Durante uno de esos conflictos bélicos europeos que distorsionan generalmente las relaciones comerciales del mundo, su negocio prosperó de manera prodigiosa. Se habló de que tenía ciertos manejos y combinaciones secretas con alemanes establecidos en Haití. Fué un chorro de insultos anónimos y cuchicheos a su recedor. La intriga quiso cebarse en él. Para esa época Haití también había declarado la guerra a Alemania y enviado una pequeña aportación de soldados a pelear junto a los aliados.

Cuando los beligerantes depusieron las armas, ya Pablo tenía entre sus manos un sólido y fuerte capital. Entonces pudo reírse abiertamente de todos. Con su plata compró conciencias, simpatías, honores con respeto, descubrirse la cabeza y poner cara alegre y halagadora en su presencia. Su casa fue concurrida por lo mejor de la capital. Sus hijas terminaron sus estudios en un colegio de Francia, y cuando algún tiempo después el nuevo rico y su mujer fueron a sacarlas del establecimiento docente, aprovecháronse de la ocasión para viajar y conocer detenidamente algunos países de la Europa occidental. A su regreso, las amistades, los periódicos y la juventud chic festejaron a la feliz y potentada familia. Soirés, pic-nics, five o' cloks, se sucedían unos tras otros, en algazara encantadora.

Pasaron algunos meses. Un apuesto muchacho asíduo de la casa, hizo pronto un compromiso de matrimonio con la hija más pequeña de la casa, con Rosa, que había crecido y arribado a la adolescencia con una magnífica belleza plena de coquetería, de donaire, de atrayente amabilidad parisiense. Las nupcias iban a celebrarse dentro de pocas semanas. Los preparativos se aceleraban.

En un cuartucho del patio vivía un antiguo sirviente de la casa, que por entonces hacía las labores de jardinero.

Sabíase de él que mantenía encendido un pábilo en una cáscara de coco, frente a unos conocidos atributos del voudú. y se le vió emprender periódicos viajes monte adentro, en los que tardaba cuatro y cinco días, sin tomarse el trabajo de pedir permiso al patrón, con quien, por lo demás, se sentía autorizado a esa libertad. Días hubo en los cuales se mantuvo tan cerrado, tan terco, en su conducta, que no le contestaba a nadie, ni atendía a lo que se le mandara, llegando a agotar la paciencia de la persona menos dada a la ira. Algunas de sus tonterías enfadaron tanto a la hermosa Rosette, que ésta no pudo contenerse, y en un ancestral rapto de enojo, trató groseramente al negro. Este a su vez se defendió. Pero la chica, olvidándose de todo, díjole aún los más crueles improperios, aprendidos en la jerga nativa cuando era pequeñita.

—**Ah, ouí? Attand!** Ya me las pagará!— rugió, conteniéndose, el jardinero, y se fué al fondo del patio, aparentemente sereno y tranquilo.

Pasaron varios días y todo continuaba como si nada hubiese ocurrido. De tarde en tarde caían suaves lluvias. El ambiente abrileño se perfumaba de rosas y jazmines tropicales.

Una mañana, fresca y clara, alguien vino con un hermoso ramo de flores naturales para madamoiselle Rosette, de parte, —dijeron— de su amiga Louise. La obsequiada lo recibió alegre, lo olió con golosa ingenuidad y lo colocó luego en el florero de la mesa central.

Transcurrió aquel día sin que nada extraño sucediera en la casa. En la noche el novio la visitó y se divirtieron como de costumbre. Al siguiente, la muchacha había desaparecido... Y, cosa rara, extraordinariamente rara, también el criado aquel se había esfumado, llevándose sus escasas pertenencias.

Alarma en el hogar. Alarma en el vecindario. Alarma en toda la villa. Buscóse al prometido y éste manifestó no haber notado nada nuevo en su novia la noche anterior. La policía y muchos voluntarios tomaron parte activa en la búsqueda. En la capital, en provincias, en los campos. en lo alto de los montes, en todas partes. Todo fué inútil.

Pareció como si la tierra se los hubiese tragado. El dolor y la vergüenza sumieron en mortal silencio y congoja el hogar en desgracia.

Los meses pasaban dejando sobre el suceso una leve pátina de olvido.

Cierto día, sin embargo, un amigo íntimo de la casa llamó en confidencia al afligido padre y le dijo:

—He visto a su hija. He hablado con ella por casualidad. Le he hablado, por mejor decir. En mi último viaje de negocios por el sur, cuando atravesábamos por lo espeso del monte, algunos kilómetros antes de llegar a Jacmel, la máquina hizo panne. Era casi de noche. Necesitábamos agua y no sabíamos dónde obtenerla. Yo me guié por un camino casi cubierto por la yerba y fuí a dar a una choza de tierra y mijo que se esconde en la hondonada. Al verme, los dueños hicieron un brusco gesto de sorpresa. Bien se comprende que pocas veces tropiezan con gentes de la ciudad. Por allí no va nadie. Reconocí perfectamente a Rosa: le hace compañía el negro que se huyó de aquí. Ella no dió señales de acordarse de mí. Está como idiotizada y en estado lamentable. Es un **demi-zombi**... Cuando usted quiera podemos ir donde se encuentran...

Con la mayor reserva, pero con diligencia suma, pues, se organizó la partida.

Una mañana Pablo se internó en la jungla, y se personó en el bohío, guiado e indicado por su amigo, acompañado por un muchacho de su confianza, dispuesto a sacar a su hija de entre aquellos bejucales, costase lo que costase.

Como principal interesado que él era, había tomado y recomendado además a los otros, todas las precauciones tradicionales aconsejadas por los oráculos secretos del **owangaterismo** afrohaitiano. Parte de la consigna era un silencio absoluto entre el grupo pesquisante, hasta el ex-

tremo de no hablarse entre unos y otros, desde el momento de la salida, y llevar en la mano izquierda una pata de gallina negra, sacrificada el último viernes al filo de la una de la noche, a la luz de la luna, en ceremonia ritual. Rezar la oración de los Siete Salmos al Santísimo Sacramento, tres veces y al revés, pronunciada en el patois del sur.

Si ojos tienen, que no me vean,
Si manos tienen, para hacerme
daño con hechicerías, tu gran
poder se los devuelva.
Si pies tienen, que no me alcancen.
Cristo Paz! Cristo Dómine!
Cristo Paz! Cristo Dómine!

Después, sigilosamente, se acercaron arrastrándose por entre matas y piedras. Era apenas pasado el mediodía.

La muchacha casi no advirtió a los recién llegados. Vagamente recordaba esas caras. El dueño brujo, el antiguo criado y jardinero, que cayó en la cuenta, desde un principio, de lo que se trataba, dispúsose a defender su presa, que permanecía sentada en una piedra, pegada a un seto, con semblante inexpresivo. Aquella defensa suya fué con tan poca habilidad y tan mala suerte, que no pudo evitar que los otros se apoderaran de la hechizada. Forcejeó no obstante, por recuperarla. Ella se debatía en favor de su marido. El negro hechicero, rabioso, acorralado, ya en el último extremo de la desesperación, blandió un machete sobre la cabeza de su viejo amo. Rápido, éste disparó con el **parabellum** que brillaba en su mano. Y el cimarrón feroz se abatió en tierra, maldiciendo y espumajeando por la boca. Su pecho, perforado, era un torrente de sangre.

Frente a esa historia, en la que el elemento "magia," "hechicería," "poder dominante" a través de maniobras secretas, parecía concatenarse con difícil explicación para los que como yo éramos legos —que sin duda sigo siéndolo— en cuestiones de tipo "misterioso," nos cansamos de preguntar, de indagar, cuál pudo ser la clave de aquella fuga. desaparición del hogar paterno o simple rapto; o bien, en

otro orden de ideas, qué clase de relación pudo tener la amenaza proferida por el jardinero, con el ramillete de flores "olorosas" aparentemente enviadas por la amiga Luisa.

Uno se pregunta: es que hay en la selva haitiana a disposición de algún herbolario curioso, malicioso o malintencionado, algún árbol, alguna planta, algún bejuco, capaz de producir, tratado o manejado o beneficiado de alguna especial manera, un estado también especial de ánimo que convierta a uno en víctima incapaz de defenderse de quien pueda servirse de tales medios, sea por venganza o por cualquiera otra razón.?

Sobre eso pensé entonces y aún mucho tiempo después, con la esperanza de encontrar la explicación natural al hecho: la suerte no me ha favorecido en este sentido. Sinceramente quisiera encontrar los medios de poder convencerme de que en ningún sentido debe dársele cabida a la terrible idea de "misterio" con el significado con que el adepto al vuduísmo suele darle.

3

ZOMBI

Ernesto Malval, mestizo acomodado, generalmente mencionado como un honorable, vivía en la capital. Su chocolatería estaba bien organizada como industria y le producía buenas ganancias.

Casado con una dominicana del Cibao, bien parecida y de cierta evolución mental, había levantado su familia en un ambiente de distinción y perfecto equilibrio, rodeado de las comodidades que puede proporcionar un presupuesto bien administrado.

Una de las hijas de Malval era ahijada de Celsis Meyer, activo y apuesto funcionario civil afincado en Petion-Ville; posición ésta que ocupaba pese al cambio sucesivo de tres gobiernos, que no quisieron o no se atrevieron a ponerle la mano.

Meyer llegó a querer de tal manera a su ahijada, que siempre que iba a casa de sus compadres, a quienes demostraba un afectuoso apego, el principal y más exquisito regalo era para ella. Por su parte, la muchacha tenía también gran cariño a su padrino, y de ello dábale testimonio a menudo con manifestaciones de agradecimiento llenas de la más grande espontaneidad. La inteligencia, la gracia y la vivacidad de la chica, unidas a una notable belleza física, suscitaban cordial satisfacción en el afortunado Celsis. Este, soltero empedernido, estaba rodeado de una aura de popularidad y de vida formal, que jamás dió motivo a murmuraciones en los círculos y clubes a los cuales acostumbraba concurrir.

Dábase el caso de que, cada vez que el señor Meyer necesitaba hacer algo importante en relación con su cargo, en cuanto a escribir algún documento o discurso, alguna carta, o resolver algún asunto de suma importancia para él, se veía en grandes apuros, de los cuales había de sacarlo la ayuda interesada de algún amigo, o su secretario, en el que no confiaba del todo.

Pero, iniciado en ciertas prácticas que ocultaba celosamente, comprendía que le era indispensable **obtener** inteligencia, ya que cultivar paulatinamente, poco a poco la suya, implicaba pérdida de tiempo. Y no había tiempo que perder, luego que lo había decidido. Para obtenerla, se las arreglaría de algún modo. Por qué no? El era un hombre de mucho prestigio en todos aquellos lugares. Y además, tenía grandes ambiciones que en un futuro próximo pondría en movimiento. Pero el talento, la habilidad especial y precisa para ciertas cosas, era lo que le faltaba. Caía en cuenta de eso, y no quería que nadie le pusiera un pie delante...

Había caído Celsis en la cuenta, no se sabe cómo, de que Marceline resultaba un buen **cheval de luá**, una excelente materia como médium, a cuyo cuerpo bajarían a posesionarse y a través de sus labios hacer sus manifestaciones, los espíritus amigos suyos y protectores, que ahora le servían por conducto de un tosco practicante de los misterios, en un barrio bajo de la capital, sujeto en quien, por otra parte, no siempre podía depositar toda su confianza. Necesitaba, también, mantener contacto más frecuente con una divinidad del antiguo panteón **voudú** que le ofrecía sus inspiraciones y consejos, siguiendo los cuales salíanle siempre bien sus asuntos.

Nada más cómodo y seguro para él, que tener en su propia casa, y a la hora que lo necesitara, el vehículo preciso, el puente indispensable, para recibir la palabra sagrada del más allá. Aquella muchacha, factor útil, cerebro trabajado, inteligente y joven, imaginación despierta, sería el mensajero ideal para interpretar, en los momentos de trance, cuantas cosas el espíritu bueno quisiera responder

a sus preguntas y consultas. Era ella la que iba a resolver su problema con sólo prestar la ayuda de su cuerpo, aunque para ello tuviera que transformarla en un zombi que viviría bajo su propio techo, en las alturas de Petion-Ville, violando las leyes intocables de la vida normal. Esto último, con todo lo criminal que pudiera estimarse, era algo que ya él había aprendido a no atribuir importancia cuando de su particular bienestar se trataba.

Así pensaba. Por eso, se propuso lograr sin más demora lo que necesitaba. Fuése, pues, a L'Arcahie, una vieja y olvidada aldea extendida frente al mar y a la vista de la Gonave, donde, según reza la leyenda, venden la brujería hasta en la plaza. Allí entrevistóse con un viejo brujo de barba revuelta, trágica, nido intrincado de avispas, conocido como uno de los más poderosos hechiceros de la región. Explicóle punto por punto su caso, y resolvió disponer de su ahijada.

La operación fué concluída sin regateo, y concedido lo que quería, mediante paga convenida y ofrendas a las divinidades ante las cuales iba a impetrarse el favor. Con toda minucia recibió las instrucciones de cómo tendría que obrar, allá en el fondo de su casa, y un frasquito lleno de un zumo verdoso, de indescifrable olor, que había de verter sobre el próximo regalo que hiciera a la hermosa ahijada.

Partió de regreso. Era portador de algo que le habían asegurado poseer la virtud de trastrocar, por arte de magia, el pensamiento libre y la voluntad independiente de quien tuviera ocasión de ingerirlo. No es que perdiera propiamente la vida, visto el asunto con el espíritu de clase que animaba a quien había de suministrarlo. Era un aflojamiento total de la volición, a la par que un letargo cercano a la muerte misma, puesto que la disminución en las evidencias de vitalidad quedaban totalmente marcadas, que confundían de modo irremisible a quien no tomara determinadas precauciones frente al cuerpo inerte, puro cadáver, de quien llegara a ser víctima de la maniobra. Y esas

precauciones, con frecuencia se omitían, principalmente por aquellas personas cuya ingenuidad o espíritu sano las alejaba de complicaciones eventualmente hechiceras o que vinieran a resultar como cuestiones afines a la tan socorrida magia negra o magia blanca, cuya práctica en el ambiente no era cosa rara.

No se ocultaba a Meyer lo delicada de la misión que tenía entre manos, y de modo excepcional, cuando tuviera que obrar en la segunda parte de su trabajo, cuando a resultas de lo que se proponía realizar, y cuando ya el "cadáver" de Marceline fuera llevado y enterrado con toda naturalidad en el cementerio de la ciudad, con los familiares en congoja, y él mismo abrazando a sus compadres en disimulado gesto de tristeza...

Luego, en la noche, al filo de la hora precisa de los aquelarres, cuando en la montaña ronronean ciertos tambores, se practican en la penumbra determinados ritos frente a los altares de dioses cuya potencia va a ponerse a prueba, el oficiante dirá a Celsis Meyer sus palabras de sortilegio y lo hará acompañar por el mocetón fornido y por la joven sacerdotisa que invocará, frente a la tumba recién abierta, los derechos del protegido, impetrando el permiso del **Barón Samedi**, que autorizará la exhumación.

Pero ahora sólo estaba en trance de iniciar el paso decisivo. Cómo había de ser? Nada más fácil para Celsis, tan bien acogido en la casa de Ernesto Malval. No sería esa la primera vez que llevara un regalo a la joven que un día bautizó en la iglesia, iniciándola de ese modo en la religión católica-apostólica y romana. No sería extraño para nadie en la casa verlo llegar con el bulto de apariencia inofensiva, que le entregaría en sus propias manos, tras el abrazo cordial y el beso en la mejilla.

Después... Justamente a las pocas horas de tener en su poder la joven Marceline aquel perfumado regalito, insignificante para cualquiera otra persona, pero saturado adecuadamente con la poción letal, aquélla se sintió mal,

enfermó, agravándose en cuestión de un par de días, sin que apenas pudiera ser atendida eficazmente por la ciencia médica. La violencia del quebranto no dió tiempo. Y Marceline, la hija de Malval, ahijada de Celsis, falleció sin más, ni más remedio. El certificado médico indicó que la muerte se había producido a causa de una embolia pulmonar, impropiamente tratada y tardíamente reconocida.

Lo cierto y evidente fué que en lo adelante, casi inmediatamente, el señor Meyer demostró una súbita inteligencia, una perspicacia sobrenatural, una especie de despertar de potencias dormidas. En todo, el maldito hombre triunfaba. Siempre estaba a la vanguardia. Su prosperidad era notable, verdaderamente excepcional, sin que sus amigos ni enemigos pudieran explicarse el cómo ni el por qué de aquella rápida metamorfosis. Sólo sospechaban y repetían que Celsis Meyer era un **gros diable, terrible et fiére**. Sus victorias en el campo de las actividades en que intervenía parece que lo alentaban más, envolviéndolo en el vórtice sugestionador de los acontecimientos que se precipitaban. Y ya constituía Meyer, hasta cierto punto, un peligro para las aspiraciones y combinaciones de los otros políticos, que siempre se consideraron superiores a él, por las ganancias que con frecuencia solían obtener de sus viejas marrullerías y de sus habilidades maliciosas en el criollo escenario de las triquiñuelas y las zancadillas.

Pero llegó el momento siniestro, no esperado por Celsis. El presidente de la República, Guillermo Sam, lo encarceló juntamente con un centenar más de lo más granado de la capital, por considerarlo complicado en una conspiración revolucionaria descubierta en Puerto Príncipe, y sin perder tiempo los hizo fusilar a todos, con unas instrucciones ambiguas dadas a Charles Oscar, comandante de la prisión, mientras el palacio presidencial era atacado una madrugada por un grupo mal armado de hombres, encabezados por Charles Dalvar, alcalde luego de la ciudad.

Varios años después, el viejo brujo aquel de L'Arcahuie moría; pero antes, en un gesto de arrepentimiento tardío, hizo llamar al cura del lugar, y le contó sus pecados, sus relaciones con los dioses ancestrales, sus actos de hechicería, sus nigromancias, sus crímenes ——desde luego que él no los consideraba crímenes— pidiendo humildemente perdón por ellos.

El pastor de almas, benévolo, misericordioso, dióle la santa absolución, y se retiró satisfecho de haber obrado como Dios lo manda. Pero pasaron algunos días y el viejo continuaba en agonía desesperada. El levita lo supo y decidió volver a verlo. Con voz dulce, untuosa, mascullando como pudo la jerga complicada aprendida al correr de los años en los montes y caminos, le indicó que se resignara a morir en la santa paz del Señor, que era todo clemencia y amor por la humanidad.

—O es, hermano— —le dijo— que tienes algún otro pecado y temes confesarlo? Dímelo y morirás en calma..

—**Oui Pére**... Me he reservado uno, uno tan solo. No se. No quisiera decirlo, **Pére**,... Perdóneme, perdóneme..

—Habla, ya te oigo... Sé franco. Nada perderás. Mira que estás sufriendo. Conquistarás el reino bueno y eterno de allá arriba. Habla, dime. Sé franco.

Y le mostraba entre sus manos, el cuerpo desnudo de un crucifijo de metal blanco, suspenso de un rosario enorme que le pendía del cuello.

—**Oui Pére**... **M'pral'di u**... En 19.... murió en la capital Marceline, hija de Ernesto Malval. Ella, pére, no está muerta. Está en mi poder. Yo la hice venir a mi cuando mataron a Meyer en la prisión, que la tenía bajo su dominio, como **cheval** para recibir a los misterios... Quizás usted no sabe lo que son estas cosas... En la noche de su entierro, la sacamos del cementerio con permiso

del Baron Samedi, y la llevamos a casa de Celsis... Ahí está la llave de la cámara donde está encerrada. Entregue la muchacha a sus padres, si le place. Si quieren volverle la conciencia, le practican una herida en la planta del pie izquierdo, llevándola al mar el próximo viernes y la tienen bajo el agua algunos momentos. Luego le dan por muchos días comida cargada de salazón...

Apresuróse el cura, con atontados pasos, en ir a abrir la habitación indicada, que era al mismo tiempo, por lo que a la vista se advertía, la cueva oculta de trabajo del hechicero. Allí había en fúnebre abandono, tirados por el suelo y los rincones, huesos humanos, tibias y fémures amarillentos, dos cajones medio rotos, un trozo macizo de madera cilíndrica, cuyo uso no quiso detenerse a congeturar. De un ángulo del techo pendían, encogidos y algo ocultos, algunos murciélagos. Desde un aro de bejuco una lechuza miraba con su cara redonda y ojos de espanto. Un cuervo de incierto color y de plumas desgarradas graznó asustado al ver la silueta extraña del desconocido visitante.

Un vaho infesto, de humedad pegajosa, abofeteó al cura en la cara con violencia repelente. Al avanzar decidido, encontróse con la joven, deplorablemente envejecida, floja, sucia, con los cabellos largos, despeinados, cayéndole en desorden sobre los hombros, el rostro embobecido y pálido, los ojos sin vida, extáticos, con una triste expresión de mudez invencible. Llevóla casi a rastras junto a la desvencijada tarima del moribundo, y éste, asiéndola fuertemente por una de las manos, sintiendo quizás el dolor de tener que abandonar su presa, expiró sin decir palabra.

Presuroso, confuso y alarmado, el sacerdote corrió a la capital a presentarse ante el arzobispo a enterarle del hecho. Llamóse a los padres de la hechizada y con ellos fueron en su busca, sacándola de la casa curial a donde se la dejó. Mientras tanto, hízose cuanto había sido indicado para la revitalización rápida de la joven. Todos regresa-

ron al hogar llenos a un mismo tiempo de espanto y de cierta alegría triste que no alcanzaba a manifestarse, ante el horror de lo que estaban presenciando.

Llevada Marceline al colegio Santa Rosa de Lima, radicado en las afueras de la capital, fué de inmediato reconocida por sus antiguas maestras. Pocos días después se resolvió enviarla a Francia, de acuerdo con el jefe local de la Iglesia, para ser internada en el seminario de Lourdes.

Antes de partir se les permitió a algunas amigas —pese al propósito de observar la mayor reserva posible— ir a despedirla al muelle.

Cuentan los que la han visto en aquel lejano retiro francés, que ya ha cobrado totalmente su primitivo carácter dulce y jovial, pero que en sus espléndidos ojos se advierte una gran tristeza, que indudablemente le viene del recuerdo trágico de los años negros de cautiverio pasados bajo el diabólico embrujamiento de aquellos entes fatales y perversos que tuvieron la misteriosa crueldad de transponerla de la manera inhumana que lo hicieron.

4

EL ESPOSO DE ERSILIE, LA BUENA

Es un fervoroso de las prácticas secretas, aunque tiene buen cuidado de no comenzar una conversación sobre esos temas. En uno de los carrillos lleva la marca de fuego que le fué impuesta con el dedal sagrado en la ceremonia de iniciación. Es un círculo de media pulgada de diámetro, que él oculta con afeites cuando está entre cierta gente. El tatuaje lo llevará por siempre. Es una identificación que tiene la virtud de abrirle las puertas de muchos houmforts de la montaña y ser recibido con toda confianza por cualquiera de las comunidades donde tenga cabida el **luá**.

Tancréde Oreste es el solterón elegante y rico, que visita los casinos y lugares donde se reune la gente de buen tono. Es un tipo educado en excelentes colegios extranjeros, en donde su familia lo hizo pasar algunos años. Representa un buen partido para las muchachas casaderas. Pero él, seguro de lo que puede hacer, logra el amor y los favores de cuantas se ponen a su alcance, sin comprometer mucho su palabra, ni su personal independencia.

Dos años antes era un fracasado a quien nada le salía bien. La corta herencia en dinero contante que le dejó su padre al morir, se evaporó sin que pudiera orientar ninguna actividad productiva.

En sus frecuentes horas de soledad y congoja había descubierto que sus abuelos y aún sus más lejanos ascendientes fueron amigos de los misterios en que **Papá Legbá** y los demás dioses del panteón **voudú** tienen sus particulares atribuciones. A él nunca le dijeron nada de aquello. Como a su hermano mayor, se le quiso tener fuera de aquellas influencias, confiando en que las divinidades no se darían por ofendidas, ya que tenían, en cambio, abundancia de ofrendas. Pese a aquel ocultamiento, él veía a su padre salir de vez en cuando al campo, llevando grandes bultos de provisiones de toda especie, obtenidas en los colmados mejor surtidos de la capital. Aunque tenía cierta sospecha respecto del sitio donde llevaba todo aquello, el respeto que le inspiraba su progenitor no le dejó preguntarle jamás sobre el asunto.

Pero entonces, dos años antes de ahora, estaba solo en la vida. En poco tiempo murieron los suyos. Primero fué su madre. Luego su hermano, que tenía veinticinco años. Mas tarde, su padre, que de una simple dolencia en la garganta, se puso en condición que no podía ingerir nada. Un día lo encontraron rígido en la cama.

En conversación con un grupo de amigos en un rincón del **Bataclán Bar**, se habló del caso de la familia Morpeau, tan numerosa como conocida. Aparentemente sana, tranquila y formal, sufría con demasiada frecuencia tanto los reveses de salud como de fortuna, en los más diversos modos y de la manera más escandalosa y vergonzante para los miembros de la misma, en la que se habían destacado algunos por su hombría, su cultura social y su amor por el progreso del país. Así las cosas, súbitamente uno se ponía loco y cometía los actos más lamentables. Otro se emborrachaba y era una calamidad. Otro se suicidaba sin motivo aparente. Una hija bonita caía en grave pecado. La miseria tocaba a su puerta y ahogaba aquella gente con las más crueles necesidades. La persecución política se cebaba en ellos con terrible persistencia. Era un cúmulo insufrible de desgracias. Se dijo que un representativo de la casa recibió repetidos mensajes de un **luá** en los cuales lo advertía de que todo cuanto estaba sufriendo era a causa de haber olvidado una deuda sagrada que tiene todo descendiente de un **hougan**, por más lejano que esté de éste, de consagrar un miembro de la familia por

lo menos, al servicio del baillí, dedicándole la atención que las divinidades merecen, con lo que no sólo se honra a los dioses del olimpo voudú, sino también se pone a toda la familia en condición de poder recibir los beneficios que ellos suelen dispensar. Morpeau, que se negaba a creer en tales cosas, y avezado a un ambiente en el que no quería ser tenido por sospechoso de amistad con gentes que consideraba indignas, hizo saber que él y todos los suyos se sentían católicos sinceros y que no tenían la intención de inmiscuirse en asuntos de religiones africanas, que detestaban abierta y profundamente. Aquellos avisos no le hicieron variar de opinión ni de propósito. Fué entonces cuando arreciaron las desgracias que todavía estaban soportando con forzada resignación. Eso, en cuanto a la expresada familia Morpeau.

Tancréde Oreste, más permeable a las creencias populares, de las que solía oír hablar en todas partes, comenzó a pensar en su caso, dada la circunstancia de que él luchaba sin fruto desde que su padre murió. La base de instrucción y educación que tenía no le sirvió de gran cosa hasta entonces. Se interesó seriamente. Dió con un bocor que lo recibió como novicio. Su deseo y su necesidad de mejoramiento en los negocios a que dedicaba sus días lo hicieron visitarlo frecuentemente con regalos para las divinidades. Una mañana, cuando pasaba frente al mercado de verjas de hierro de la ciudad, se le adelantó una mujer que vendía litografías de santos. Le ofreció, poniéndosela casi en la cara, una Mater Dolorosa. Sin preguntar precio y sin saber lo que hacía, le soltó en la mano a la buhonera tres gourdes y enrolló su cartulina. Esa tarde tenía que ir donde el hombre, que le preparaba un amuleto de suerte. Le llevó la santa para regalársela, confiado en que la recibiría con agrado.

—Bien, muchacho, bien. Es Ersilie, la buena. Quieres consagrarte a ella? Pero he de consultarlo primero. Haré que Legbá pida para tí ese favor, o el que mejor te convenga. Ven pasado mañana en la noche.

xxx xxx xxx

Cuando el **hougan** se encerró en la cámara secreta, investido con los atributos del rito, sólo un gran cirio alumbraba medianamente. Delante del altar, en la tierra, había un pequeño pozo de agua limpia. A la orilla, el sacerdote evocaría el gran dios acuático, Agoué, dueño y señor de ríos, de mares y lagos. En tanto, el aspirante iba a permanecer allí mismo, acostado, en un catre colocado para el acto en un rincón, teniendo junto a su cabeza la vela encendida. Vestía el traje blanco de tela nueva que le había sido recomendado por el **bocor**. El cuello de la camisa desabrochado y la postura cómoda, le facilitaban recibir en su propio cuerpo el **luá**, dado que quisiera servirse de él en aquella oportunidad.

Llegada la hora propicia, el maestro requirió con voz tonante la presencia de Legbá, portador de todas las llaves, vigilante de todos los caminos e intermediario generoso. Tuvo que hacer una segunda llamada con igual imperio.

—Donde quiera que estés, Gran Legbá, te necesito aquí por la virtud de tus poderes! Atiende a mi llamada —dijo—.

Luego, una voz profunda, cavernosa, pareció surgir del agua del pozo misterioso. Una plática se entabló entre el espíritu del dios evocado y el oficiante. Bastante claro pudo escucharse cuando pidió el brujo la intervención del Llavero Mayor para suplicar a Agoué una entrevista en favor de Tancréde Oreste, adorador suyo que necesitaba protección.

Después de un rato, la presencia del otro dios fué anunciada por un raro y ruidoso burbujear del agua que había en el hoyo. Fué una voz diferente de aquella otra oída momentos antes, voz que pudo ser apreciada entonces por el angustiado creyente. Confesaba luego que no comprendió gran cosa de lo hablado allí. El coloquio no era sostenido en lenguaje corriente. Verdad que percibió cuando mencionaron su nombre entre frases y palabras que sólo se conservaban en el antiguo dialecto que trajeron los esclavos de la Guinea.

Más de una hora duró aquello. A él le pareció una eternidad. Tenía un leve temor de que el **bocor** no lograra lo que estaba pidiendo al dios impetrado.

Pese a ello, el rumor apacible de aquella plática ininteligible para él, le hacía mantener su fe en la benevolencia divina, y esperar con ansiedad el término de la entrevista, cuyo resultado le comunicaría sin demora el viejo hechicero.

Cuando vió al sortílego entrar la mano en el agua consagrada, y ejecutar en el aire unos movimientos cabalísticos, para encaminarse hacia donde él estaba, tuvo el presentimiento de que algo bueno se le acercaba.

Supo entonces que un matrimonio había sido concertado entre él y Ersilie, la buena, viuda a la sazón. Su fidelidad sería la clave del buen éxito. Debía dedicarle dos noches a la semana: martes y jueves. Esos días la recibiría limpio de cuerpo y de alma. Esto es, pensando en ella profundamente. Perfumado, acicalado como quien recibe por primera vez a una novia. Sábanas impolutas sobre las que ningún cuerpo de mujer hubiera reposado. Tendría los sueños más felices. Todo marcharía a las mil maravillas. Los días consagrados a ella debería encender, desde por la mañanita, una lámpara delante de la imagen, encuadrada en marco de fina madera y colocada en la consola. El pábilo, en medio de un plato blanco y hondo, en el cual se verterían porciones iguales de aceite de oliva, miel de abejas, agua de azúcar y unas gotas de esencia de rosas.

El día de la solemne ceremonia matrimonial de Tancréde con Ersilie, la buena, ante el altar preparado con cuidadoso esmero, entre perfumes de incienso y hojas secas de mejorana, le fué colocado en el dedo de la mano izquierda un anillo comprado en la mejor joyería de la capital. Expuesto desde varias noches antes al relente, y bendecido con sangre de palomo joven y el polen de flores silvestres, aquella sortija serviría para recordarle por siempre el compromiso que contraía con la Virgen María, La Dolorosa, investida esta vez con los poderes oriundos de los viejos misterios de la magia africana.

El sortílego le dijo las concesiones de que podía hacer uso: tener cuantas amantes y novias quisiera. Pero no podía contraer otro matrimonio por ninguna circunstancia, ni echar en olvido los días indicados para Ersilie, la buena.

Cuando Oreste volvió a su casa, con la novia de papel bajo el brazo, llevaba la más completa convicción de que el rumbo misterioso de su vida había de variar definitivamente. Para él tenían que cesar aquellos milagros de equilibrio, en los que no siempre salía bien parada su reputación.

Bien pronto tendría motivo para sentirse agradecido de la benevolencia de los **misterios**, que no le pidieron más que un sacrificio personal. Tuvo oportunidad de saber cómo a algunos favorecidos por las divinidades éstas les exigieron la ofrenda de un **cabrit san cor**, que no pocas veces vino a ser un familiar de los más queridos, —hijo, madre, esposa o hermano— familiar que, vencido el plazo para pagar, se consumía poco a poco, perdido el apetito, en invencible congoja, enfermo de cualquier cosa, sin que apenas cayera en la cuenta del verdadero motivo de aquello. Iba a parar irremediablemente a la sepultura. Verdad es que Tancréde no habría podido aportar ningún miembro cercano de su familia, ya que todos habían muerto. Los que en segundo o tercer grado le quedaban, él no los tenía como tales. Cierto también que hubieran podido requerirle la entrega de un niño, para cuya obtención quién sabe hasta dónde tuviera que arriesgarse.

Ponderando todo eso y cuanto con ello se relacionaba, sentía sobre sí la gracia con que fué acogido por el dios protector y la buena estrella que guiaba el destino de su vida.

Un año bastó para que Tancréde Oreste se viera disfrutando de una posición económica ventajosa, a simple vista apreciable. En homenaje a su **esposa** daba una o dos recepciones o banquetes cada seis meses, en su lujosa casa de Turgeau. Un grupo escogido de amigos íntimos lo acompaña-

ba, así como el sacerdote milagroso a quien debían su matrimonio. Comían y bebían ante una larga mesa donde se reservaba siempre un puesto para el convidado invisible. A la hora de los brindis, éstos se hacían como si la señora de la casa estuviera presente y ocupara efectivamente el sitio de honor.

Le constaba al elegante y triunfador Tancréde la venganza de que podía ser objeto por una traición suya a la dame. El agradecía sinceramente los favores de que estaba disfrutando gracias al pacto secreto concertado ante el altar voudú presidido por Legbá y Mawn, y oficiado por el bocor de la montaña en un templo de los alrededores de Grand-Goave.

Apreciando el valor de la lealtad al compromiso contraído y lo que para él solía significar, observaba cuidadosamente, con fervoroso entusiasmo, las condiciones que le habían sido impuestas en el día memorable de su enlace con Ercilie, la buena. Al amparo de aquel secreto, él podía vivir y gozar su vida, con todo el provecho que es posible obtener de una posición económicamente desahogada y la protección indudable de una divinidad a quien reverenciaba.

Por nada en el mundo se expondría a sufrir las consecuencias terribles padecidas por el anterior marido de Ersilie —algunos años antes— por su temeridad irrespetuosa en violar las indicaciones con que lo habían advertido con clara elocuencia. La noche misma en que contrajo matrimonio —una real bigamia— con una muchacha de Bois-Verna, ésta enloqueció repentinamente al entrar a su casa, locura que se le presentó con las más violentas y peregrinas manifestaciones. El esposo traidor, presa de invencible hipocondría, comenzó por sufrir unos ataques de epilepsia que en menos de un mes lo aniquilaron y lo llevaron a la tumba sin que los médicos de la capital fueran suficientes a detener el malestar. El viejo brujo, enterado del suceso, se declaró incompetente desde el comienzo, y dijo que había sido la hermana de Ersilie la buena, quien tuvo a su cargo la ejecución de la mortal venganza. Fué la otra Ersilie, la Ersilie boutpied, la Virgen Mocha, celosa del honor de su gemela, espíritu vengativo, al que se atribuye la virtud de poder cobrar

las traiciones que a aquella hagan sus maridos.

Quizás por eso, Tancréde Oreste, solterón empedernido para la sociedad, es el misterioso caballero que cuando llega a su casa, después del paseo en automóvil charolado por la ciudad, va a rendir el tributo de su visita a la esposa que aguarda confiada en su marco de madera, en la cámara nupcial, junto al lecho de sábana inmaculada.

5

LA CABRA INFERNAL SURGE EN LO ALTO DEL MONTE.

Ya se ha dicho cómo es frecuente involucrar los nombres de personas que por su reconocida cultura, su posición social, comercial o en la industria, parecen estar a gran distancia de las creencias o entusiasmos populares relacionados con la hechicería o la magia negra.

En la **Grand'Rue**, una de las calles donde se halla radicada la mayor parte del comercio capitaleño, está instalada una farmacia muy conocida: la antigua farmacia del Dr. Casseus, fallecido hace algún tiempo. Conviene ir diciendo, para lo que fuere de lugar, que el dueño actual, según información oficiosa, no tiene nada que ver con la historia de esta cabra infernal.

Una vez aquel negocio estuvo en decadencia, pese a la actividad desplegada y el capital invertido por su joven propietario. Veía Casseus cómo otra botica cercana estaba floreciente y cómo su dueño aumentaba sus entradas y mantenía un movimiento que él no podía lograr, con todo el

surtido de medicinas francesas, americanas y alemanas que allí tenía. En realidad la otra no estaba mejor montada que la suya. No se anunciaba más. Ni tenía mejores dependientes. Ni los clientes podían ser mejor atendidos. Allí no veía nada que pudiera interesar más la atención del público que en la suya. Sin embargo, sus ventas se acortaban cada día de manera creciente. Bueno, cualquiera cree en ciertas cosas...

Casseus era amigo del otro boticario y de vez en cuando ambos charlaban cordialmente. Un día cayeron en el tema del negocio y sobrevino la consiguiente pregunta:
—¿Cuál es el secreto?

—Mira: yo soy amigo tuyo. Tú estás fatalizado. Consúltate con el **luá**. A mí me **preparó**, y ya tu ves mi negocio. Ven conmigo.

Lo llevó a la parte de atrás del establecimiento y lo introdujo en un cuarto privado que tenía cerrado con llave. Allí, sobre un altarito había encendida una mecha que flotaba en aceite y otros ingredientes, cuya naturaleza le explicó, todo dentro de una cubeta limpia, de esmalte. Alumbraba el busto negro de un dios cuya figura no había visto antes, modelada en barro cocido. Junto a este, y en otro recipiente, había una piedra imán con abundante "comida", y un vaso de agua.

—Oyeme, le dijo, si tú te sientes un hombre de alma buena y quieres triunfar, vete a casa de Jean Ferrou, allá en el Monte Chivo. Dile que yo te mando. Pídele que llame para tí el **misterio**; que te aconseje y te ayude. Pero ten presente que te van a pedir el sacrificio de algo muy querido para tí. Mas no importa. Ya tú verás si te conviene...

El Dr. Casseus, aunque no se sorprendió de la confesión de su amigo, le era duro transigir con esas cosas, de cuya eficacia dudó siempre. Pensó que se trataba de una sugestión bien explicable para un individuo como él, conocedor de los libros serios y de ciencia moderna, que le explicaban los fenómenos psicológicos y los problemas metafísicos con que el hombre tropieza a cada paso.

Queriendo apartar el pensamiento de lo que le dijo su colega, buscaba otros medios que creyó más prácticos y limpios para la marcha normal de su negocio y de su vida. Pero veía no obstante, con pena, que nada lograba ponerlo en camino de mejoramiento. Las deudas y los compromisos insalvables iban asfixiándolo más, de día en día. Sin afinar mucho el oído le llegaba la percepción contínua de las referencias al misterio, a los secretos que bajaban de la montaña y se dejaban sentir por donde quiera. Escuchaba historias que lo ponían perplejo; otras lo horrorizaban. Algunas lo entusiasmaron, presentándole el ejemplo vivo de hombres y mujeres que triunfaban en la vida, en los negocios, en mil actividades distintas; y ello así, gracias a la protección de las divinidades del **voudú**.

Al cabo de varias noches de cavilar sobre el asunto, disgustado con el frasaco franco de que estaba siendo víctima y que a cada hora se agravaba más; luego de interminables vigilias en las que no podía conciliar el sueño, una mañana emprendió viaje y salió en un autobús por el camino que pasa por el Puente Rojo. Llevaba consigo algunos **gourdes** y un amigo que lo conduciría hasta la casa de Jean Ferrou, allá en **Mont Cabrit**.

—**Ac' la permission de tutts mistéres**— comenzó invocando el brujo, encerrado en un cuarto medio oscuro, acompañado del visitante.

Estaban delante de un altar con todos los atributos e instrumentos consagrados para el rito: policromías de santos mutilados; imágenes en yeso, en madera, huesos de heterogénea procedencia, platos con diferentes alimentos crudos, un huevo de pavo, una serpiente gruesa hecha de seda verde rellena de trapo o de paja. Una espada, un largo cuchillo con inscripciones en las hojas relucientes. Frente a todo aquello, ante el sortílego, había una gran palangana llena de agua. Cerca, un cirio blanco encendido.

La sesión duró dos horas, poco más o menos. Algunos

misterios invocados se negaron a ofrecer a Casseus su ayuda, oponiendo motivos triviales. Pero hubo uno que fué más transigente. Su promesa sin embargo, se limitó por lo pronto a pedirle que volviera otro día. Un día determinado. A una hora fija, por la noche.

El nuevo entusiasta, en verdad esperanzado, volvió dos veces más. La última ocasión fué en la cumbre de un monte donde se detuvieron. Oscura estaba la noche. Había indicios de que llovería pronto. Relampagueaba.

Habían subido alumbrándose con un trozo de cuaba que amenazaba apagarse con la ventolera. Jean Ferrou no necesitaba más claridad en el camino porque lo conocía de viejo y lo frecuentaba. Pero Casseus tropezaba con piedras y la ascensión le resultaba trabajosa. Pudo respirar hondo cuando ya estaban arriba.

Fué tendida en el suelo la piel de cabrita virgen sacrificada en viernes, que usaba Jean Ferrou en los trabajos de esa especie. Para la faena, esa piel de cabrita era algo elemental, según pudo saber Casseus. Al lado del cuero, incrustado en la tierra y reforzado con tres piedras, quedó el tizón resinoso cuya lumbre alargaba infinitamente la sombra de los dos hombres.

Jean Ferrou, que había hablado poco desde que comenzaron a subir tomando la encrucijada, lanzó un silbido agudo que parecía penetrar la oscuridad y la distancia perdiéndose en la lejanía. Ante la mirada atónita y en espectativa de su compañero, haciendo ampulosas contorsiones al aire con los brazos, trazó sobre la pelambre un ilusorio círculo cabalístico, utilizando una piedra negra que tenía en la mano. Dentro del círculo cruzó vertiginosamente múltiples figuras que el interesado no podía descifrar.

La evocación diabólica se hizo, gesticulando el brujo hacia todos los rumbos. Tras una espera cargada de vibra-

ciones que casi le paralizaba la sangre en las venas. Casseus vió cosas extraordinarias que estuvieron a punto de reventarle el cerebro y que trabajosamente pudo luego contar en cierta triste oportunidad a su madre.

Tal como le fué indicado por Jean Ferrou, el aterrorizado Casseus hizo su pedimento en presencia de algo fosforescente y terrible que se movía ágilmente en derredor suyo con figura neta e indudable de cabra infernal, de cuernos retorcidos, que lanzaba un violento hálito sulfuroso, perceptible con todos los sentidos. Cortándose audazmente una vena en la muñeca derecha, firmó con la mano izquierda algo duro que le pareció un cartón: el pacto de sangre con la extraña divinidad que había acudido al llamado. Levantando cuanto pudo el brazo de la firma, juró solemnemente cumplir lo que se le pidiera a cambio del bienestar que necesitaba en vida, en sus negocios, en todas las actividades que desde ahora en adelante habrían de ir por el trillo deseado del triunfo rápido.

El revoloteo, el ruido sordo e indescifrable, las peregrinas llamaradas y los chillidos inarticulados, como de alegría, acompasados, con que se alejó aquel monstruo que él había tenido tan cerca y tan patente en la oscuridad de la noche, lo dejaron erizado y presa de grandísima confusión. Pero con todo, reponiéndose de la emoción de la aventura, se le incrustó hacia muy adentro de sí mismo, la seguridad radical de que al bajar de la altura del monte, ya sentía la sensación inconfundible del comienzo de su propia transformación y positivo mejoramiento.

Había prometido realizar en un plazo fijo un sacrificio que aunque por el momento no sabía claramente en qué habría de consistir, llegó a intuir lo caro que debía serle.

xxx xxx xxx

Cinco años transcurrieron. Al paso que progresaba a ojos vistas, en todo sentido, hacía visitas periódicas al bocor que lo llevó a la cumbre del monte. Le obsequiaba con regalos valiosos. Estaba agradecido y era ya un entusiasta de aquellos secretos que lo habían sorprendido al principio, pero que luego le permitieron ver cosas que jamás pensó pudieran darse en la realidad. Al cabo de aquel tiempo, estando un día en casa de Jean Ferrou, le recorda-

ron las divinidades que se acercaba el fin de un plazo en el cual debía cumplir aquel compromiso sagrado, hecho en la cumbre del monte ante la cabra aquella de cuernos en espiral y ojos de fuego. Debía dar ejecución cabal al pacto de sangre rubricado en momentos de gran apuro. Lo prometido por la otra parte había sido puntualmente cumplido. Ahí estaba este gran señor de ahora, este Alfred Casseus, hombre rico, respetado, querido por las gentes que lo trataban; y sobremanera feliz. A él le tocaba ya hacer presente su cometido.

Satisfecho de poder cumplir aquel compromiso que ya comenzaba a obsesionarlo, Alfred Casseus se presentó el mismo día en que finalizaba el plazo. Llevaba consigo un obsequio jugoso que esperaba fuera bien recibido. Era dinero efectivo en buena proporción, alhajas finas, provisiones de toda especie. Todo en fin, cuanto con su riqueza era posible adquirir para el caso, sin posibles complicaciones.

Volvieron a la cumbre. Se repitió el espectáculo magnífico de la evocación terrorífica, que esta vez no lo impresionó tanto. Pero con gran sorpresa suya se enteró de que esa no era la clase de sacrificio requerido en el pacto. ¡Se trataba de un sacrificio humano: debía entregar la persona más querida para él...!

—¡Pero cómo! ¡Yo no he prometido eso! Además, sólo tengo a mi madre, a quien quiero sobre todas las cosas...

—¡Será tu madre...! Solo tienes que dar tu consentimiento. Nadie sabrá nada de esto, —le dió a entender el espíritu malo que giraba furioso a su rededor, dando saltos caprinos, evidentemente irritado.

—¡Jamás—! ¡A mi madre no la toques! Dispón mejor de mí! Pero a ella, nunca! Nunca!

xxx xxx xxx

La pesadumbre que se apoderó de Casseus durante los días subsiguientes fué inmensa. Ni aún con la condición de que no tenía más que dar su consentimiento verbal en un acto que se efectuaría aquella noche maldita, a solas ellos tres, podía convenir en que se sacrificara a su madre. Ni aún así. Ella debía morir, si consentía en la entrega, en su

propia cama, de mera muerte natural. Pero la conciencia de Casseus no transigía con tal cosa. —Eso, ni pensarlo— se repetía en la soledad de su cuarto, en las noches largas que pasaba en vela, presa de mortal inquietud.

xxx xxx xxx

A los quince días justos Casseus enfermó. Médicos y amigos fueron avisados por su madre, una buena mujer ya en pleno umbral de la vejez. Los remedios no le hacían efecto. Empeoraba. Perdió el apetito y no seguía los consejos de los facultativos de cabecera, que se esforzaban por lograr que se alimentara, ya que su padecimiento parecía no tener importancia. Pero él seguía pensando, obsesionado, en los últimos sucesos de la montaña. Tenía el convencimiento de que era **Lucipheró Rofocal** quien ejercía su venganza, ya que se negó rotundamente a acceder al sacrificio pedido. No dormía. Continuaba empeorando. La consumición era visible en aquel cuerpo sepultado bajo la sábana. Era, a decir verdad, no más que un cadáver.

Una madrugada no pudo aguantarse más. Llamó a su lado a la madre y le contó lo ocurrido punto por punto. Ella nada había sospechado. Pero apreció en mucho el gesto noble del hijo que se sacrificaba antes de permitir aquel sacrilegio tremendo.

Dos días después de aquella confesión que parecía una pesadilla horrible y que a ella le quebrantó la salud por varias semanas, Casseus falleció. La muerte le sobrevino una media noche borrascosa, alumbrada de cuando en cuando por la luz de los relámpagos, mientras en los contornos de la casa parecían oírse bien claramente unos extraños balidos de algún chivo invisible que corría impaciente de un lugar a otro, como si esperara la llegada de algo o de alguien.

En cuanto la madre pudo reponerse, vendió sin demora la farmacia aquella, fuente de recuerdos y acontecimientos que la entristecían. La historia macabra, sin embargo, comenzó a circular desde entonces.

6

TORBELLINO FRENTE A UN ALTAR.

El nombre CORDASCO está ligado en la capital, desde hace largos años, con la industria zapatera. Es el de una familia italiana establecida en el país y cuyos miembros, en su mayor parte, viven consagrados al referido negocio.

Pero el responsable del caso Cordasco que ahora toca relatar, es aquel cuya fábrica está situada en la calle des Fronts Forts (de los Frentes Fuertes).

Dado a ciertos tejemanejes callejeros, sostenía relaciones íntimas con una negrita guapa y pizpireta que residía en una casita escondida en un sitio céntrico de la capital. Llamábase Plasinete Desilius. Era ella una practicante activa de los secretos de la magia negra y adoradora de la serpiente. En la habitación trasera mantenía su "servicio" a las divinidades del culto, que no mezclaba para nada —con fesaba ella— con el amor dedicado a su hombre blanco que la complacía en todos sus deseos y caprichos...

Felipe Cordasco, a quien no se ocultaban aquellas cosas, la dejaba hacer, aunque aseguraba no creer en esos fe-

tichismos de religiones negras, que ni entendía ni le atraían de ninguna manera. Se reía él de todas esas cosas, y hasta se burlaba de su amante cordialmente, haciéndole ver que no eran más que herejías de negros africanos. Pero como aquello no lo molestaba en lo más mínimo, hacía la vista gorda.

Claro que lo que tenía de italiano le salía de cuando en cuando a flor de piel y le echaba unos berrinches descomunales que amenazaban con derrumbar hasta el plafón. Pero entonces ella se hacía sumisa, más tranquila, más amorosa, hasta lograr que el **ti-blanc cheri** se calmara, cosa que no tardaba en acontecer.

Placinette dedicaba un día de la semana a determinadas ocupaciones fuera de la casa, y esta era una cosa que su marido toleraba a regañadientes. Estaba satisfecho, sin embargo, de la fidelidad de su amante para con él. Sabía que no se trataba de ningún otro hombre. Tenía en ese sentido plena confianza en ella. La muchacha misma le dijo desde un principio que tenía su creencia y que tuviera a bien permitirle cumplir el tributo que le podía ofrecer al **misterio**, una vez siquiera cada ocho días. El convino, en la seguridad de que aquello no entorpecería sus relaciones.

En los últimos tiempos ocurrió que llegaba Cordasco a la casa y frecuentemente Placinette estaba ausente. A veces el hombre se impacientaba, cogía la calle y no reaparecía sino varios días después, a mucho rogar de ella. Pero en cierta ocasión que llegó de la calle, a prima noche, y tampoco la halló, púsose furioso. Penetró en los aposentos y anduvo largo rato de un lado hacia otro. De un puñetazo hizo saltar la cerradura de la puerta donde estaba el "servicio" a los **luás**. De un manoplazo lanzó al suelo una consola que sostenía un santo que a él no le interesó identificar, con una luz encendida dentro de una cáscara de coco. Al pié de aquello, había un hoyo, especie de pequeña tina, que se mantenía llena de agua. Allí era donde la mujer hacía sus invocaciones a Agoué, llamaba a Legbá, y pedía protección y amistad a los dioses.

—Esta **maccacrí**! (En su acepción de hipócrita). A ver si hace que sus malditos dioses me vengan con tonterías!

Parado delante del recipiente, apuntó certero e hizo un fácil desahogo fisiológico, hasta rebosar la cavidad. Después pateó cuanto encontró por allí, todo hecho una furia.

Atravesaba la salita, camino de la calle. Placinette acababa de entrar. La cólera debía hacerlo parecer un ogro. Sin esperar explicación, le plantó un bofetón que casi la aturdió.

—¡Toma, bruja hipócrita!

Salió con los ojos encendidos, de la rabia que él mismo se había buscado. Anduvo por algunas calles hasta cansarse. Entró en un bar y apuró en poco tiempo varias copas de whisky. Invitó a un amigo que acertó a pasar por allí, para que lo acompañara a ingerir algo más. Cuando llegó a su casa estaba poco menos que borracho.

Al despertar, al día siguiente, se sintió apesadumbrado por lo que había hecho en casa de Placinette. Es verdad que al principio tuvo que forzar la mente para recordar todo lo ocurrido aquella noche. Pero ya lo tenía todo otra vez delante... El pito de una fábrica avisando la entrada a trabajo lo sacó del ensimismamiento en que ya estaba cayendo. Después de lavarse la cara y mojarse la cabeza, se sintió bastante aliviado.

Cuando el italiano entró a su establecimiento, había ya olvidado por completo aquello, que no debió ser más que una pesadilla. En realidad él no tenía por qué estarse acordando de un incidente sin importancia como aquel!... Placinette era su amante, y aunque le daba contínuas demostraciones de amor, de respeto, de consideración, tenía que hacerle entender cómo él era el hombre, el que pagaba, el que debía ser esperado siempre. Un pescozón y una rabieta no estaban mal una que otra vez. Pero... y lo otro, lo del cuarto aquel? Más valía no pensar en ello.

Cerca del medio día, cuando fué al sanitario, sintió con sorpresa que no podía llenar cierta personal necesidad. La orina pasaba con dificultad. Un fuerte dolor uretral le desgarraba atrozmente. Tenía urgencia en satisfacer aquella necesidad, pero todo venía a parar en crueles e insufribles pruritos.

Luego, cuando más tarde volvió a tratar de repetir el acto, le sucedió igual. Mandó un muchacho a la botica de la esquina a buscarle un frasco de un específico para los males renales. En pocas horas se tomó casi todo el remedio. Visitó luego un médico. Este le dió una receta, que hizo preparar en seguida. El resultado fué negativo. El quebranto persistía y tomaba cuerpo. Aquello lo desesperaba. Echaba pestes y maldecía hasta de la **madonna**.

Placinette se enteró desde el primer día y fué a verlo, a pesar del enojo por todo el destrozo sufrido en su casa. El sopapo lo tiró a olvido desde el momento en que vió lo otro. Le dijo que volviera por allá cuando lo llevara a gusto.

—Pero te digo que volverás aunque no lo quieras.

Cordasco no deseaba ser grosero, pero cuando escuchó a Placinette que lo amenazaba así, estuvo a punto de caerle a patadas. Se contuvo y sólo dijo unas cuantas palabras duras, que él mismo caía en cuenta de que no tenían razón ser.

Transcurrieron dos días que fueron de terrible sufrimiento para el irascible zapatero. Ya se sentía con dolores hasta la cintura. Todo el tronco lo tenía como magullado por dentro. Pese a esto, una nocheque salió a la calle, bien que sin saber lo que hacía, cuando vino a advertirlo ya estaba en la puerta de la casita donde tantas veces él había pasado horas agradables.

Placinette se fingió la olvidadiza. Pero aprovechó un momento que creyó el más oportuno: cuando él mismo habló de su dolencia. Le dijo:

—Aunque tú no crees, yo sé que eso es un castigo del luá por lo que hiciste con mi servicio. Te lo aseguro, Así es. Tengo pruebas. Pero Legbá es bueno. Y Agoué. Si les haces una demostración de desagravio cuando yo te lo pida, ten por cierto que jamás vuelves a sufrir de eso. No. No te pongas colérico. No te irrites. Peor para tí. Créeme, querido. Ten fe en lo que te digo. Espérate, no me hagas escenas. Es por tu bien. Yo sé que si sigues como estás hasta revientas.

El remedio tú lo tienes. Decídete. Si no lo haces hoy, será mañana. Cuando tú quieras. Es asunto tuyo.

A duras penas Felipe se había contenido, escuchando hasta el final lo que consideraba una sarta de sandeces con que trataba su amante de convencerlo. Durante el resto de la noche volvió a pensar, sin proponérselo, en las palabras embaucadoras que tuvo que soportar en casa de Placinette. El, un hombre blanco, europeo, y ponerse a creer en dioses ni secretos africanos? Bah...!

Cuando los dolores le arreciaban, tenía la impresión de que no era posible aguantar por mucho tiempo un sufrimiento igual. En momentos así, casi se decidía. No porque creyera. Eso nunca. Pero la salud... La salud es algo que hace doblegar a cualquiera.

Tres noches después volvió. Placinette lo encontró más accesible. Esta vez tuvo que hablar menos para convencerlo a que desagraviara a los dioses ofendidos de manera que estos se dispusieran a proporcionarle la curación.

Fueron donde un **bocor**. Invocaron a la divinidad. Quiera que no, el hombre atrapado en la garra de la venganza, con cara adolorida, demacrado y pálido, tuvo que arrodillarse hasta meter la nariz en un pozo igual a aquel donde cometió el sacrilegio. Pensó que después de estar allí, no había que hacer resistencia. Ya el paso lo había dado... Hizo cuanto le dijeron. Pidió perdón de viva voz. Rogó para que le quitara aquella dolencia que tanto lo atormentaba.

Entonces habló el dios, por boca de una sacerdotisa en trance que ayudaba al brujo. Lo sermoneó en criollo, que el arrepentido entendía perfectamente. Le dijo que no quería que se convirtiera, ni que creyera, pero sí que respetara la fe de los demás. Muchas cosas más le dijo. Finalmente, indicó el **bocor** que le preparara un zumo de tal y tales raíces, que debía tomar en determinadas horas.

Cinco días más tarde, Felipe Cordasco se sentía cabalmente bien. Desde luego, aquella visita al hougan no lo convenció como para que creyera en los secretos de la religión. Lo que sí confesaba luego, era su convicción en la eficacia del zumo. Como le predijo antes Placinette, pasó mucho tiempo y no había vuelto a sufrir de quebrantos renales.

CUARTA PARTE

Por Rutas de la Historia

1.-POR ENTRE LOS MATORRALES DEL NORTE

a) Las Ceremonias del Bosque Caimán

b) Las Ruinas de un Reino

c) La Visión de los Zombies

I

POR ENTRE LOS MATORRALES DEL NORTE

La Ceremonia del Bosque Caimán.

Una de las ceremonias típicamente religiosas y más antiguas que consigna la crónica voudista fué la celebrada en la noche del 14 de Agosto del 1791, en plena floresta, en el Bosque Caimán, en lo alto del Monte Rojo, allá en los alrededores de la planicie del norte, no muy lejos de la bahía del Acul, cerca del Bas Limbé.

Eran momentos decisivos para la vida de esclavitud que prevalecía en aquellos tiempos. La crisis se haría patente pocos días después, con la rebelión general que provocó abundante derramamiento de sangre.

El acontecimiento, sin embargo, parece que unificó definitivamente la voluntad de todo aquel conglomerado heterogéneo que se debatía bajo la férula de los capataces y los colonos franceses.

El culto a las divinidades del panteón voudu se consideró como un factor particularmente propio para exaltar la energía de los esclavos, asegura Dantés Belegarde, en su libro **La Nation Haitienne**.

Lo cierto es que estaba latente, en la imaginación de

aquellas gentes, el recuerdo de Mackandal, fugándose de la hoguera, a la que fué llevado por su heroismo de querer vivir libre con un grupo de cimarrones en los montes. Sus compañeros lo tuvieron por un profeta, un **hougan**, inspirado por las divinidades superiores del Africa, su tierra de nacimiento.

Mackandal era hijo de un jefe africano. Tenía la misión, según se decía, de acabar con los blancos de la colonia. A fuerza de audacia se hizo dueño y señor de todo el llano del Norte. Se juraba que logró la fuga pronunciando unas palabras cabalísticas. Los incrédulos piensan —con razón sin duda— que fué a causa del forcejeo hecho por el prisionero, los saltos violentos dados al verse cercado por las llamas que estaban a punto de consumirlo, como consiguió romper las ligaduras que lo mantenían atado. La noticia de su escapatoria ante la expectación de los soldados franceses hubo de mantenerse por mucho tiempo entre los esclavos, que lo buscaron por boscajes y cuevas, sin lograr encontrarlo. Pero siempre conservaron la esperanza de que tarde o temprano volvería a libertar a los suyos, de la servidumbre a que se hallaban sujetos.

Las diversiones que solían permitir los colonos a sus trabajadores, no pasaban de bailes durante la noche del sábado. Aunque el propósito era divertirse, los convidados aprovechaban la oportunidad para concertar reuniones secretas relacionadas con el deseo latente de emanciparse, cuya necesidad sentían cada vez más, a causa del trato inhumano de los amos.

Ahí comienza la mezcla del rito religioso y la asociación política, con la extinción del blanco, como finalidad única, y consecuentemente, la liberación del negro. A cada iniciado se le hacía jurar que sufriría las mayores torturas antes que prestarse a una traición contra sus compañeros.

Tales eran las circunstancias cuando se reunieron aquella noche a mediados de agosto. Habían concurrido cerca

de doscientos delegados, de diversos oficios, de la región. Presidía la asamblea el negro Baukman (1), cuya palabra fervorosa y entusiasta inflamaba el auditorio. Para cerrar el compromiso tomado, se procedió a la celebración de la ceremonia significativa e impresionante que lleva el nombre del sitio donde tuvo lugar.

La leyenda dice que llovía a torrentes. Avanzaba la mañana. El cielo estaba ennegrecido por nubarrones espesos y era total la ausencia de estrellas. Bruscamente intervino una mujer de elevada talla y continente decidido, que se lanzó por entre la multitud, bailando al son de su propio canto. Llevaba consigo un largo y puntiagudo cuchillo, que hacía girar sobre su cabeza, mientras ejecutaba una danza bárbara, modulando una canción a Papá-Locó, dueño del bosque. Una parte decía:

Locó, Locó, Locó an illé oh!
Damballah Ouedo qui mandé pou Locó.
Badé, Badé, Badé m'assuré
Locó, Locó, Locó m'assuré.

Locó, Locó, Locó ayayay oh!
Damballah Ouedo preguntó por Locó.
Eso, me lo aseguró Badé, Badé, Badé,
Por tí, Locó, Locó, me lo aseguró!

El coro repetía una y otra vez los dos últimos versos, prosternándose hasta poner la cara contra la tierra. Con ella se contentaba al Señor del Bosque, para que protegiera a los que de su feudo hacían uso.

Luego fué una invocación a Damballah, para impetrar su inteligencia y buen consejo en lo que se había resuelto emprender:

---

1)—BAUKMAN: Jamaiquino, jefe de 125 cimarrones que llevó consigo a Haití. Inició y dió calor con sus hombres a la sublevación contra los franceses. Biassou, que le obedecía mientras estaba a su lado, era su gran rival, quizás el más temible, y pretendía ser el heredero de la gloria y el valor que al primero se reconocía.

Damballah cé coulevr' oh
Tillón maillojé! Tillón maillojé!
Aida Ouedo cé coulevr!
Tillón maillojé! Tillón maillojé!

Damballah cé coulevr' oh!
Oh tillón maillojé!
Oh cor' maillojé!
Oh cor' maillojé!

(*¡Damballah Ouedo es una culebra, oh!*
su pañuelo enrollado! Pañuelo enrollado!
Aida Ouedo es culebra también! Oh!
Pañuelo enrollado! Pañuelo enrollado!
Damballah es culebra, oh!
Damballah es culebra, oh!

Cuerpo enrollado! Pañuelo enrollado!
Pañuelo enrollado! Cuerpo enrollado!)

Pero Ogoun Badagris, dios guerrero, no podía ser olvidado en una ocasión como aquella. Por eso, a él se le hizo algo más que simples cantos rituales. No fué sólo aquello de:

Ogoun Badagris ca ca ilé ca...!
Ferail bonmrin la vie oh...!
Oui mrin gé — oh...!
Oui mrin gé — Balinjó... oh!

Oui mrin gé — oh...!
Oui mrin gé — vre! Oh!
Qui jou' pou'm payé ca...

(*Ogoun Badagris, qué es esto!*
Ferail me dió la vida, oh!
Sí... me alegro...!
Oh, sí, me alegro, Balenjó.
Cuánto me alegro! Oh, sí, me alegro!
Sí, me alegro de verdad!
Cuándo podré pagar todo esto...!)

Su propia sangre fué derramada: un cerdo negro del cual se sabía que llevaba en sí el espíritu de la poderosa divinidad, sufrió el sacrificio, hecho por la sacerdotisa con su cuchillo. Recogida la sangre en una batea, los delegados se sirvieron del líquido así consagrado, espumoso y caliente.

Luego, a un signo de la oficiante, todos se pusieron de rodillas y juraron obedecer sumisamente las órdenes de Baukman, que fué reconocido como jefe supremo de la revuelta en marcha. Este declaró, a su vez, que escogía como sus principales lugartenientes a Jean Francois, Biassou y Jeannot.

Cierta noche, pocos días después, el ruido ronco del lambí (caracol usado como corneta) dió la señal de la insurrección, que cundió pronto por todas partes, arrasando la rica llanada del norte. Armados de cuchillos, hachas, machetes de labor, picos, los esclavos se lanzaron contra los blancos gritando: "Libertad! Venganza!"

La hecatombe fué general, sin distinción de edades ni de sexos. El incendio devoró casas, fincas, fábricas y campos de caña de azúcar.

Las autoridades no permanecieron pasivas. Al enterarse de la actitud violenta tomada por los esclavos, emprendieron la defensiva organizando matanzas, en masa, de negros, culpables o inocentes.

Cuentan que Baukman, cuyo valor era ponderado por todos, quiso forzar la entrada a la villa. Cayó víctima de sus contrarios desde los primeros encuentros. Su cabeza fué cortada y expuesta al terror público en la plaza de armas del Cabo.

Así, aquel hombre que bebió con gesto ritual y fiero, e hizo beber a los suyos, la sangre vertida de Ogoun, el dios guerrero, para protegerse del filo del enemigo, no pudo librarse del sable profano de los soldados franceses.

b) Las Ruinas de un Reino

Entre los monumentos antiguos del que fué Imperio Norte de la hoy República de Haití, el famoso castillo-fortaleza, llamado Ciudadela Laferriere, erguido majestuosamente en la cúspide de una montaña de 865 metros, así como las colosales ruinas del palacio de Sans-Souci, remedo de reales construcciones europeas, son atractivos poderosos para el curioso viajero.

De la fortaleza suele decirse que es una de las maravillas del hemisferio occidental.

Cristóbal era hombre desconfiado y previsor. Descontento por la injusticia que estimó se había cometido con él en Puerto Príncipe al ser nombrado presidente del recién creado Estado después de la muerte del Emperador Dessalines, que gobernaba con el título de Jacobo I, se declaró rebelde dejando plantada la Asamblea Constituyente encabezada por Alejandro Petión.

Ser un mero Presidente de la República, cuando estaba todavía deslumbrado por el lujo de la corte de un Emperador pagado de sus timbres y blasones, consideró que era poquísima cosa para quien, como él, había tomado parte tan decisiva en la conspiración que culminó con la muerte de aquel mandatario, en las cercanías del Puente Rojo, a las puertas mismas de la capital.

Prefirió ir a sentar sus reales en la parte del Norte. Pero se fué tierra adentro, y a las alturas, a varios kilómetros del Cabo. Eran los finales del 1806. Se hizo nombrar rey: Enrique Cristóbal. Milot, enclavado en un rellano abrupto, como a 20 kilómetros del Cabo, fué la capital del del nuevo reino. Señoreando la entonces pobrísima villa, edificó una histórica ciudadela, pese a las inclemencias de la naturaleza y forzando las posibilidades humanas de la época. Si cien hombres no podían transportar los grandes bloques, fusilaba cincuenta. Si éstos no eran capaces, hacía otra poda de la mitad. Así hasta que su sueño quedó realizado. Allí estaba seguro de poderse defender y de repeler ventajosamente además, cualquier agresión, o el posible retorno de los franceses que amenazaban desde lejos.

La crónica dice que el rey Cristóbal gobernó con mano de hierro, pero que fué un jefe de primer orden. Fundó escuelas, construyó caminos, fomentó la agricultura y animó poderosamente la industria. Milot en fin, hizo su papel de verdadera capital, con grandes edificaciones, iglesias y calles más o menos bien alineadas.

Para su residencia particular, levantó a cinco millas de allí el palacio real de Sans-Souci, en la cumbre de otra montaña, y construído al estilo versallesco.

Rodeado de una corte sumisa y pintoresca, aquel extraño rey de temperamento sorprendente y extraordinario ofrecía paradas militares vistosas y lucidas, así como recepciones a embajadores extranjeros, que solían inclinarse reverentes ante princesas, duques y marqueses, de creación vernácula.

Discurrían las cosas así hasta que la vieja rencilla entre el Norte y el Sur, comenzada contra Petión Presidente, llegó al rojo vivo y dió por resultado la marcha sobre Milot de los hombres de Boyer.

Enrique Cristóbal Primero, con la salud quebrantada por una dolencia renal, comprendió la imposibilidad de resistir. Orgulloso, fiero, prefirió morir antes de ver su reino en manos enemigas. Dicen algunos, que se hizo disparar un cañón para perecer destrozado; otros afirman que se incrustó una bala de oro en el pecho...

Su tumba está entre muros y torreones derruídos, piezas de artillería maltrechas por el tiempo y restos memorables de aquella grandeza pasada.

Imponentes, enormes, fantasmagóricos, ceñudos, la vieja ciudadela y el romántico Sans-Souci, reliquias de la historia, parecen desafiar las tempestades tropicales y las acometidas del tiempo destructor. Hoy en día no son más que atractivos de turistas y vivienda de batracios, iguanas y lagartos.

Todo aquello, lo íbamos a visitar, por puro capricho andariego y por complacer una invitación atendible.

Sin prisa, nada más preferible que el caballo, deportivo, asequible y barato. Podíamos aprovechar la frescura de la noche y la claridad de la luna, librándonos con ello de los ardientes calores del día.

Habíamos dejado atrás el Cabo, cruzando la Planicie del Norte. Llevábamos recorrido unas ocho o diez millas, más o menos la mitad del trayecto, a pasos moderados. Era aquel, un camino estrecho, pedregoso, que los prácticos decían ser el más corto.

Empezamos a internarnos por uno de esos intrincados boscajes que impresionan por el aspecto virgen que ofrecen, cuya abundancia es notoria por aquellos lugares, según pudimos ver luego.

A trechos alguna claridad nos dejaba ver el trillo. Múltibles cocuyos nos alumbraban con su luz verde. Los grillos y las chicharras nos aturdían con su música desesperante. No corría la más leve brisa.

Con los cigarrillos y la conversación que de vez en cuando sosteníamos, nos fué dable ir alejando la somnolencia que nos iba invadiendo poco a poco el espíritu.

La Visión de los Zombies.

Uno de los compañeros advirtió que se oía ruido de tambores a larga distancia. Se habló de ello. La idea de acercarnos tomó cuerpo y nos orientamos, aunque con alguna dificultad, a causa de la densidad de la atmósfera. Uno de los baquianos indicó, al fin, la ruta.

A poco caminar, ojeamos dos bohíos rodeados de un cobertizo rústico, iluminado con antorchas de cuaba que difundían gran claridad en el contorno. En las inmediaciones habían matas de copas anchas y frondosas.

Cuando nos acercamos, vimos un hombre viejo, de luenga barba rematada en punta, con pantalón, camisa y zapatos burdos, que pasaba una botella a uno de los mocetones que tenían a su cargo los tambores. Tomaron sendos tragos con visible entusiasmo, limpiándose luego la boca con el brazo. Estaban desnudos de la cintura para arriba, y sentados en unas banquetas toscas. Con las piernas sostenían los tambores. De pronto, uno de ellos dió un manotazo en el balsié vibrante; arrancándole a continuación un profundo quejido con la yema del dedo, en un rozamiento vigoroso en la piel de chivo.

Nos habíamos detenido a menos de cincuenta metros, un tanto asombrados de la poca concurrencia en aquella fiesta. Sólo allá, en el fondo, divisamos algunas mujeres, que parecían ocupadas, más bien, en faena de cocina.

Cuando comenzó la gama de uno de esos monótonos bailables oídos tantas veces en los campos de la región, un grupo de individuos que yacía sentado tranquilamente en la enramada, en actitud de hombres que a primera vista parecían cabizbajos, comenzó a mover lentamente el cuerpo, siguiendo de modo torpe el ritmo, sin que aquello supusiera despertarles alegría ni deseos de diversión. El hombre que antes vimos brindar con la botella, ahora se detenía, con un machete de trabajo colgado a la cintura y un leño en la mano, hablando a aquellos entes como con gesto amenazante. Esto los hacía moverse con menos pesadez, aunque sin vivacidad. El espectáculo era curiosísimo y nos confundía a todos, excepto a los dos criollos que nos guiaban. Uno de ellos nos dijo como con miedo y encogimiento:

—**Les zombies, patrons.**

Eran diez o doce. Apenas podíamos verles el rostro. Dos mujeres trajeron una gran batea con las viandas naturales del momento. Parecía fiambre, y sólo por la identificación que de los sujetos nos habían dado, podíamos comprender.

Se trataba, se nos dijo, de una comida especial que el

dueño de aquellos **zombies** daba a los espíritus dos veces al año. Un banquete a **Papa-Guéde**, llamado también **Báron Samedi**, y a su mujer, la vieja Brigitte, dueños y custodios del cementerio, a quienes él había invocado cuando fué a rescatar de la tumba aquellos seres que fueron enterrados como muertos. Un condumio propio para mantenerlos en el estado en que actualmente estaban, que sería seguido por una infusión fría cargada de guanibrey, (buánivré —bois enivré—palo borracho). tintura de lobelia y hojas secas de quibey.

No era aquella por cierto, la primera vez que teníamos noticias del zombi. Innúmeras veces habíamos oido hablar de ellos, y bastantes cosas supimos luego de tan peregrinos sujetos, que entran de lleno en el reino de la fantasía, sin que realmente pueda decirse que son personajes fantásticos.

El zombi existe. No es pues, un producto de la imaginación exaltada de cierta gente. Es una realidad frecuente. Pero no como han querido explicarlo algunos autores extranjeros de más o menos talento y de un desenfrenado deseo de enredarse en conjeturas absurdas, por más que sus opiniones hayan tenido un éxito relativo a fuerza de hurgar y buscarles la clave al asunto.

Sin embargo, aunque la verdad no es fácil de desentrañar, hemos logrado saber algo fundamental sobre esto, que a renglón seguido vamos a tratar de exponer.

Vale decir que, con todo el maravilloso adelanto de la ciencia médica logrado hasta hoy, no se ha podido hallar una explicación satisfactoria en lo que respecta a este asunto. Se han hecho incursiones serias, se ha investigado persistentemente, a fin de saber cuál es la planta extraordinaria y rara con la cual se prepara la droga que produce en la víctima propicia ese estado de catalepsia en tercer grado que los médicos más avisados del país han confundido con la muerte. Hay quienes han llegado a creer que se trata de la raíz del cardosanto (chamico) hecha polvo y mezclada

con cierta parte del guao, dosificado todo de diversos modos, según la necesidad y los fines propuestos. Se ha pensado —con bastante fundamento— que la muerte provocada por este medio es real. Y que el **hougan** ha encontrado a la vez entre los montes, otra planta, con cuya maceración, aplicada a tiempo en una herida abierta exprofeso en determinadas partes del cuerpo, pone al paciente en un estado que no puede calificarse de vida, pero dotado de movimientos, aunque carente por completo del recuerdo de la existencia pasada e imposibilitado de hacer uso de su voluntad.

Hasta ahora, desde luego, sólo se han hecho especulaciones mentales y explicaciones más o menos hipotéticas en relación con la verdadera fórmula preparada por el hechicero, indudable maestro en conocimientos botánicos aplicados en artes macabras que sanciona duramente el Código Penal haitiano. (1).

Se dice generalmente que el zombi es llevado a ese estado por las maniobras que al efecto practica un **papa-luá**, de ordinario a través de uno de sus agentes secretos, o bien por un interesado directo en que el hecho se origine. Desenterrado el cadáver tras la ceremonia de invocación en la alta noche, con el necesario permiso del espíritu guardador del comenterio, es conducido a la casa del brujo, donde comienza el trabajo de despertamiento.

La víctima escogida podrá ser por venganza de un enemigo, que la pondrá a penar vagando inconscientemente por todo el resto de su vida, si es que no encuentra un alma que se apiade de ella y la someta a tratamiento especial, largo y de complicados pormenores, que poco a poco le devolverá el conocimiento.

También el motivo puede ser el deseo de lucro, poniendo el zombí a rendir labores en la tierra, en algún conuco apartado de los caminos, a cortar caña, a recoger café,

(1) Véase Capítulo 5 de la Primera Parte titulado **Levantando el Velo del Misterio.**

etc.., bajo la dirección del dueño, encargado o capataz, que lo tratará como a una bestia, castigándolo con impiedad por la espalda con la vara o el garrote. Se ha pensado, por igual, en la posibilidad de que sea utilizado para la ejecución de actos de perversidad o criminales.

Este individuo, que por inocencia o imprevisión llegó a comer o a beber el alimento "cargado", o aspiró el perfume, o recibió el sahumerio fatal, quedó presa de enfermedad mortífera, que bien pronto lo hace perecer. Quizás un médico lo atiende hasta la última hora, si se trata de alguna familia capaz de pagarle el servicio. Una vez muerto, los parientes lo lamentan y lo entierran con toda resignación y a lo mejor ni sospechan que se trate de mero caso de brujería.

Hemos visto de cerca al zombí. Tanto al día siguiente de aquella primera visión nocturna camino de Milot, como luego en los campos cercanos a Puerto Príncipe.

La primera impresión que produce la vista de un personaje tal, es la de un idiota, o un loco pasivo. Con la cabeza baja, mirando distraidamente hacia cualquier sitio, el labio caído, es la personificación dolorosa del imbécil. Se ha dicho que es una persona nueva. En verdad: es poco menos que una bestia, que sólo atenderá por la violencia del trato, y con ademanes casi mecánicos. Es, para decirlo todo de una vez, una especie de cuerpo sin alma, si ello fuera posible.

Alimentado el zombí con comidas crudas, y desprovistas de sal, y de carne, es evidente que su organismo permanece frío, huérfano de calor y vitalidad, aunque la mano es callosa, dura y áspera. La mirada ausente, vaga, como muerta, resulta de una expresión horrorosa. El paso tardo, lento, parece indicar en el paciente un deseo enorme de echarse a tierra.

No es difícil encontrar en algún rincón de la capital, o de un pueblo o campo del interior, un individuo de quien se dice con cierta prevención: **Pob' diable! C'est un zombi.**

No es que en el momento sea precisamente un ser que se halle en aquella condición. La tiene, pero de modo relativo. La maldad de un hechicero lo llevó al estado de zombi. Una circunstancia fortuita cualquiera, o alguien, por piedad, le proporcionó comida con abundancia de salazón. Su entendimiento, entonces, comenzó a despertar, y sobrevino luego el primer instinto deambulatorio. Luego, la ingestión continuada de alimentos más o menos bien condimentados y la carencia del brevaje narcótico, lo fueron dejando en un estado de semi-inconsciencia, del cual llega a salir si encuentra una persona caritativa y práctica en la materia, que lo ponga en camino de la definitiva curación.

QUINTA PARTE

Prácticas

1.- Vida y Muerte de Jean Ferrou
2.- Revoltillo de Creencias
Vocabulario
NOTA FINAL-

I

VIDA Y MUERTE DE JEAN FERROU

Hacía ya más de dos horas que estábamos solos en el salón principal del bungalow, leyendo unas revistas extranjeras recién recibidas. A esa altura de la noche no era frecuente que nos llegaran visitas. Por eso, cuando los perros ladraron por el lado de la entrada que dá al camino, acudimos a ver qué pasaba. No había que indagar mucho. Hacia la puerta venía Angurín, que a distancia se hizo conocer hablándonos en la oscuridad. Se ha dicho oscuridad, pero solo de modo relativo nos referimos a ella. La noche estaba clara. Lucía una luna casi llena. Soplaba una brisa agradable.

Nuestro amigo tenía franco acceso a la casa y gozaba de confianza absoluta de parte del dueño, el norteamericano Dr. Reser, con quien departía frecuentemente por largos ratos. Pero esta vez Joseph Angurin no quiso penetrar; pensamos que se abstenía de ello, por mera discreción, ya que todos los demás se habían ido a dormir. Entonces lo llevamos a un rectángulo cementado y descu-

bierto, resto de un cobertizo, que frente a la residencia quedaba intacto. Mientras fumaba el cigarrillo que le ofrecimos, nos dijo que venía de la casa de unos amigos y que iba acostarse, pero que al ver luz a través de la tela metálica que rodea el salón donde nos hallábamos decidió llegar.

Tenía razón. La cordialidad con que nos veníamos tratando, lo autorizaba a interrumpir aquella soledad, seguro de que lo recibiríamos con agrado. Por lo demás, no era esa la primera vez que solíamos quedarnos a conversar por largos ratos, durante los cuales él se sentía a sus anchas al ser escuchado con la atención que su plática insinuante y pintoresca inspiraba.

Sentía un fuerte deseo de venir a la **Dominicanie**, como él y muchos de su país se han dado en llamar al territorio de Santo Domingo. Le llegaban noticias del progreso dominicano, que comparaba con el de su propio país, y las crónicas que sobre asuntos de Santo Domingo escribieron recientemente visitantes venidos de allá, lo entusiasmaron sobremanera. Consideró muy sugestivo el título de un reportaje en el cual se mencionaba a la tierra dominicana como la **Castellana del Caribe** y se consignaban, además, otros elogios. Los periódicos de Ciudad Trujillo que caían en su mano se empeñaba en leerlos, no sólo por ejercitarse en la lectura del español, sino también por enterarse de las cosas de la parte oriental. Cuando nos dijo cierta vez, que estaba leyendo la historia contemporánea de la República Dominicana, le interrogamos acerca del autor del tratado que tenía.

Risueñamente nos contestó:

—Pero, amigo mío, los diarios de allá!

En cierta ocasión nos dió la noticia de un hecho importante en la política dominicana que mencionaban los periódicos recibidos en la capital y que nosotros por estar en aquellos días en el campo y no ir a la Embajada a tiempo, ignorábamos del todo. Se alegró muchísimo de ver cómo le agredecíamos en esa oportunidad al igual que en otras ocasiones, al sernos provechoso su trato.

Insensiblemente vinimos a caer, mientras hablábamos, en la situación de un enfermo que hacía varias noches estaba moribundo. Era como a cinco o siete kilómetros de Pont-Beudet. Se trataba de un anciano bocor muy conocido, de fama extraordinaria como el mejor y más sabio de los practicantes de los viejos misterios africanos, a quien se quería y respetaba como a un santo milagroso en toda la región, de cuya ira había que temer.

Angurin lo conocía personalmente y en varias ocasiones estuvo en su casa por diversos motivos. La última vez que fué allí, dos días antes, lo hizo enterarse de su gravedad. Era Jean Ferrou, de quien se conocían muchos decires de sabor realmente fantásticos, pero tan unánimemente aceptados por la comunidad, que no era posible detenerse a buscarles explicación o discutirlas, si no se quería caer en mala paz con aquellas gentes. Además, en cuanto a nosotros, nunca encontramos las ventajas morales que pudiéramos devengar con hacer frente a eso que bien podía estimarse como charlatanería y mentiras más o menos agradables e inofensivas, y daban, en cambio, la tónica del carácter y el alma del pueblo. Por otro lado, nuestra presencia en el país nada tenía que ver con propósitos de investigación de la vida nativa ni de ninguna de sus peculiaridades. Pero resultaba de todo aquello, una curiosidad espiritual que bien merecía la pena cultivar. De ahí que no tuviésemos reparos en pedirle a Angurin que fuéramos aquella noche a casa de Jean Ferrou, el brujo tenido por extraordinario, y cuya muerte era esperada de un momento a otro. Había que verlo. Por algo el papa-bocor, considerado como el campeón de todos los oficiantes del rito sagrado del Voudú, era adorado y temido de verdad en la planicie y hasta más allá de la montaña, lugares a los cuales regresaban satisfechos los campesinos después de consultarlo sobre los más pintorescos problemas que en sus vidas se ofrecían, siempre maravillados de la virtud adivinatoria y del don de resolverlo todo satisfactoriamente de aquel brujo sin segundo.

El conflicto se presentó cuando tocamos el asunto de la montura, Sólo disponíamos a esa hora de un caballo. Pero

Angurin no se desanimó y pudo conseguir un infeliz burriquito que aparejó con los aperos que su tía utilizaba para ir a la ciudad, dos o tres veces por semana. Montado en el asno, el entusiasta compañero se sentía contento y cómodo cual el más elegante jinete. Cuando ya en la ruta, se empeñó en que lo dejáramos detrás por poco rato, no pudimos comprender por el momento cuál fué su idea. Permanecía en un silencia intrigante. Es de sospecharse que rezaba alguna oración de camino... Luego, emparejándose a nosotros las más de las veces, o adelantándose por el trillo, reanudó la conversación. Debíamos parecer una caricatura bien grotesca de Quijote y Sancho.

Ibamos sucesivamente por terreno llano, por pistas estrechas, por entre empalizadas de palos cruzados o de maya, bordeando conucos sembrados de diversos árboles frutales y matas de yuca. La claridad de la noche nos permitía ver plenamente los racimos de guineos colgando de tallos robustos a la vera del sendero. Por entre el ramaje espeso de los mangos podíamos distinguir unos hermosos frutos ovales que parecían maduros. Cruzamos arroyos, trepamos alturas y volvimos a bajar, acortando distancia. Pasamos por frente a bohíos de tierra, techados de paja y como resguardados bajo la ramazón de matas adustas. Otras veces nos salía al frente un perro ladrador, adormilado bajo el alero de la vivienda que se divisaba desde lejos.

Por el camino Angurin se puso a contarnos las cosas que oyó decir o sabía de Jean Ferrou. Y no era poco lo que de este individuo se hablaba, aunque muchas de esas cosas rezumaban las más asombrosas fantasías.

Desde muchacho destacó en él una extraordinaria facilidad para conocer a los demás en sus sentimientos y aspiraciones. Con una gran agilidad de imaginación comprendía las intenciones ocultas o las medias palabras. Es verdad que su mamá le había enseñado muchos secretos en el arte brujo que sorprende a los amigos de la religión, y le eran

familiares los ritos secretos practicados por los abuelos traídos de la Costa de Oro hace ya más de 150 años por los negreros al servicio de un monarca francés que le puso amor al negocio, por las ventajas positivas que reportaba.

Jean Ferrou nació, se decía, de una hechicera en ayuntamiento monstruoso con un macho cabrío animado por el espíritu de un viejo protector que vino a encarnar aquí con evidencias que no dieron lugar a dudas. La que lo llevó en su placenta jamás desmintió la creencia que se iba generalizando, de la verdadera filiación del garcon.

El pequeño fué creciendo en contacto con las prácticas brujas de su madre y aprendiendo en la profundidad del monte donde vivían, por los alrededores del Cabo, todos los secretos del **Voudú** en sus más variadas y sorprendentes manifestaciones. No había subido mucho cuando ya ayudaba y servía en los oficios del culto, cantando, bailando y ofreciendo frecuentes demostraciones de lo que podía un sér privilegiado en quien ya la gente empezaba a ver un ente protegido por las divinidades africanas cuyo respeto en la masa campesina reviste caracteres que no es posible violar sin gran peligro de muerte. La magnífica siembra de café que pudo fomentar laborando él mismo con su madre y unos cuantos hombres que le trabajaban por el trozo de batata sancochada y el pedazo de bacalao seco, en los matorrales de su conuco cerca del Monte Pelado y que vendió a buen precio en los almacenes de la capital del Departamento. le dió ocasión para insinuarse como un mozo emprendedor que se iba perfilando dispuesto a ganar en todo cuanto emprendiera. De ese modo, trabajando en su tierra de la montaña con aquellos que siempre estaban dispuestos a servirle hasta sacrificar por él su vida, ganó dinero y reunió un buen capitalito en gourdes, que lo llenaba de contento.

Pero al mismo tiempo la gente seguía creyendo en sus relaciones ocultas con los misterios, con los luás, y pensaban que era esa la razón de que apareciera floreciente en sus transacciones. En realidad esa creencia se basaba en hechos

que de seguro, por no ser debidamente interpretados, daban lugar a la intervención del elemento fantástico. A sus rivales o competidores los arruinaba con simples propagandas o noticias falsas de venta u operaciones comerciales que los hacían caer en error o pecar de tontos. Otras veces ocurría que se suicidaban hombres que le habían adelantado cantidades en efectivo sin pedirle garantía de ninguna clase.

Cuando estalló la sangrienta revolución de 1902 que llevó a Nord Alexis al Poder, ya Ferrou era un hombre que debía contar más de veinticinco años. El presidente creyó que le era útil y quiso llevarlo a Puerto Príncipe con una buena posición que no aceptó; pero en el Cabo aspiró a ser una personalidad y lo fué, con la ventaja de que hizo pensar que hubiera podido ser un magnífico funcionario ejecutivo. Sin embargo, rehusó la posición oficial por estar mandando desde la sombra a los que quisieron oir sus consejos, pese a su relativa poca edad, junto a otros que de viejo venían luchando en la vida y en la política.

Jean Ferrou nunca había ido a una escuela. Pero no la necesitó para aprender a expresarse con habilidad notoria no sólo en el criollo del Norte del país, sino que hablaba con una regular suficiencia el francés. Se creyó siempre que eso se debía a su buen oído y a su memoria, cosas una y otra que lo ayudaron mucho en su trato con los hombres de valer de su región, que aprovechaban para llenarle la cabeza de ideas pretenciosas.

Al ocurrir la revuelta de Antoine Simón, que andaba como una tromba destruyéndolo todo, y que dió al traste con el gobierno constituído, Jean se encerró en su posesión de la montaña, y no quiso acordarse más de los muchos pesos que en el desastre perdía.

Los enemigos políticos no lo dejaron tranquilo, aunque siempre lograba destruír alguno de ellos, con artes que no muy frecuentemente podían ser bien explicadas. Sólo resguardándose y dando de vez en cuando una demostración de

lo que era capaz de hacer con sus contrarios, pudo vivir y dejar pasar algunos años, durante los cuales sus negocios no volvieron a marchar con la misma prosperidad que antes. Consumiendo lo que le quedaba y haciendo esfuerzos por ver si cuando menos lograba levantarse y reponer parte de lo suyo, corrió el tiempo y apenas se dejaba ver en la ciudad.

Su fama de brujo había vuelto a sonar. En su casa, efectivamente, se celebraban ceremonias rituales a los viejos dioses de la Guinea, en las cuales los tambores sagrados de Rada se escuchaban a través de los montes, y en otras ocasiones ofrecía sencillos bambóches en los que se bailaban las danzas del Congo, con su ritmo alegre, sus contorsiones epilépticas de sensualismo elemental y gráfico, en ambiente de clerén y de espaldas relucientes de sudor...

Se murmuraba de las invocaciones a la luz de la luna de media noche, y de lo que mandaban Legbá, Damballah y demás dioses del panteón Voudú. De lo que anunciaban y de lo que deseaban que se hiciera en su nombre o en su honor. A él mismo se lo tenía ya por un entendido y fervoroso practicante a quien acudían en busca de ayuda cuantos se creían objeto del más insignificante problema personal o de familia, o bien en relación con su negocio. La gente acudía en busca suya, siguiendo la huella de los primeros que fueron, que gozaban contando su triunfo por lo que les había ayudado.

Se hablaba de Jean Ferrou como de un poderoso hougan a quien ya nada era imposible lograr para sus amigos, aunque él siguió siendo un hombre de la montaña que no quería bajar al llano porque nada le interesaba del pueblo, que no pudiera conseguir haciéndolo llevar a su propia caille.

Junto con el crecimiento de su preponderancia personal, iban aumentando sus conocimientos de la botánica en relación con la flora haitiana, rica en sus alrededores más que en ninguna otra parte, y donde se daban plantas montaraces de difícil identificación por lo intrincado e inaccesi-

ble de los lugares por donde se encontraban. Su madre, ya vieja, cuya vida él había podido conservar haciendo prodigios de farmacopea rural con auxilio de las indicaciones que ella misma le daba desde su rincón de enferma, continuaba ofreciéndole su consejo y enseñándole cada vez nuevos secretos de la antiquísima hermenéutica bruja salida de los remotos templos de Dangbé, en los que impera Damballah servido por las sacerdotisas dangbesí. en los montes sagrados de Allaba. en el Africa Mater.

Lo que su madre sabía, aprendido de boca de su abuela, —una vieja macacrí que trajeron raptada de la orilla de un río en un gran cargamento para ser vendido en tierra antillana— estaba ahora Jean Ferrou conociéndolo y poniéndolo en práctica con provecho propio o de aquellos que lo buscaban fincando en él toda su esperanza de conseguir extraños beneficios o realizar las más crueles venganzas. Del Cabo trajo una joven, agradable y de raza fina, que voluntariamente se avino a permanecer a su lado, a pesar de saber de la existencia de otras mujeres que lo querían y a las cuales él atendía con el mismo entusiasmo.

Llegó a decirse que sus maleficios causaron la muerte de una muchacha que él no conocía pero que le interesaba a un amigo suyo que le trajo unas velas y algún dinero previamente tocado por aquella que resultó ser víctima. El padre de ésta lo persiguió armado de un rifle y estuvo a punto de matarlo, salvándose gracias a las oraciones, decía, y a las luces alimentadas con grasa humana.

De todos modos, aquello parecía preocuparlo poco. Pero aprovechó la permanencia de Vilbrum Guillaume Sam, como gobernador militar del Cabo, y cuando éste se fué con un ejército de generales a derrocar el gobierno de Puerto Príncipe, lo acompañó muy de cerca; tanto, que llegó a ser su amigo íntimo, su consejero, a quien indicaba ciertas formas misteriosas para liquidar a sus contrincantes.

En el palacio presidencial de la capital se alojó también, como los demás funcionarios, gozando de las delicias de la nueva situación, aunque pasando malos ratos por las

zozobras en que la juventud y la gente de prestigio mantenían al gobierno con su oposición al nuevo orden.

Sobrevivió Jean a la catástrofe que culminara con el atroz descuartizamiento de Sam frente a la Legación Francesa en 1915, por la agilidad de sus piernas, que le sirvieron a maravilla. Escondido un tiempo, volvió a salir cuando ya la ocupación yanqui era un hecho consumado, y sólo algunas revueltas periódicas sin beneficio, eran provocadas por los Cacos o por los hombres del Sur; pero entonces no sentía más ganas de meterse en líos.

Fué por ese tiempo cuando Jean Ferrou decidió internarse en los alrededores de Mont Cabrit, en una pequeña parcela de terreno que compró por poco dinero. Con su mujer del Cabo y dos hijos ya mayorcitos, se dedicó a laborar la tierra; a poco tiempo, sin embargo, eran conocidas sus cualidades de **hougan**, en tratos con los misterios y las hechicerías de Lucifer, con quien se dijo había hecho un pacto secreto de sangre. Y efectivamente se repitieron allí las escenas de aquelarre que antes practicaba en las inmediaciones de Milot, en el Norte. Cobró renovado impulso la frecuencia con que aquellos actos se celebraron y comenzó a acudir a su casa del pie de la montaña gente de todas partes que oyeron hablar de su poder sobrenatural. Brujos y sortílegos de maniobras secretas que menudeaban, y lo obedecían como a un **bocor** superior. Creyentes de los misterios bajaron desde todos los rumbos a consultarlo, a buscar un amuleto, a pedir una droga o un filtro, para preservarse de cualquier inconveniente o con el cual ejecutarían una venganza o conquistarían una mujer esquiva, o bien recuperarían la salud perdida.

Era Jean Ferrou el santo milagroso de la región, en quien todos confiaban para los más diversos menesteres. A la vez, se había creado una especie de estado mayor, una espesa red de ayudantes bien pagados en dones espirituales y materiales que se extendía hasta los más apartados rincones del país. Hombres, mujeres y muchachos los po-

nía bajo su mando y los enseñaba a obedecer sus indicaciones con las más elementales palabras. Los adiestraba en el conocimiento de ciertas plantas, aunque jamás les dijo sus propiedades. Les señalaba los lugares por donde podían obtenerlas y la manera de conservarlas en determinados casos para que no perdieran su virtud, que él completaría con la ayuda del luá. En los diferentes barrios de la ciudad, y aún alquilados como sirvientes, jardineros, mandaderos, en ciertas casas de gente rica, tenía apostados y listos para atender a su llamado, tipos que actuaban con la fé del sumiso creyente, seguros de que su vida, su salud, su felicidad, dependían de aquel diablo negro de ojos encendidos, que tenía en su poder todos los misterios africanos. Era una obsesión inevitable la que poseía a cada uno de sus acólitos, que en su servicio eran como poderosos tentáculos moviéndose en todas direcciones y a distancia, de la manera que él mandaba, en uso del más impenetrable secreto; ese secreto asombraba a tántos, por la incapacidad que los rodeaba de comprender el modo empleado para que los hechos de apariencia milagrosa, terribles o clementes, se ejecutaran cuando este extraño sacerdote de la magia negra se ponía de acuerdo con las divinidades del rito, en la oscuridad de un cuarto donde habían diversos artefactos del oficio, que parecía imposible ponerse a salvo de su poder.

A Jean Ferrou se le tuvo por autor, o tener conocimiento, o haber preparado la droga aquella que convirtió al canciller de la Legación Francesa en un pelele en manos de Mademoiselle M...., con quien mantenía relaciones amorosas que parece él estimó no tendrían ulteriores consecuencias, y que lo retuvo en su casa oculto durante once años sin que pudiera decidir atender la orden de traslado a Montreal en un ascenso que su gobierno le otorgara. Las circunstancias en que desapareció del hotel donde residía, precisamente la víspera de su embarco para Norteamérica, dió lugar a investigaciones policiales en que la diplomacia extranjera intervino, para aceptar luego una explicación poco satisfactoria.

Se le supo culpable del maleficio que hizo perecer sin enfermedad aparente a Antenor Pierre, que había maltratado a golpes y de palabra a una mujer que no quería seguir siendo suya... Una noche, mientras Antenor dormía en una habitación donde también estaba su hermano, despertó ahogándose con una emanación esfuminosa mal oliente que sólo él sentía, que le saturaba los poros y se le anudaba a la garganta y le magullaba materialmente el cuerpo en una presión mortal. Se le había oído decir algunos días antes, que una camisa suya acabada de quitarse, le fué robada, sin que pudiera sospechar quién era responsable del hurto.

Si Antenor hubiera sobrevivido, quizás podría contar cómo se vió, reproducido en un ridículo muñeco de cera virgen de dos pies de largo, mezclada la pasta con trozos de tela de su propia camisa desaparecida. Rociado con agua sucia de pozo, polvos de asafétida y azufre, una lanceta consagrada al rito había servido para esculpir, a lo largo del cuerpo acribillado de alfileres, unas palabras latinas de extraño significado: **Usatore, Dilapidatore, Tentatore, Soignatore, Concitore et Seductore.**

Se habría contemplado derritiéndose entre las llamas de una hoguera encendida en lo alto de un monte, en la noche tormentosa y bajo un cielo cubierto de nubes negras y espesas; rodeado por una mujer vengativa y un hombre vestido con una larga túnica negra, de aspecto terrible, que rezaban unas oraciones de evocación nigromántica vueltos hacia Occidente, en las que sonaba repetidamente su nombre, y que con unas ramas verdes en la mano gesticulaban y parecían querer orientar el humo que de la fogata macabra surgía. Y quizás llegara a comprender por qué realmente su cuerpo se desplomaba sin ánima en su cuarto, al ver cómo su doble se consumía en un retorcimiento de dolor casi humano, con unos leves chirridos, despidiendo aquellas emanaciones hediondas que allá en su casa, cogiéndolo dormido en la cama, lo ahogaban cumpliendo un inexorable mandato que surgía en la media noche desde lo más alto de la selva cargada de misterios...

La potencia secreta de Jean Ferrou tuvo que sostener una lucha feroz de meses con una hechicera de Petit-Goave que se propuso librar de las redes mortales en que un protegido suyo había caído y que entonces era objeto de la persecución bruja del terrible **bocor** de Mont-Cabrit. Pero una vez más el poder de su magia negra se sobrepuso, trastornando el cerebro del infeliz muchacho, que terminó tirándose a la calle desde la torre de una iglesia, presa de un hechizo, en un salto que resultó mortal.

Pero no era sólo ese tipo de trabajo al cual podía Ferrou dedicar sus actividades. Mucha gente le debía bienaventuranza, triunfando en negocios, logrando aspiraciones, conquistando el amor los enamorados en despecho, que a él acudían. Preparaba **owangas**, resguardos, drogas de felicidad, cuyos resultados se decían ser maravillosos. Aconsejaba en los casos de enfermedades y muchas veces lograba la curación de enfermos, indicando tisanas, unturas, emplastos, zumos extraidos de raíces del monte; o despedazándose en podredumbre, o bestias comidas de gusanos, con mataduras horribles, curaron rápidamente cuando les puso la mano y les aplicó sus menjurjes complementados con oraciones y salmos murmurados entre dientes, en gestos cabalísticos que llenaban de confianza a pacientes, familiares o dueños.

El tiempo había ido pasando. Mientras unos adoraban en él, y venían de lejos con el regalo o la dádiva en dinero, otros lo odiaban a muerte con toda la fuerza de su alma, invocando por su parte las potencias superiores, que no quisieron ser sus amigos, para lanzarlas en contra suya. Sentíanse mortificados o humillados con tanto oir hablar del **hougan** de Balan, que milagreaba en el declive del monte, y cuyas proezas misteriosas eran conocidas y comentadas en secreto por todas partes.

Era este el hombre que ahora estaba al borde de la

muerte. Anciano ya, su cuerpo estaba débil. No resistía más la vida. Bastante hizo.

En sus últimos momentos lo encontraríamos nosotros.

Habíamos salido de Pont-Beudet, marchando esa noche hacia el norte, primero por la carretera, que nos llevó a Noliver; luego, por caminos de herradura, a Despinós, a Foucan-Brou, y finalmente a Balan, en la falda del Morne-a-Cabrit, donde se levantaba la casucha del hechicero moribundo.

Se habían congregado allí los moradores de cuantos bohíos estaban diseminados en el llano, en los alrededores de **Trou Caiman** y del lago **Soumatre**, y aún vinieron del otro lado de la cordillera del Hoyo de Agua, rodando por las vertientes del Fondo del Diablo, cruzando los enrevesados caminos de bosques oscuros con ramazones espesos; pasando por entre hondonadas y desfiladeros profundos, en largas caminatas, para venir a rendir tributo al dios de la jungla, que estaba en un tris de transmigrar, para ir quizás a perderse en los lejanos montes de la Senegambia.

Nos hemos acercado. Ya estamos en el recinto, rodeado éste de un tupido boscaje, intrincado y espinoso, de aromas y campeches en flor. De la vivienda parten caminos en las cuatro direcciones, que van a dar primero a bajadas de arroyos, o a la empalizada de algún sembrado de batatas y yucas.

Desde lejos habíamos percibido rumor de gente que habla en confusa algarabía, sin que se pudiera pensar sin embargo que de fiesta se trataba. Es que alrededor de la barraca está reunida una multitud que si bien no se divierte del todo, pasa allí el tiempo de la mejor manera posible, sin demostrar tristeza. Aunque entre la muchedumbre se ven espaldas desnudas y brillosas de campesinos pobres, también abundan las camisas de fuerte azul y trajes de mujeres que si no demuestran en su calidad y en su confección el más elemental sentido del lujo, dan en cambio idea de su procedencia pueblerina, donde la vieja ma-

quinita Singer todavía rinde su labor. Hay grupos de varones solos; y de hembras. También de unos y otros. Nada hace pensar en la muerte. La relación que el haitiano da a este hecho, tenido por nosotros como esencialmente triste, doloroso, acongojador, entre ellos el **trepás** no significa sino una aparente despedida, quizás temporal, y el espíritu del muerto no abandonará a sus amigos, a los familiares, demostrando su presencia de vez en cuando, a través de un **cheval de luá**, o reencarnando en un tiempo más o menos breve, en un niño, en un animal, en un ave, en un ofidio, según la particular característica o la inteligencia que en la vida haya distinguido al que cayó en el trance de partida. De ahí que su salida de entre los vivos, despidiéndose del cuerpo que lo ha tenido en su seno, estímase como asunto temporal, y cuando se quiere que no tarde en volver, ha de ser demostrado el amor que se le tiene, el aprecio de que ha gozado entre aquellos cuyo trato frecuentó o que le están agradecidos de sus favores. Si bien ha de lamentarse su ida, por el pensamiento que ella sugiere de que la ausencia priva a los demás de su intervención directa en ciertos asuntos de tipo psicológico o material, no por ello ha de llorarse a caño abierto. Contrariamente, la fundada esperanza de su no tardanza en volver al seno de los suyos en alguna forma, animará a todos y lo demostrarán estando allí presentes, ofreciéndole sus últimos regalos, que podrán ser repartidos por los familiares a la concurrencia, que comerá, beberá y pasará en fin su noche y todo el tiempo que duren las diversas ceremonias que pudieran celebrarse hasta el enterramiento del cadáver, en el cementerio común o en el patio de la casa, al pie de un árbol, o donde por más conveniente se tuviere...

En el ambiente hay una lenta y suave plegaria que no es triste, ni sugiere lamentaciones. Es una invocación a Legbá, portador de todas las llaves, para que abra todos los caminos a Jean Ferrou y considere en su reino al que aquí ha sido amigo y buen intermediario entre los **misterios** y sus **creyentes**

En la parte más espaciosa de la casa, tienen acostado al viejo brujo que se muere. Está sencillamente acostado allí, vestido con un pantalón y una camisa que si no son nuevos, lucen bien. Una barba de meses, bronca y copiosa, le

cubre la cara negra y fruncida, bajándole en abandono hasta el pecho. Multitud de personas, de rostros indescifrables, cantan unos salmos sagrados en un criollo difícil de entender, pero del que se pueden distinguir algunas frases del latín eclesiástico usado por los curas en el oficio del responso, junto al túmulo funerario. Rodean al moribundo, que yace en tierra, sobre su voluminoso colchón de hojas verdes de ciruelo y guanábano. Son los allegados de su cofradía. Y junto con ellos, está una reunión pintoresca de aves. A la cabeza, un pollo canelo, y a cada lado, muy pegado a la oreja, dos idem negros, con las patas individualmente mancornadas, en una paciente actitud de descanso, aunque a veces saltan como en gesto de protesta por tener que estar allí inmovilizados. En los costados, un pato negro y otro blanco. A los pies, dos pavipollos adormilados. Salvo los que están a la cabecera, todos parecen vivir bajo el encanto de una inocente espera. Regados en montículos, en cabalística dispersión, frijoles negros, harina blanca y maíz en polvo. Es la indicación, de que en cualquiera de los presentes, aves y gente, o en su descendencia, puede hacer su reencarnación, cuando lo tenga a bien, en la confianza de que volverá a encontrar amigos y alimentos. Una cruz pintada con añil en la tierra y en las hojas de puertas y ventanas, dicen que ningún espíritu enemigo osará acercarse donde esté Ferrou.

Hace ya cuatro noches que el dios agonizante se debate entre la vida y la muerte. Los últimos paroxismos lo han agotado evidentemente. Ahora son los ronquidos fatales. Señales inequívocas.

Jean Ferrou, que todo lo sabe, dijo ya su aviso. Dió las últimas disposiciones. Su hora, la hora final, se acerca. Y todos esperan, espectantes, la entrega de su místico poderío al nieto de seis años, que allí aguarda, aletargado en un sopor como de inconsciencia, que le fué provocado expresamente por la ingestión de una droga secreta preparada con tiempo y que serviría para el caso. Estando el muchacho así, a la hora de la muerte del viejo sortílego, sería fácil trasmitirle, con el soplo vital, la base anímica sobre la cual habría de fundar el conocimiento y desarrollo de las virtudes atesoradas por el abuelo. El era el escogido. Algo así como el Mesías que con el tiempo vendría a llenar el

hueco dejado por el que se iba. En él tenía depositada su confianza, si es que a última hora no decidía quedar libre para ir a deambular por los remotos parajes de donde vinieron sus ancestros.

Las cantinelas rituales se suceden, llenas de un suave embrujamiento adormecedor. Es la despedida al dios de la jungla, cuya alma no se sabe si va a quedarse entre ellos o irse lejos.

Mientras el hechicero echa el último respiro, algunos grupos de la gente del patio, acurrucados junto a las hogueras de bejuco seco y lomo de hojas de tabaco, se calientan y espantan los mosquitos que zumban fieros. Unos fuman su pipa de barro cocido; otros chupan cigarros o comen trozos de carne asada con boniato de los que se reparten a menudo. Pronto llegará el momento de empezar una danza del ceremonial en honor del que va a morir.

En tanto, hablan y juegan a los dados. Otros cuchichean Cuentan todas clases de historias y refieren apariciones en las noches de misterios. Hay rostros trágicos, de pómulos salientes, característicos, surcados de sombras fugaces. Hay ojillos relampagueantes, de atisbos feroces. Se suceden momentos en que la escena parece típicamente de aquelarre.

Del extraño clan hay uno, que sobresale por su color: es un tipo aparentemente albino el pelo grifo, cuyas cejas participan de la misma coloración. No abundan en los contornos individuos así. La creencia popular afirma que el albino es descendiente de un dios afro-haitiano, y dueño, por tanto, de poderes sobrenaturales que un día, más tarde o mas temprano habrán de ser desarrollados. Pero este que hemos visto en el velorio, según nos aseguró el amigo Angurin, no tenía tal punto de contacto con divinidades negras. Se trataba llanamente de un muchacho que sufrió de asma y Jean Ferrou le hizo dar una infusión de la semilla de ajo de mate, o uari, planta rara pero cuyas propiedades no se ocultaban al brujo, que le hizo traer de unos pajonales de la montaña, cerca del Fondo del Diablo. El paciente sufrió al principio una tremenda crisis total

del organismo, fiebres altísimas, dolores de cabeza y del cerebro, parálisis general, ceguera temporal y un sinnúmero de violentas reacciones mentales que le duraron meses. Mientras tanto, su curador seguía tratándolo y suministrándole a la vez, unas tisanas de hojas y zumos de arbustos, raíces montaraces específicamente indicados en la farmacopea afro-voudú, que él se empeñaba en mantenes ocultos aún a sus familiares más allegados. Aquel asmático, a medida que curaba de su quebranto, recobró la vista, pero el iris de los ojos ofrecía un blancor sospechoso. La piel había ido cambiándose por una epidermis rojiza que daba la impresión en los primeros días, de estar en carne viva. Finalmente, quedó libre del asma y a simple vista parecía un hombre blanco de raza ordinaria.

Más tarde supimos que habiéndose producido en el país otro caso más o menos igual, fué objeto de atención y estudios médicos legales, por los cuales pudo reconocerse en la semilla del ajo de mate, la presencia de una sustancia que afecta el pigmento. Aquel hecho, ocurrido en un enfermo que atendía el más fuerte **owangateur** de la región, hizo pensar a la comunidad fanática que se trataba de una fórmula mágica para sanar y transformar a un hombre. Ello aumentó la confianza ciega que en él se tenía, devengando a la vez las naturales ventajas materiales que podía cosechar. Aquel que fué causa de este extraordinario experimento, se sentía orgulloso, satisfecho y agradecido por el evidente cambio operado en su persona, que le reportaba halagos que jamás había sospechado.

Nuestro compañero nos dió interesantes detalles sobre el caso. Nos habíamos detenido frente al individuo, sin que le llamara la atención nuestra presencia. Sabía que Ferrou cultivaba relaciones con personas que venían a verlo con frecuencia desde todos los rincones del Departamento. De seguro pensaba cuando nos vió, al igual que muchos otros, que se trataba de uno más de los agradecidos al gran **bocor**. Al amigo en cambio, lo vimos tratarse familiarmente con varios de los allí presentes, que respondían respetuosos nuestro saludo con un —**Bon suá, m' sieur.**

Un joven de la capital que se nos unió, trajo de la

casa una botella grande sin descorchar, de la que nos servimos un buen ron. Habíamos visto repartir **trempé limón**, que los demás habían tomado en jarritos de lata y en vasijas de calabaza.

P'ti Fred, un muchacho que gozaba fama de cuentero, se adelantó callado, a gatas por el suelo donde estaba sentado, hacia la fogata, y extendió piernas y brazos Cuando chasqueó la lengua entre los dientes, todo el mundo comprendió que algo tenía que decir. De tal manera sabía poner la cara, con una expresión tan pícara, tan insinuante, que si no provocaba una risotada con el chiste rudo del consentido que él era, hacía estremecer —se decía— con la violencia del relato de sus tragedias extravagantes.

—Hum... La otra noche —comenzó— yo venía por la orilla del monte... Hum... Todavía tiemblo y me duelen los pelos: veo cinco **bakás**, (1) cinco pequeños **bakás** negros como el infierno, con los ojos de brasa, sentados en la yerba. Me miraban y miraban luego a la luna. Parecían querer imitar a los sapos. Y juro por mi abuela que estaban comiendo cocuyos. En verdad, en verdad. Créanme. Desde luego que ellos no hacen mal a nadie... Pero sólo se dejan ver cuando algún **gran-papá** se va... Me tiraban de la soga que llevaba a la espalda. Son inofensivos los pobrecitos. Y saltaban, saltaban, como si se alegraran de algo. No sé de qué se alegraban los malditos. Pero sentí frío en las orejas. Yo nunca siento frío. Yo soy un gran negro. Sí, yo soy... Y bien, los bakás saltaban y bailaban de contento. Me recordaron una canción que ellos saben apreciar. Ellos, los imbéciles, en las noches de fiesta de Legbá: Yo les cantaba:

Belle neg'uesse, m'rinmin r'en pile. (2)

Y saltaban al son de mi canto, agarrándose unos a

(1) Gnomo de dudosa existencia de la demonología voudu (Jacques Roumain..

(2) *Bella negrita, yo te quiero mucho.* Es el primer verso de una canción popular del país.

otros, y entonces sí que parecían ranas, ranas grandes. Yo tuve que salir corriendo y dejarlos bailando para que no me siguieran... Al llegar a casa de **compére** Pierre me dijeron lo de Jean Ferrou...

Siguió P'ti Fred contando otros disparates inocentes que despertaban las ganas a los demás de intervenir con lo que creían interesante para entretener y matar el tiempo en el corro. Otro había empezado:

—Pues yo me bañaba un día en el río...

Pero voces de dentro le interrumpen de pronto. Entonan en ese momento cánticos sagrados del rito, llenos de sonidos guturales. Dos sacerdotisas jóvenes, **maitresses** destacadas de ropa escasa, pies ligeros, pañuelos rojos y amarillos al cuello, bailotean ceremoniosas y como emocionadas alrededor del papa-bocor que ya casi expira entre contorsiones sin vigor y muecas sin expresión que señalan el auténtico final.

P'ti Jean, el nieto que yacía inconsciente en un rincón de la sala, fué arrastrado sin que pareciera saber lo que con él se hacía. Con la cabeza caída, como sumido en un sueño profundo, al muchacho lo pusieron cerca del agonizante. Ferrou le agarra las manos en un gesto de ciego, ayudado por una mujer. Pronuncia palabras confusas de ambigua significación, que se pierden en el rumor de la dulce melopea con que giran las dos sosí venidas de lejos para llenar el cometido sagrado. Hace un esfuerzo. Atrae al negrito, le sopla a la cara, como si quisiera unsuflarle la vida que se le va. Se deja caer pesadamente, y se queda quieto, con la tranquilidad definitiva en que ha de encontrarlo la podredumbre inevitable.

Una salmodia, de letra y tonos diferentes, pregona ahora el sueño en que ha caído el dios y el despertar probable del nuevo fetiche. Sin embargo, el muchacho quedó tirado allí, sumido en el sopor que le produjo la droga con que se lo quería tener preparado para el traspaso milagroso cuyos efectos no comenzaban a producirse...

Durante todo el día los despojos del que había sido Jean Ferrou, permanecieron expuestos en medio de la sala, tal como se hubiera hecho en el seno de una familia de tipo corriente en nuestro medio, excepto que el cadáver había sido colocado a ras de tierra sobre una colchoneta nueva de hojas frescas traídas en la mañana de los alrededores.

No se le consideraba como un simple cadáver. Le seguían dispensando las mismas atenciones que si se conservara en perfecta salud y sólo estuviera descansando en su casa. Le conversaban como si se esperara que de un momento a otro manifestara algún deseo, interviniera en la conversación o bien ordenara algún rito especial. Aunque había quedado en la última postura con un ojo entreabierto, el aspecto de su rostro no era repugnante. Algunos venían de vez en cuando y le sonreían preguntándole si estaba cómodo, y le ofrecían respetuosos cualquier halago.

Uno de los tambores sagrados sonaba profundo de tiempo en tiempo, mientras un grupo escogido de hombres y mujeres bailaba una danza complicada, de un trenzado gracioso y rítmico, de idas y vueltas, reverencias e invocaciones a lo alto, como si se pidieran favores a las divinidades, cuyos nombres iban envueltos en la melopea, que a veces tomaba tonos acelerados en armonía con los místicos danzadores.

Hubo momentos en los cuales el atabal se precipitó en una cascada de notas iguales que provocaba una obsesión reflejada en el vórtice enloquecido con que los practicantes movieron pies, brazos y cuerpo, en contorsiones de locura.

Fueron varias las sesiones de baile de este tipo, durante todo el día. En la noche, cuando la luna estaba alta y lucía con claridad irreprochable, se puso el cadáver en una caja burda de madera, traída de la ciudad, y la comitiva tomó el camino hacia una loma cercana, llevando en hombros la carga. En la ruta, cantaban y bailaban, zigzagueando, sin detenerse, cuantos acompañaban el féretro, incluso aquellos que ayudaban en el transporte. Las voces bemoladas, se perdían, repetidas infinitamente por farallones y oquedades profundas. En el hoyo abierto, la clari-

dad lunar dejaba ver hasta el fondo. Allí colocado el ataúd, le fueron rendidos los últimos honores, con una danza mística, en la que intervenían de modo principal dos sacerdotisas, protegidas de la **maitrésse** Ersilié, mientras lanzaban al cielo una cantinela que no demostraba tristeza, sino más bien indicaba la esperanza del pronto retorno, investido Jean Ferrou de nuevos poderes y virtudes para provecho de amigos y familiares.

Después, el regreso, para comer y beber como si fuera un simple acto de cumpleaños y de regocijo, aunque no se hicieron demostraciones exaltadas de alegría.

Tal es la historia de la vida, los milagros y la muerte, de este Jean Ferrou, famoso entre brujos y creyentes, novicios o iniciados en los misterios que atormentan o hacen feliz el alma del vouduista.

2

REVOLTILLO DE CREENCIAS

En casa de Tancréde Oreste, el solterón elegante y rico, esposo de Ersilie, la buena, se reunían con frecuencia algunos íntimos del dueño.

Unas veces para tratar de temas generales, de política, o bien de los últimos hechos sociales. Pero a menudo también se hablaba y se discutían las creencias populares, que cada día invaden más los sectores aparentemente alejados de tales corrientes.

Entre los concurrentes asíduos a las veladas de la garconiére del barrio elegante donde vivía Oreste, estaba Angurín, Joseph Angurín, el muchacho que poseyendo un poderoso talismán de amor, conquistó la muchachona que antes lo desdeñaba con una crueldad desesperante.

Allí se comentaban muchas cosas. Noches hubo en las que sólo de los misterios de la vida se habló. Entre esos misterios tenían mención preferente los que fueron importados hace ya muchos años con los trabajadores rapta-

dos por los traficantes negreros en los montes africanos. Es verdad que el ambiente de las nuevas tierras, el tiempo transcurrido y los elementos materiales que se les habían agregado, fueron formando algo así como capas espirituales diversas que sin crear entusiasmos separados, fueron acomodando interpretaciones afines a su primitiva religión.

En aquella casa tuvo el conquistador de Petion-Ville, el ya célebre y vivaraz Joseph Angurín, muchas veces la primera noticia sobre hechos desarrollados en el interior de mansiones insospechables, en barrios bajos de la ciudad, en la campiña portoprincien, o en lejanos montes o pueblos de más allá de los límites del Departamento.

Luego, sentado con nosotros junto a una mesa de Sea-Side-Inn, o caminando por las avenidas de **Champ de Mars**, surgía una alusión sobre este o aquel hecho, que nos interesaba aclarar, confirmar o desmentir. De ese modo, la llave de paso, la fuente pródiga, satisfacía nuestra curiosidad. Y no fueron pocas las veces que la mención de un punto determinado, trajo aparejados otros más de positiva fuerza emocional.

Pudimos comprender entonces por qué se inquietan muchas personas, de vida y costumbres nada sospechosas, que odian sinceramente las prácticas brujas o hechicerías negras, y que se afiliaron a la religión cristiana o al protestantismo, asisten los domingos a la catedral, se arrodillan, confiesan, comulgan, ruegan al santo de su devoción, o bien van a la **church** a entonar en coro los salmos que dirigen una inglesa o un predicador americano. Esa gente os preguntará, cuando encuentre alguna duda:

—¿Y tú qué eres? —esperando que se le conteste:
—¿Yo? Católico, apostólico y romano. O lo otro:
—Soy protestante.

Es una fórmula muy socorrida, y el acerto supone ventajas, de las cuales se aprovechaban los vivos. La manera de responder le abrirá a uno la acogida más cordial, la más

completa probabilidad de complacencia, los deseos de ser bien servido por aquellos de la misma creencia. Viene siendo ya como una anticipación de que el entendimiento mutuo puede producirse más fácilmente; es una aquiescencia previa. Esos casos, desde luego, no son los más. Lo corriente es el encuentro con la fe dirigida en otro sentido, muchas veces hacia insignificancias cabalísticas que tienen su razón de ser en un complejo psicológico muy humano: el deseo de la felicidad, buscada ésta de una particular manera.

La mayoría de las vendedoras ambulantes, o en el mercado, o las que se estacionan con sus bandejas repletas de frutas o baratijas, en las aceras y portales, prefieren hacer su primera venta, su primer negocio, con una persona que tenga chance. Es decir, que ella crea ser de buen ojo o buen agüero. Para informarse de tal cualidad no vacila en preguntar al que en ese momento se le acerca:

—¿Quí chance'ú...? (¿Qué suerte es la tuya?)

Y si se le contesta,—en el supuesto de que se ha entendido la intención: —Mujer u hombre, y su suerte coincide con la vuestra, os vende con gusto y suplica tocar siquiera la mercadería, aunque no se vaya a comprar nada, en la seguridad de que ese solo hecho hará que venda rápida y felizmente todo cuanto allí tiene.

Si por desgracia, tu suerte no es acorde con la suya, entonces —oh calamidad— no te atiende, no te mira de frente, no te permite tocar sino exclusivamente lo que haya caído bajo tu mano. El dinero tendrás que tirarlo al suelo, de donde ella lo recogerá haciendo un amplio gesto exorcizador sobre él y en el espacio, para conjurar la fatalidad probable que su contacto pudiera traerle.

Si después de haber tocado algo de lo suyo, decides no comprar, estando bajo la impresión ante ella de no serle dichoso, arrancará furiosa un pedazo de papel estrujado del que guarda a mano, escupirá ligeramente sobre él, rociará sus pertenencias y después te lo tirará encima al

dar la espalda, maldiciendo del encuentro. Con todo, lo más probable —piensa ella— es que tenga desde entonces un día indeciso en su negocio.

La de más allá hará su primera venta sólo a una persona del mismo sexo de su primogénito: esto, cree a pie juntillas, le dará **bon chance**, buena suerte. Si quien aspira a comprarle no es la persona que le conviene, ruega que pase el dinero a otra de sexo diferente, y así no se expone a contrariar la suerte, o de ese modo la atrae.

Llama el haitiano tener **chance**, al hecho de ser uno seguido en su nacimiento por un hermano de sexo opuesto al suyo propio. Es el caso de tener **chance natural**. Es la virtud espontánea para que las primeras transacciones de cualquier índole, operadas con otras personas que está en el mismo caso que uno, salgan satisfactorias para ambos; luego, las que hayan de seguir en el curso del día con otros individuos, le resulten a uno particularmente ventajosas. Esa buena suerte natural, ese fluído magnético y misterioso que se dice acompaña a determinadas personas, con quienes el sólo acto de conversar, cambiar una sonrisa, con apretón de manos, atrae un cierto bienestar personal que se convierte en optimismo frente al éxito obtenido en algo que luego se emprende. La sugestión en esto es evidente, y resulta obvio hacerla observar.

Hay también otros casos de tener **chance**. El que te ha sucedido en el próximo parto de tu madre, es de tu mismo sexo. Eso no quiere decir que por ese sólo hecho seas particularmente fatal. Pero conviene que el **misterio**, hablando por boca de un **bocor** o de un médium de confianza, te diga las pruebas a que debes someterte, a fin de alejar la eventualidad a que estás abocado de no ser dichoso en ciertos trances...

Eres hijo único, pero necesitas saber cómo está tu suerte: el brujo, el mago, el hechicero, consultará su clave secreta para sacarte del apuro. Es en fin, una gama pintoresca, que ofrece las más curiosas variantes y que evidencian a ojos vistas la preocupación por desentrañar los de-

signios misteriosos que rodean la existencia humana. Las páginas del **Dragón Rojo** y de **La Cabra Infernal**, son interoretadas en la intimidad de una habitación oculta, a la luz de un cirio vacilante. frente al altar presidido por el espíritu inteligente de Damballah junto a su intermediario Papá Legbá.

En relación con este tipo de fanatismo, era bien conocido el caso ocurrido a un muchacho dominicano residente en Puerto Príncipe que pasaba las de Caín por falta de dinero. Sin embargo, siempre andaba con una caja de cigarrillos Lucky-Strike recién encentado. Por mejor decir: era ese el cigarrillo que fumaba; cosa inexplicable, visto el lujo que ello significaba, estando escaso de numerario. Más claro todavía; siempre estaba en la lona: pero se daba el lujo de fumar esa clase de cigarrillos

Cuando se reunía con tres o cuatro compatriotas, era el eterno anfitrión del preciado tabaco amarillo. Los demás no estaban en mejor condición económica que aquel. De ahí que sacarlos siempre de apuros en lo que a la fuma se refiere, constituía para ellos, infelices desamparados, una satisfacción digna de tener en cuenta. Su gratitud llegó un día a cristalizarse confabulándose alegremente todos para designarlo, con toda solemnidad, en magna y ceremoniosa sesión cómica, Príncipe Protector de los Fumadores en Quiebra...

Fué un fresco medio día, después del café del almuerzo. Ya lo habían interrogado entre chistes, sobre esos milagrosos cigarrillos que sin falta surgían diariamente desde temprano. Siempre sonreía socarronamente, guiñaba un ojo y contestaba en francés:

—**Ca c'est un mistére, chers amis, un mistére...**

Hasta que llegado el momento de la respetable decisión en virtud de la cual empezaría a lucir el pomposo y extraño título nobiliario, resolvió contar el por qué y la génesis de sus **misteriosos** fumastéricos

Era una simpática y apetitosa morena que todos conocían, dueña de un puesto de venta de productos de alcohól, tabaco, etc., de la Grand'Rue, a donde iban de tarde en tarde, que le había confiado ser él de buena suerte para ella, y que tenía encargo de brindarle algo cada día. En consecuencia, suponiéndole un muchacho de bien que seguramente prefería ante toda otra cosa, fumar cigarrillos buenos, le suplicaba pasar por su establecimiento cada mañana, temprano, sin haber hablado con ninguna otra mujer: encontraría siempre, sobre la mesa-escritorio del despacho, un paquetito marcado: "Monsieur Fulano". Contenía la consabida cajetilla de Lucky-Strike, cuidadosamente envuelta en papel de estraza. El lo tomaría sin preámbulos, murmuraba un **Bon jour mad'selle** y se retiraba. Si deseaba volver luego a departir con la **maitresse**, podía libremente hacerlo.

Por supuesto, el muchacho, truhán como él solo, aprovechaba legalmente su buena estrella. Los demás, se sentían contentos de tener tan cerca tamaño talismán.

La anécdota tiene su razón para figurar en estos relatos. Es que brotó como un simple recuerdo de cosa ocurrida en aquel medio, que llegó a nuestro conocimiento y cuyos detalles nos fueron proporcionados por más de uno de los que con el hecho tuvieron algo que ver. La relación y enlace que tiene con lo expuesto en las páginas precedentes, justifica su intromisión en este lugar, ya que a nuestro ver, no tendrían cabida en ningún otro.

Angurín nos dió a entender —cosa que no nos era del todo extraña— que el vouduista puede practicar cualquier religión, fuera de la propiamente suya, desde luego de modo hipócrita y exponiéndose a que cuando menos lo espere se presente el luá en su propio cuerpo y lo haga ejecutar demostraciones vergonzosas delante del cura, mientras comulga o se arrodilla para recibir una bendición. Cuenta de casos repetidos en la capital y en los pueblos del interior, con individuos de cierta cultura y hasta de apreciable ni-

vel social, que por lo mismo tratan de mantenerse aparentemente alejados de las prácticas secretas que pudieran mostrarlos ante la sociedad en que se mueven, como fetichistas.

Es de pensarse que esto ocurre a causa de una poderosa reacción psicológica ante la obsesión del misterio voudú, infiltrado en temperamentos débiles, indecisos, aptos para ser mortificados por la fuerza de la conciencia ante el hecho consumado de la traición a la creencia que les inculcaron los abuelos, y que llevan dentro de sí, incapaz de ser acallada por una simple simulación.

Se tiene por cierto que el don de la palabra profética es un hecho incontestable, en los momentos solemnes en que el espíritu de un dios ha encarnado en el mortal que goza de tal privilegio por concesión "divina". Esa "posesión" jamás se efectuará en personas menores de diez años de edad. Y esto así, después que el individuo ha recibido la consagración del bautizo voudu, tras de haber demostrado **involuntariamente** estar investido por esa virtud, por condescendencia de los dioses. Es posible —se asegura— que antes del bautizo se presente algún **luá** en el cuerpo del individuo que tiene madera para tal servicio. Pero lo que entonces hace, es producir escándalos torpemente, gesticular, nunca pronunciar palabra, dando señales de aparente locura. Es algún sacerdote consagrado de la religión, el que se encargará de interpretar las profecías que pudieran surgir por boca de un **cheval** (caballo o médium) utilizado por el dios, cuyas expresiones son escuchadas y atendidas con la reverencia más completa.

Un atardecer veníamos del campo, en la carretera que sale del portal de San José. Nos llamó la atención un árbol frondoso, de los cuales abundan en nuestros predios. Era un jobo, cuyo fruto, más grande que la ciruela común, es ácida en extremo, pero muy apreciada por los cerdos.

—Un Mapou. El árbol sagrado —dijo nuestro amigo.

Merecía una explicación. No era que ese precisamente estuviera consagrado. Es que las matas de tal clase, y otras de ramaje espléndido, se consideran como **árboles astrales**, y son dedicados como reposorios de los sacerdotes del rito, cuando previamente han sido señalados por algún miembro del Olimpo voudú para que bajo su copa, a su sombra, en ciertas noches, se practiquen determinadas ceremonias. Se los cuida, no se les cortan ramas inútilmente. Su frondosidad inspira respeto y temor a la vez. Por eso en algunos patios espaciosos de casas, se conservan esos ejemplares. A su sombra se celebran ciertos actos y se ofrecen comidas que son ofrendas a las divinidades.

Es de recordarse a este prpósito, la histórica ceremonia del bosque Caimán, en la región del Norte, presidida por Boukman, adorador de Damballah, y quien se decía protegido de Ogoun Badagris. Fué bajo la copa monumental de un **mapou**, donde se reunieron los seguidores de aquel líder.

Cuando tal noticia teníamos de la cualidad del jobo, como árbol generalmente consagrado para reposorio y prácticas rituales, recordamos lo que de Alivonú habíamos oído, dando lugar a pensar que de una misma cosa se tratara. Entonces vino otra aclaración.

—No, mi viejo, —se entusiasmó Joseph, aprovechando la oportunidad de ilustrarnos. En la religión voudú, Alivonú es un dios doméstico y genio de los árboles. Alivonú es toda una personalidad. Es el protector del hogar. Tú has visto que en todos los patios de las casas hay siempre árboles. Te diré: lo más a menudo se trata de árboles sembrados en honor de esta divinidad. Alivonú es invocado al pie de esas matas, en caso de enfermedad.

Por lo que sobre esto siguió refiriendo, pudimos comprender que la curación de enfermos después de una invocación de este tipo, ha dado ocasión a que también por esta circunstancia haya ejemplares consagrados como milagrosos en muchos patios. Se cuidan y reverencian en verdad como

divinidades, ya que se estima estar en ellos materializado el espíritu de un dios. Ese dios es el **gran dueño del bosque**: Papá Locó. A él son dedicados ciertos salmos y cantinelas, que se modulan al claro de la luna, en las noches apacibles. Son los momentos propicios para rogar su protección más efectiva al gran **Locó.**

Por la calle que pasa por entre el Bataclán Bar, y el mar, un hecho se desarrollaba que atraía una multitud de curiosos. Un grito agudo repetido en tono desesperado dió desde el primer momento idea de la ocurrencia:

—**A muée! A muée! Di-fé...** (Socorro! Socorro! Me matan!)

Aunque la tarde había caído y la noche avanzaba, se podía ver desde treinta o cuarenta metros de distancia, a un hombre que golpeaba rudamente a otro, sin que la víctima pareciera intentar fugarse. Más bien daba vueltas alrededor del que lo maceaba con un pesado garrcte, manando sangre de cara y cabeza. De entre el grupo de personas, nadie se disponía a intervenir. Miraban con interés pero permanecían en una actitud que denunciaba su convencimiento de que veían algo que merecía su respeto y hasta su más completa aprobación.

Eran conmovedores los gritos:

—**A muée! A muée! Di-fé! Pa-don papá...**

—**Ma futt' thuyé li, salop!** (Yo mato este maldito.) Y descargaba con nuevo ánimo el coco-macaque en la cabeza, en la espalda, en las costillas del infeliz, que parecía cogido por una red invisible que no lo dejaba escapar.

El murmullo que salía de la concurrencia era más bien de satisfacción y contento que de disgusto por el espectáculo que estaba viendo. Los golpes sonaban como si fueran dados sobre el tronco de una palma en pie. Los que caían sobre la cabeza del desgraciado, lo hacían agacharse, doblarse, y daban la sensación de que el hombre iba a caer tendido en tierra de un momento a otro. Los golpes eran firmes, recios, repetidos. Sólo cuando el castigador se detuvo en su tarea,

el otro se tiró a sus pies, jadeando como un animal que acaba de correr un gran trecho.

No conforme con verlo humillado, el verdugo le machacó la cabeza con el pié, calzado con zapato grueso, como quien aplasta una alimaña peligrosa.

—**Ma thuyé ú! Ap'vin'ac-mué.** (Yo te mato. Tienes que venir conmigo.)

El réprobo sufría el castigo, según nos explicaron, por haber matado una culebra en la cual encarnaba Danballah Ouedo y a veces su mujer Aida. El ofidio se arrastraba, cruzando la calle, de la casa de su dueño hacia un solar vecino. El otro no podía decir que ignoraba el misterio. Eso nadie se lo iba a creer. Además, el mismo Danballah, bajando al cuerpo de un caballo humano (**cheval de luá:** médium) pidió que se castigara al bruto irreverente que había cometido la barbaridad de matar su materia favorita. Dijo que el imbécil aquel pasaría por allí a tal hora, y que él mismo, Danballah, lo sostendría para que sufriera su merecido.

He ahí por qué no pudo escapar. El embrujo del dios serpiente lo tuvo acorralado hasta el final. Aún entonces, lo tiró como un fardo al pie del que lo atropellaba y lo iba a obligar a servirle como una bestia en los menesterees más rudos.

En la serpiente también habita de viejo otro dios antiguo del Africa. Pero cuentan que ya Dagbé perdió la popularidad y simpatía, por falta de amor a los hombres de la raza. Por eso **Dan-Dan**, la encarnación de su genio, que se gente, no tiene adoradores.

La culebra vigorosa, de anillos gruesos, de mirada inteligente, —casi humana, se ha llegado a decir— es la que merece los honores de la consagración. En ella están a menudo Damballah Ouedo y su mujer Aida. Hay cantos que dicen:

Damballah Ouedo, ou couleuvre moins.
(Damballah Ouedo, mi gran dios culebra).

Muchos practicantes de los misterios negros tienen en su casa una gran culebra, con la que se encierran y pasan horas enteras. Unos dicen que la conservan como simple ta-

lismán. Otros que es el dios a quien quieren tener siempre propicio...

Personas enteradas aseguran que Damballah Ouedo, tenido en el cielo voudú como el más poderoso, sabio y prudente de los dioses tutelares de la religión, así como su mujer Aida, son seres que comenzaron su vida material en la parte Norte de Haití, cuando la esclavitud era sostenida más crudamente por los colonos franceses.

En vida pudieron disfrutar de la herencia que les dejó el padre Damballah, un rico hacendado, sembrador de café, que tenía en su finca más de trescientos esclavos.

El y su mujer se sintieron horrorizados desde el principio ante el espectáculo que ofrecían aquellas bestias de trabajo, aguantando sol, sereno y golpes, retorciéndose bajo los latigazos del capataz furioso.

Murieron en la isla, después de pasar sus días tratando bien y defendiendo los derechos humanos de los negros esclavos, a quienes consideraban con amistad y aconsejaban en todo momento. Educados en Francia, en un ambiente de moderación y honestidad, no veían con buenos ojos el trato brutal de que eran objeto los trabajadores importados por los negreros. Al temperamento reposado y humanitario de Damballah repugnaba aquella situación, y tuvo que hacerle frente a los que se oponían a una reforma en la organización de las labores ejecutadas por los esclavos.

Aquella benevolencia, aunque le malquistó con los demás franceses de la región, le valió que fuera adorado en vida y lamentada su muerte por los africanos, como la de un benefactor de quien habían recibido beneficios imponderables.

En las ceremonias religiosas secretas que se realizaban, creyeron aquellos indefensos ver bien pronto la aparición de un nuevo espíritu que jamás había hecho acto de presencia entre ellos. Era un ente de modales cortesanos, que hablaba francés y accionaba con una elegancia impropia de los dioses conocidos hasta entonces en la mitología voudú. En toda conversación que sostenía por boca de los **cheval de luás** sobre los cuales se posaba, y la propia identificación con que se hizo conocer, no dejaron dudas sobre quién se trataba. Pastaron dos o tres oportunidades para convencer a todos

los creyentes, de uno a otro confín, de que estaba realmente dispuesto a seguir demostrándoles su amistad y protección desde el más allá. Fué por esa época cuando comenzó a ser conocido por toda la comunidad en su nueva condición de espíritu superior y amigo. El entusiasmo fué creciendo y no tardó en ser convertido en un dios más de la galería de dioses que eran objeto de sus adoraciones y cantos.

Pulcro en su lenguaje, no importa que quien lo sirva sea una persona ignorante, para que desde ese momento, y mientras dure su "presencia" en la materia ocupada, pueda expresarse ésta en francés y accionar con la más completa corrección y tranquilidad. Es esta una de sus características. y ello encanta a sus fervorosos. Fué limpio personalmente, y pide que aquellos de quienes ha de "posesionarse", sean igualmente impecables en ese sentido de la pulcritud. Tanto Damballah como Aida, son amantes de la seda, y ven con agrado que se usen pañuelos de colores vivos enrollados en la cabeza o al cuello.

Las profecías y bondadosos consejos con que siempre favorecen uno y otro a sus admiradores, los han elevado al sitial de distinción donde se los tiene con una jerarquía de superior autoridad.

Sus servidores jamás toman bebidas alcohólicas. Son los refrescos finos los favoritos de Damballah. La horchata le es particularmente agradable. Para recibir la "visita" de tal divinidad se visten de blanco inmaculado. Una simple conmoción o estremecimiento corporal dará la primera señal de su "presencia" en el cuerpo elegido. La expresión facial, la mirada, todo en el individuo así "montado", queda transfigurado en ese momento.

Damballah es pasivo: saluda, pide una silla, se sienta, cruza las piernas. Enciende un tabaco de buena calidad y habla sosegadamente con sus amigos. Pregunta por sus compañeros del Olimpo, que frecuentan por igual el "caballo" de que hace uso, o cualquiera otro vehículo similar. Prodiga sus consejos, habla del porvenir y encanta, en fin, a la concurrencia con su charla. A veces hace chistes y provoca la risa respetuosa de sus oyentes... Damballah es bueno, se dice.

Pero es preciso no incitar su furia. Entonces resulta terrible. Sus protegidos tratan por todos los medios de no caer en desgracia ante él, por ninguna circunstancia.

La ceremonia con que se lo festeja, tanto a él como a su mujer, tiene mucho parecido con las fiestas de Ersilie, por la profusión de ropa blanca, licores finos, cigarros y cigarrillos buenos, así como por el tono suave de las melopeas con que se les honra. Sus demostraciones de amistad son tenidas en muy alto aprecio.

La culebra, como queda dicho, es una de sus materias favoritas, pese a la contradicción que esto pueda sugerir a primera vista.

EL SAN ISIDRO del voudú es objeto de especiales festejos, que son celebrados especialmente el Viernes Santo, por lo cual las autoridades de los campos tienen orden para perseguir a los que practiquen ese día tal celebración, dedicado por la cristiandad a un secular recogimiento. Es el RA-RA Un sacerdote director de la ceremonia se viste a todo lujo de rojo brillante. Invita al gremio de la religión. Muchachas jóvenes que van a tomar parte en el acto se atavían con trajes vaporosos. Se entonan canciones por el retorno oportuno de las lluvias, que fecunda los campos y proporciona abundantes cosechas. Se repiten cantinelas bajo un cobertizo a la caída de la tarde, mientras las libaciones de rigor tienen lugar, no sin antes derramar pequeñas cantidades en tres sitios diferentes, para complacer a los sances protectores. El maíz tostado que se come, es indicio del completo acatamiento, respeto y adoración a los dioses. Es alimento sagrado.

Las jóvenes sacerdotisas, descalzas y vivarachas, conscientes de su misión en ese día, lucen ufanas la abundancia de telas de colores subidos de sus vestimentas, compradas por los cosecheros mejor agradecidos. Revolotean alegres por el recinto, como extrañas mariposas prontas a emprender el vuelo.

Llegado el momento, comienza la romería camino de la cumbre. En lo más alto del monte, el coro salmodia unas cantigas, con lo que se patentiza el fervor de toda la congrega-

ción y se imploran favores de la divinidad para que no olvide la esperanza de sus amigos.

Concluída esa parte, el director prepara lo que se pudiera llamar lo más emocionante de la fiesta. A una señal dada por los tambores, los sonidos agudos del **lambí** y de un tubo de hierro, todas aquellas nereidas de fantasía se lanzan en carrera tendida, bajando por los trillos pedregosos y cruzando zarzales, con las faldas abiertas, los brazos al aire, la cabeza tirada para atrás, mientras otros parches y caracoles diseminados en diversos lugares de la cuesta, repiten aceleradamente una cascada monótona, y unos sonidos profundos, que dan nuevo impulso a las extrañas figuras que pasan cerca, como exhalaciones maravillosas de vida mística.

Llegar al llano con los pies y la ropa destrozados, son méritos que se agregan al entusiasmo desplegado en el cumplimiento del rito sagrado, y se tienen en cuenta por los creyentes. Vueltas a reunirse en el punto inicial algunos jóvenes aprovechan la oportunidad para enamorar a la que más les guste, o que ha lucido esa vez con belleza extraordinaria en la cual ellos no habían reparado. Quizás ese mismo día cargan con la que aceptó fugarse, ébria de clerén con raíces de plantas afrodisíacas. Pero lo frecuente es un entendido previo con el padre o la madre de la muchacha, en el cual se concierta la entrega para un día determinado, sin ninguna ceremonia oficial ni religiosa. Celébrase sólo, algo así como una fiesta, caracterizada por una comida que el cabeza de familia ofrece a base de moro de **guandules**, semillas de cajuil y molondrones. Abunda el **tafiá**. A veces se baila.

Partiendo el novio con la novia, comienza un período de pruebas entre marido y mujer, sin que ello represente una especial responsabilidad de uno y otra. Cuando no convenga continuar juntos, el pacto se rompe y cada uno toma su camino. Los hijos que hayan podido procrear quedan invariablemente con la madre, que por lo general se dedica a fomentar un conuquito para sustento de la prole. Sin embargo, aunque el hombre hubiera tenido otras mujeres, ella pudo haberse convertido en la **mujer oficial**, por el trato, por los hijos y por la mayor cantidad de ahorros que le ofreciera.

Vale apuntar que como en muchos otros pueblos, la virginidad femenina no tiene grande importancia. Además, no existe ley alguna que persiga la gravidez de menores. El matrimonio formal (religioso y cristiano) estílase más comunmente entre personas de la sociedad distinguida. Esto no quita que sea frecuente el concubinato respetable y hasta honorable, cuyos hijos merecen la consideración de todos.

La COMIDA DE LOS ANGELES, —**Mangé Marasá**— es otra ceremonia practicada en campos y pueblos. Tiene una curiosa significación espiritual. Celébrase en memoria de los mellizos muertos y para la misma contribuyen cuantos tengan hijos y quieran aportar su contribución. Mientras más abundante y rica es ésta, más bien recibida será por los festejados celestes.

Son dos platos: comida —con abundancia de legumbres— y dulce. Uno y otro han de ser confeccionados mezclando toda clase de ingredientes en una gran olla puesta al fuego. Contravenir tal consigna, puede dar lugar a una ocurrencia desgraciada. Servidos en una mesa grande cubierta de blanco inmaculado, se cierra con llave la habitación y se deja sola. Entonces la concurrencia entona unas cantatas, mientras los ángeles bajan a recoger la esencia íntima de aquel alimento, aún cuando al cabo de un par de horas, al abrir la puerta, todo parece igual a como se pusiera al principio. Se tiene la idea de que ya ha perdido totalmente su poder nutritivo para cualquier humano que luego quisiera comerlo.

Tres veces al año tiene lugar esta inocente celebración: Sábado Santo, el día de la Ascensión y la Noche Buena.

Haciendo propicios a los gemelos muertos, éstos velarán por la salud de los niños vivos, librándoles además de los hechizos con que quisieran hacerles daño los brujos...

VOCABULARIO

A.—

AGOUE: Dios del mar, de ríos y de lagos. San Expedito lo representa.

ALIVONU: Dios doméstico y genio de los árboles. Se le tiene como protector del hogar.

B.—

Badagris (Ogoun): Dios guerrero, sanguinario, cruel y vengativo.

Baká: Gnomo de dudosa existencia de la demonología voudú. Al igual que el **Choché**, el **galipote** y el **lugarú**, tiénese al baká como un mero producto de la imaginación exaltada y el miedo supersticioso del criollo.

Bambóche: Fiesta corriente en el campo o en los barrios de los pueblos.

Baíllí: Casa, iglesia o templo donde celebra oficios la cofradía voudú.

Barón Samedi: Genio guardador del cementerio.

Baukman: Jamaiquino, jefe de 125 cimarrones que llevó a Haití consigo y tomó parte activa en la sube-

vación contra los franceses. Biassou, que le obedecía mientras estaba a su lado, era su gran rival, quizás el más temible, y pretendía ser el heredero de la gloria y el valor que al primero se reconocía.

Bocor: Brujo de categoría elevada.

Bout-pied: Persona mocha de un pié.

C.—

Cabrit san' corn: Chivo sin cuernos, o en el lenguaje sagrado del país, un niño o una niña.

Cailli: Casa de campo. Vivienda rústica.

Cheval de Lois (Médium): "Es de notar que los observadores haitianos mencionan el caso de que la "posesión" (del lois) surge espontáneamente en personas de cierta cultura y de cierto nivel social, que en consecuencia viven bastante alejadas del medio voudú. Hacen notar asimísmo que la "posesión" se manifiesta en niños de más de 10 años." Kleber Jeorges Jacob.

Choché: Véase **Baká**. Fantasma, aparecido.

Church: Palabra inglesa, que frecuentemente mezclan con el créole. Iglesia.

D.—

Damballah Ouedo: Uno de los dioses del cielo voudú. Su primitiva encarnación, se dice, fué un francés que vivió en el Cabo, que dió grandes demostraciones de compasión y bondad hacia los trabajadores negros traídos del viejo Continente, maltratados por los colonos de la región Norte del país. Cabalga en las materias idóneas para recibirlo y sigue ofreciendo sus consejos a los amigos. Otra versión de su ascendencia asegura que viene de la Costa de Oro, donde vivió primitivamente.

Aida Ouedo: Mujer del anterior. Es también una buena amiga.

Dan-Dan: Culebra de pequeño tamaño que se arrastra pos entre los matorrales menores. Es la encarnación del genio de Dangbé, dios antiguo adorado por los viejos africanos del Dahomey.

Dosú: Dícese del hijo que nace del parto siguiente después de haber tenido la madre unos mellizos. Se asegura que tienen la virtud de la adivinación y por lo general se convierten en grandes brujos. Es el que sigue a los **Jimós** (véase esta palabra) que son considerados como eficientes **owangateurs**. A uno y a otros se rinden homenajes con vista a obtener de ellos su buena voluntad y ayuda en cosas prácticas de la vida.

G.—

Galipote: (Véase Baká.)

Garconiére: Casa de soltero. (Palabra francesa.)

Gourde: Moneda del país. Su valor es veinte centavos oro. Hay billetes de banco de un gourde en adelante.

Griots: Entre los originarios de diversas comarcas del Africa, los hay dotados de cierto grosero talento poético e improvisador con visos de locura. Errantes de reino en reino, desempeñan el papel de los rapsodas de la antigüedad, y el de los **minstrels de la Edad Media** en Inglaterra, los **minnesánger** de Alemania y los trovadores de Francia y España, o bien el payador suramericano y decimero de las Antillas. Estos son los **griots** a que hace referencia el autor de esos lamentos.

H.—

Hougan: Brujo, sacerdote de gran ascendencia espiritual en la comunidad.

Houmfort: Enramada, cobertizo o iglesia rústica con techo de paja, donde ordinariamente se celebran ceremonias rituales.

J.—

Jimó: Cada uno de los mellizos, nacidos en circunstancias

especiales, en quienes se supone cualidad para practicar artes brujas, y que mantienen la creencia entre sus acólitos, de ser grandes y virtuosos intermediarios entre los dioses de la religión y los fanáticos. Son comunmente bocors en los cuales se confía ciegamente y a quienes se teme.

L.—

Lambí: Caracol usado como trompeta o corneta para avisar a distancia ciertos acontecimientos extraordinarios.

Legbá (Papá): Dios de la fecundidad y jefe de caminos y encrucijadas. (Santiago el Mayor lo representa.) Su estatua era erigida en Dahomey y colocada en los caminos y esquinas, desnuda y en agresiva erección fálica.

Locó: (Papá-Locó): Gran dios dueño del bosque.
Lois (Luá): Ley. El Misterio en sí de la religión.
Papa-Luá: Brujo que sirve el Misterio. . . . . .

M.—

Marasá (Mangé-Marasá): Banquete al genio que se lleva un mellizo. Con esa clase de comida se quiere halagar y lograr su buena voluntad para que no vuelva por el otro.

Macacrí: Hechicera, bruja.

Merenguín: (Tambores): Instrumento músico, a base de una caja de madera perforada por una parte, con lengüetas de acero vibrante que produce sonidos diversos y con el cual se acompañan otros instrumentos en ciertas fiestas rústicas. Para tocarlo se sientan sobre el mismo y lo manipulan con los dedos.

Misterio: El espíritu de la religión vernácula, que domina el cerebro de los practicantes y los hace creer ciegamente en la realidad y potencia de sus fetiches.

Metresse: Maestro de ceremonia, oficiante activo en las prácticas del rito.

O.—

Ouedo: Véase **Damballah Ouedo.**
Ouedo-Aida: Véase Damballah. Es mujer de éste.
Owangá: Brujería. Amuleto o talismán que se confecciona utilizando algún objeto de la persona a quien va dirigido el sortilegio, como son piezas de vestir, sortijas, mechones de cabello, pedazo de uña, útiles de uso diario e íntimo. Para los **owangás** utilizan con frecuencia el corazón de avecillas, alfileres, sustancias alimenticias, plantas aromáticas con propiedades medicinales. Confeccionan owangás **amorosos**, de suerte, para llevar el mal o la enfermedad a otro etc.

P.—

Papá-Luá: Sacerdote de segunda categoría del rito voudú.
Papá-Legbá: Véase **Legbá.**

S.—

Simbí: Sociedad bruja, más bárbara que la del voudú. Según el decir corriente, los **simbí** andan de noche por los caminos reales, desnudos y portando unos ataúdes en la cabeza y velas encendidas. Es la creencia que este acto es parte de la ceremonia con que se pretende lograr la muerte de un enemigo. Por extensión, miembro de esta sociedad. Brujo.

Sosí: (Socier) Otra sociedad bruja, y por extensión, brujo. Asociado.

T.—

Trempée canelle: Bebida compuesta de ron o clerén con maceración de canela. También hay el **trempée** limón, **trempée** ciruela, etc. Es un licor fuerte bastante agradable.

V.—

Voudú: Religión y bailes originarios del Africa, generalizados en varios países de América. Es la veneración de una serpiente, el Sol, del Agua, y de otras fuerzas cósmicas. Sus símbolos no han sido bien definidos.

Vodunú: La religión en su totalidad.

W.—

Wangol: Dios y amo de la tierra.

Z.—

Zandor: Uno de los nombres antiguos del dios de la venganza Ogoun Badagris, guerrero sanguinario y cruel.

Zombi: Individuo traspuesto de quien se dice haber sido llevado a ese estado por brebaje y arte bruja.

NOTA FINAL

Eso, del lado de allá.
Claro que no es todo. Hay mucho más.

De este lado de la frontera el aspecto visible, físico y moral, es bien diferente. Cada vez más, va definiéndose esa parte del territorio, con la campaña en marcha de dominicanización de aquellas regiones.

El viajero respira otro aire. Ve otro panorama.
Florecientes colonias agrícolas, copiosos canales de riego con agua abundante, repoblación de zonas que antes estaban poco habitadas, servicio de patrullaje que garantiza y evita contrabandos e infiltraciones ilegales.

No podía ser de otro modo.

Era preciso que cesara aquel indiferentismo culpable de los pasados tiempos.

Por eso, junto a la línea divisoria o a la carretera internacional —que es además una magnífica obra de ingeniería— se mueve honestamente una masa humana del todo diversa: se contempla una serie de poblados florecientes, modernos, en creciente progreso, un espléndido arbolado acogedor y útil, de cuyo fruto y sombra se benefician cuantos pueblan la región; y sobre todo esto, escuelas, mercados públicos, servicios de sanidad y de policía, acueductos, luz eléctrica, centros culturales y recreativos.

Emporios de riqueza que son a la vez una confortante promesa para los días por venir.

A P E N D I C E :
Algo de lo que se dijo:

1—) PEDRO RENE CONTIN AYBAR, La Nación, Junio 25|1945. Ocios. La Línea Divisoria, a propósito de Papá Legbá;

2—) RAMON LACAY POLANCO. La Nación-Mayo 21|46. Nuestra bibliografía. "Papá Legbá" de Manuel Tomás Rodríguez.

3—) JOSE RIJO. La Nación-Junio 21|45 "Ventana al Patio Vecino".

4—) VIRGILIO HOEPELMAN. Editorial Revista Plus Ultra-Marzo a Junio|45|Vol. 39, 40, 41 42".

5—) RAFAEL SANTANA Y SANTANA, La Nación-Junio 30|45 "Carta Abierta".

6—) Dr. L. FRAU MARSAL, Periódico "Pueblo" Habana, "Cartas Abiertas".

7—) LUIS F. PRATO, La Nación-Abril 8|46 "Punto y Seguido" "Papá Legbá".

1) Pedro René Contín Aybar — La Nación, Junio 25|1945. Ocios. La Línea Divisoria, a propósito de Papá Legbá:

"Leí sus páginas con una curiosidad ansiosa, con vago deseo de acabar pronto, tanto por descubrir lo que desconocía como por no seguir aprendiéndolo: Un cierto horror, una aparente insania se desprende de lo dicho en las páginas de este libro, extraordinariamente revelador de un mundo fantástico, inimaginable, con fuerza real, sin embargo —según nos cuenta el autor— a dos pasos de nosotros".

"Manuel Tomás Rodríguez ha ido junto a los iniciados. El sabe cómo se transforma un ser que posee ciertas cualidades, recibidas en herencia o por predisposiciones especiales, "en alto dignatario y servidor de los **houmfort**, ante los altaresdel rito..."

2) Ramón Lacay Polanco. La Nación - Mayo 21|1946. Nuestra bibliografía, "Papá Legbá" de Manuel Tomás Rodríguez.

Se ha hablado ya muchas veces de "Papá Legbá" la obra siempre sugestiva e interesante de Manuel Tomás Rodríguez que no demarca épocas ni se estanca en un tiempo determinado, y que está en su razón de ser y en su estado de vigencia en el siempre de la emoción, pero no se ha tratado aún de interpretar la documentación literaria que la ilustra; esa documentación que tanto Pío Baroja como Pérez de Ayala han reclamado siempre al novelador.

Aparte de la temática sugerente que desarrolla Manuel Tomás Rodríguez, y de la narración clara, vivida en su plenitud creadora y a través del recuerdo; aparte aún del interés social que la conmueve y de las fases que como narración sentida la tornan en objeto sensible y movido, que transporta al lector y lo conduce por todos los vericuetos y laderas, acontecimientos rituales y supersticiones contempladas y comprendidas por su autor. "Papá Legbá" posee otra face eminentemente impresionante, sorpresiva a veces y elástica por demás, que nos muestra el poder de la nigromancia, los finteos de las leyendas esotéricas, inclusive la vibración cósmica y la nota misteriosa que solloza en el

corazón de Haití, y nos traduce la inquietud de un pueblo que se adormece en la nostalgia de su pasado y resucita en la fiebre de su sangre y en el fuego ancestral de sus generaciones.

Porque "Papá Legbá", documentado en todo su conjunto, con la experiencias personales y la veracidad con que el autor lo ofrece, es, indudablemente, un libro sin tiempo, eterno, desnudo de pasiones y mentiras, que abarca tanto el panorama folklórico como la fabla haitianos, el paisaje hostil y el fanatismo de sus hombres, el dolor de su pasado y la lejanía de su presente, y nos muestra una nación que aún conserva su tradición religiosa, su voudú y su ron, su superstición y sus paranoicos no obstante el tráfago que azota el continente, a pesar aún de la vorágine social que va de horizonte a horizonte preocupando el pensamiento del hombre y el ideal de América.

Porque Manuel Tomás Rodríguez, relatando sus impresiones, émulo de Ruy Barbosa el narrador brasileño de raigambre autóctona, da a conocer los ángulos más oscuros, las divulgaciones de ese otro Haití que no es accesible a los ojos del viajero, pero que existe en su penumbra con su ron y sus mujeres demoníacas, su "creóle" onomatopéyico y su tristeza profunda y misteriosa.

Sólo los que viven y se adentran en las encrucijadas de sus problemas por la galería del historial de sus hombres y sus costumbres, son los únicos capaces de ofrecer esos matices oscuros o luminosos que espacan a la percepción objetiva, pero que se ofrecen en toda plenitud a aquel que logra desentrañarlos.

De ahí que Manuel Tomás Rodríguez, ya pintando el paisaje haitiano desde la planicie de Cul-de-Sac, desde La Citadelle hasta Sacre-Coeur, y cruzando todas las vías de Bois — Verna o Turgeau, nos relata la nostalgia ancestral que tanto ha llorado el poeta haitiano Pierre Moravia Morpeau, y nos ofrece en otro estilo pleno de vitalidad todos esos episodios análogos a los plasmados por William Seabrook en "La Isla Mágica", imponiéndonos de ese "amok", de esa fiebre exacerbadora de neurosis que adormece el linfatismo del poseso, transportándonos a la entraña colosal de la selva donde habita el **Choché** que se transforma,el **lugarú**, ese ser terrible que todo lo avasalla, el Dios **Wangol**, amo de la tierra, el **Baká**, de pelo rojizo o el **Sancés**, espíritu que todo lo posee y todo lo puede...

Ya hablándonos de lPapá Bocor o de **Ogun Badagris**, el sanguinario de las **Metresas** o **Mamaluás**, o de los esclavos **zombi**, Manuel Tomás Rodríguez narra espontáneamente con gracejo pintoresco el fetichismo y la nigromancia, los juegos malabarescos y el rito africano afincados en el sentido antropológico de un pueblo. Y desfilan por las páginas de su libro las rutas ensombrecidas, y los páramos de Croix de Bouquets, Petion Ville, Bizotón, Mont Cabrite, Jacmel, donde el **owangá** impera y el sacrificio de un "cabrit san cor" es siempre un motivo interesante y un pergamino emocional. De ahí que conociendo el poder maléfico del "corisson" (piedra de rayo), o interpretando el cántico nostálgico de "Allellé Mundé", (marcha fúnebre en las exequias), este escritor dominicano nos muestra los seres del agua o **luases**, que en el simbolismo religioso haitiano son estampas perennes sobre la fe de cada un ciudadano.

A pesar de que "Papá Legbá" lleva en sí el relato de Ti-Maximilien, y las Ceremonias del Bosque Caimán y las faces de la Magia Roja y Negra, y los vericuetos del voudú y el alma encantada de Haití, sin ofrecernos la relación que existe en la creencia y el apasionado desvelo de los adictos, y sin mostrarnos las otras sectas que en el norte de Haití, especialmente en Juana Méndez y el Cabo ofician ante las aras del sol y el ritual funambulesco, es un libro movido, original, digno de ser conocido en todos los países del Hemisferio, a fin de poder establecer concluyentemente la diferencia racial y las costumbres que separan estos dos girones de tierra americana.

Pero aún existe algo más. En la face esotérica las regiones norteñas de Haití tienen predilección especial por transformar en **luases** los santos de la teología, y los símbolos del cristianismo. Tal vez interpretando en su fanatismo las figuras y las leyendas con que son representados los apóstoles, el haitiano del norte mira al Sol, a San Miguel, San Santiago o San Rafael (Gran Solei, Belié Belkán, Ogún Balenyó, Tinyó la Fué, para ellos), como dioses de actualidad, adheridos únicamente a su tierra, con sus fablas, sus pañuelos blancos y negros, o sus vestimentas rojas como el Candeló Sedifé, que la imaginación calenturienta mira como videntes de todos los tiempos, como profetas poseedores del bien y del mal, inaccesibles en el tiempo y el espacio.

"Papá Legbá" posee no solo el misterio que vibra en la selva haitiana, sino también la influencia que palpita en lo hondo de las quebradas, donde surge el rito y el lamento de una raza sufrida y sumisa, melancólica y negra, con el ancestro de sus antepasados y el dolor de todas sus edades desaparecidas. Por eso, a través de sus páginas donde canta la selva inexcrutable; a través del camino largo que se retuerce y va dialogando de monte a monte con la pesadumbre acre del ambiente; más allá del horizonte cargado de brujas y hechicerías, donde la mirada comulga con el infinito y el alma invoca a los Dioses, existe una corriente suprasensible que palpita en cada giro metafórico y nos transporta al aninismo de la Vieja Africa, de aquel Continente inaprehensible como sus hombres, siempre callado como su selva, que dialoga a través de las edades y renace elocuente en el trópico sobre ese giron de tierra americana que se llama Haití. "

3) JOSE RIJO. La Nación-Junio 21/45 "Ventana al Patio Vecino:

"...Curado de los males especulativos de la imaginación y el snobismo, Manuel Tomás Rodríguez desenvuelve la temática de la hechicería luasista, dejándole la labor al periodista, quitándole al literato la oportunidad cada vez que el buho creador viene a desdibujar la crónica verídica..." "Papá Legbá", escrito sin pasión, sin el natural resentimiento que su autor hubiera podido sentir por un vecindaje inconveniente, se hace meritorio, imparcial. Nos dá el documento visual sin barnices lustrosos de trasmano..."

"...Es la versión de una realidad vivida durante noches caldeadas por el clerén y los cuerpos contorsionados en ofertorio a las selváticas divinidades del Dahomey..."

4) VIRGILIO HEOPELMAN. Editorial Revista Plus-Ultra Marzo a Junio/45-Vol. 39-40-41-42.

"...En sus páginas se exponen, con estilo muy personal, las características de Haití, los motivos de la superstición de casi todos sus habitantes, las filias y las fobias de ese pueblo extraño, acaso místico, atormentado y fatalista..."

"...Por fin, 'Papá Legbá' nos ha traído una visión integral de la tierra de Boyer y Dessalines..."

5) RAFAEL SANTANA Y SANTANA La Nación-Junio 30/45 "Carta Abierta"

"...Así es cómo escribe un buen dominicano para que se conozca en América qué cosa es Haití y qué otra cosa es la República Dominicana..."

6) DR. L. FRAU MARSAL Periódico "PUEBLO", Habana, "Cartas Abiertas"

"A mi muy distinguido compañero,
Don Manuel Tomás Rodríguez:

"Por conducto de Panchito Prats —a quien todos queremos tanto— recibí el inapreciable don de su formidable "PAPA LEGBA".

"Papá Legbá" ha sido en mi estancia en esta bella ciudad, un compañero amable, instructivo y acogedor. Le he tomado tanto aprecio, y cuanto dice me interesa tanto, que no permitiré ya nunca que se extravíe; de por vida estará junto a mi escritorio.

Déjeme decirle, pues, mi admiración. Y a la par que estrecho sus manos, lleguen a Ud. mis mejores votos por una Noche Buena feliz y un Nuevo Año lleno de felicidades.

Su admirador y amigo,

Dr. L. Frau Marsal.

S/c. Periódico "Pueblo".
Edificio **Pueblo**,
Apartado 34, Habana, Cuba.

7) LUIS F. PRATO La Nación, Abril 8/46, "Punto y Seguido" — "Papá Legbá"

"...El estilo fruído, la facilidad con que el narrador va relatando una serie de episodios, el interés que sabe colocar sobre cada incidente a pesar de ciertos desaliños en algu-

nos pasajes, hijos más de descuido que de estilo, acentúa paulatinamente la atención que el lector va tomando en la cronológica, pero intrincada sucesión de relatos. Y entonces la prosa fácil, la gracia discreta y la elegancia de éste y aquel párrafo, nos obligan a permanecer frente al libro, penetrando en la fronda de extrañas costumbres, supersticiones y modalidades del pueblo protagonista del descubrimiento. Porque este "Papá Legbá" de Manuel Tomás Rodríguez viene a ser realmente un descubrimiento. Todos conocíamos por consejas, por leyendas y por cuentos esas fantasías de fetichismo así como las ceremonias del voudú. Las considerábamos como viejas tradiciones, temas más folklóricos que reales. Pero de la lectura de la obra de ..dor guez se desprende un hecho real, una auténtica historia de brujería y encantamientos, todo lo autóctona que se quiera, mas rigurosamente fuera de lugar en estos días de civilización mecánica y científica, de inquietudes espirituales cada instante más renovadas.

Naturalmente que esto de los encantamientos no es nuevo. Las deliciosas leyendas mitológicas tanto de la Grecia de Pericles y de Sócrates como de la Roma de Cicerón y de Ovidio así como la Historia de Egipto y Babilonia y hasta de la misma Palestina, nos muestran el origen de las supersticiones. Ovidio se gasta un buen lote de pergaminos para relatarnos "Las Metamorfosis"; los juglares medioevales y los nigrománticos del Renocimiento nos dicen que esta tendencia es algo atávico en la humanidad de todos los tiempos y civilizaciones. Napoleón Bonaparte se hacía leer las cartas de la baraja antes de emprender una larga campaña; Hitler creía en los manes germánicos y estamos seguros de que el ateo Stalin tiene también ridículas supersticiones; en América, España nos dejó más de cuatro leyendas. Todavía hay quienes creen en la mula maniada y en la llorona, en los espantos y en que no debe pasarse debajo de las escaleras; tenemos personas que buscan filtros de amor y talismanes de la buena suerte. Pero todos estamos empeñados en una batalla cerrada contra tales consejas. La ciencia, analizando metodizadamente los puntos oscuros que nos parecían fabulosos, viene abatiendo uno a uno todos los misterios. Y, sin embargo, según la obra y

el vívido relato de Manuel Tomás Rodríguez es el caso que en la vecina República de Haití esto no es simplemente una leyenda sino contra lo que pudiéramos suponer, una religión, una mística profundamente enraizada en el corazón del pueblo y hasta en elevadas capas sociales de reconocida cultura.

El joven escritor dominicano autor de "Papá Legbá", despojado de la retórica, sin ropajes literarios, pero con un estilo ligero, en una prosa suave, elegante y húmeda de sentimiento humano no obstante la esterilidad de los temas, logra una suma de interés y se apodera del alma de quien tiene la oportunidad de recorrer las páginas de sus escalofriantes relatos. Si Rodríguez no advirtiera, haciendo hincapié, que hubo de profesar a fin de lograr el descubrimiento de misterios vedados a los profanos, creeríamos que todo es hijo de la imaginación. Pero no hay esfuerzo mental, no se recurrió a la fantasía del escritor, simplemente se viene relatando algo que es conocido brumosamente entre los no iniciados en los misterios del vouduismo traído a América desde el mismo corazón de Africa.

Es necesario, más que leer la obra analizarla, estudiarla y hacerla conocer, pues Manuel Tomás Rodríguez no transcribe sino que asienta hechos vividos personalmente. De manera que además del interés que suscita la obra el autor reafirma su posición de fácil narrador en el campo de las letras dominicanas".

INDICE:

En el antepecho — Páginas:

Floreo de Carlos Gustavo Jung .....
Nota Previa I
Ideas, Observaciones y Conceptos, por Varios III
Notas para la Nueva Edición V
Palabras Necesarias IX
Pero Antes XV

PRIMERA PARTE:
El Alma Encantada:

1—Ojeada sobre la Ciudad 1
2—"Africa, Madre Mía" 6
3—En los Vericuetos del Voudú 12
4—En la Ruta del Misterio 18
5—Levantando el Velo del Misterio 26
6—Ofertorio Voudú en Bizotón 33

SEGUNDA PARTE:
Con la Mirada Fija:

1—Trillando Caminos de Superstición 49
2—Ti-Maximilien, el Gran Dosú 57
3—Aspectos de la Hechicería Negra 68

TERCERA PARTE:
Magia Roja y Negra:

1—Angurín y su Owangá 81
2—El Ramillete Embrujado 89
3—Zombí 97
4—El Esposo de Ersilié, la Buena 105
5—La Cabra Infernal surge en lo alto del Monte 113
6—Torbellino frente a un Altar 126

CUARTA PARTE:
Por Rutas de la Historia:

1—Por Entre los Matorrales del Norte..... 125
a)—Las Ceremonias del Bosque Caimán 125
b)—Las Ruinas de un Reino 130
c)—La Visión de los Zombies 132

QUINTA PARTE:
Prácticas:

1—Vida y Muerte de Jean Ferrou 141
2—Revoltillo de Creeencias 163
Vocabulario 179
Nota Final 185
Apéndice 187

Editor: Art. Morales
''Gral. López'' 51
Santiago de los Caballeros
Repúb. Dominicana - 1961